ESTE PAÍS
TENDENCIAS Y OPINIONES

349

LO QUE VIENE

Luigi Amara Ernesto Anaya Ottone Mario Bellatin Claudia Cabrera Espinosa
Susana Chacón Rogelio Cuéllar Diego Gómez Pickering Alejandra Ibarra Chaoul
Lucina Jiménez Ilán Lieberman Ytzel Maya Paul Antoine Matos César Martínez Valenzuela
César Morales Oyarvide Gabriela Muñoz Luis Reséndiz Cynthia Rodríguez
Jesús Silva-Herzog Márquez Daniela Tarazona Magali Tercero Luis Verdejo
Antonio Villalpando Acuña Naief Yehya Isabel Zapata
Pedro Zapata Ernesto Zedillo Ponce de León

ESTE PAÍS NÚMERO 349 MAYO-JUNIO 2020

00349
7 524357 806112

Revista mensual Número 349 Mayo-Junio 2020 $50.00 ISSN: 0188-5405 estepais.com

No podemos dejarlos solos.

El personal de salud necesita más que palabras de agradecimiento. Ayúdanos a protegerlos donando en

fundacionbbva.mx

Juntos por la salud, un esfuerzo de la iniciativa privada y el Gobierno de México.

Juntos por la Salud

FUNSALUD

Tecnológico de Monterrey

Fundación BBVA

www.juntosporlasalud.mx

Usa este QR para donar a través de la app de tu banco con CoDi®.

Sólo asegúrate de tener la última versión de la app.

CoDi

GRUPO BIMBO ACOMPAÑA Y APOYA A TIENDITAS Y MISCELÁNEAS DE MÉXICO

Ante la difícil situación que enfrentan los propietarios de tiendas y misceláneas en México por la pandemia del Covid-19, en **GRUPO BIMBO** **pusimos en marcha una serie de medidas para estar más cerca de ellos y apoyarlos durante y después de esta crisis.**

CONTIGO PARA **FORTALECER** TU NEGOCIO

Programas y herramientas para fortalecerlos ante la crisis:

- Programa de incentivos comerciales continuos
- Duplicamos el monto del **Crédito Pesito**
- **Qiubo,** que ofrece tecnología para realizar cobros con tarjetas, compra de tiempo aire y pago de servicios
- **Programas de capacitación**

CONTIGO POR TU **SEGURIDAD**

Entrega de materiales para cuidar su salud y la de sus clientes:

1 millón de cubrebocas de tela
300 mil caretas plásticas
200 mil materiales gráficos adhesivos para reforzar la "sana distancia"

CONEXIÓN BIMBO

Para estar cerca y conectados, habilitamos el **"Connection Center"**, un canal de asistencia permanente y personalizada por teléfono, correo eléctrónico y redes sociales para:

- **Asegurar el abasto y distribución puntual**
- **Hacerles llegar información oportuna para tomas de decisiones comerciales**
- **Resolver sus necesidades**

ESTAMOS SEGUROS QUE JUNTOS PODEMOS SUPERAR ESTE RETO Y SALIR ADELANTE

#BimboContigo

ÍNDICE

estepais.com

MAYO-JUNIO

ESTE PAÍS #349

No habrá área de nuestra vida intocada por el fenómeno que hoy vivimos. Le llamamos pandemia, pero es algo más a lo que no podemos nombrar aún, aunque ha trastocado de manera radical el cotidiano y modificará profundamente nuestros hábitos.

#4 CARTA EDITORIAL

OBSERVATORIO ELECTORAL EUA

#6 Las alternativas demócratas ante la pandemia
Susana Chacón

LO QUE VIENE

#8 Por nuevos senderos
Julieta García González

#10 Apuntes sobre el impacto político de un virus
Jesús Silva-Herzog Márquez

#13 Artes escénicas y confinamiento. Una reinvención necesaria
Lucina Jiménez

#18 El acero y el bambú: las políticas públicas después de la pandemia
Antonio Villalpando Acuña y César Morales Oyarvide

#24 El punto y seguido o el punto y aparte de la sociedad humana
Naief Yehya

#29 Corporalidades futuras para los feminismos tras el encierro
Ytzel Maya

#32 Y el destino nos alcanzó
Diego Gómez Pickering

#36 Y hacerlo durar, y darle espacio
Isabel Zapata

 # 42 Y cuando esto pase, las mafias seguirán ahí
Cynthia Rodríguez

#46 Una inmensa tragedia llamando a la puerta de América Latina
Ernesto Zedillo Ponce de León

#52 El futuro ecológico después de la pandemia
Pedro Zapata

Oficinas: Dulce Olivia 71, colonia Villa Coyoacán, CP 04000, Ciudad de México. Teléfonos: (55) 5658 2326 • (55) 5658 2374. Apartado postal 21 535, CP 04021, Ciudad de México revista@estepais.com. Impreso en Editorial Impresora Apolo, SA de CV, Centeno 150, Local 6, Granjas Esmeralda, Iztapalapa, CP 09810, Ciudad de México. *Este País* es una publicación mensual de Desarrollo de Opinión Pública, S.A. de C.V. (Dopsa), registrada en la Dirección General de Derechos de Autor, oficio 28346. Certificado de licitud de título 5472, 21 de noviembre de 1990. Certificado de licitud de contenido 4398, 2 de agosto de 1991, expedido por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Certificado de registro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana 2539. Autorizada como impresos depositados por sus editores o agentes CR-DF-032-99, autorizado por SEPOMEX. Franqueo pagado, ISSN: 0188-5405. Cada artículo es responsabilidad exclusiva de su autor. *Este País* no se compromete a devolver originales no solicitados. Circulación certificada por el Instituto Verificador de Medios, registro núm. 226/01. estepais.com, suscripciones@estepais.com

COLUMNAS

#28 *Ataúdes adaptados*
Mario Bellatin

#29 *Superhéroes*
Daniela Tarazona

#30 *La humanidad y El Decamerón*
Ernesto Anaya Ottone

#32 *Las metáforas de la plaga*
Luis Reséndiz

#34 *Los cuentos de Guadalupe Dueñas: una visión particular del mundo*
Claudia Cabrera Espinosa

#2 *Lo que la autopsia no dice*
Alejandra Ibarra Chaoul

#6 *La utopía realizada*
Paul Antoine Matos

#10 *¿Nadie es inocente en Nezayork? (Fragmento)*
Magali Tercero

#14 *Una premonición con acento chileno en Cuba*
César Martínez Valenzuela

#18 *Hacía un calorón en Tlapehuala*
Ilán Lieberman

#22 *Acercamientos al trabajo del grabado en linóleo*
Luis Verdejo

#36 *La cámara aérea de Arau*
Luigi Amara

#38 *La resurrección de una abeja*
Gabriela Muñoz

#40 *La mirada de Cuéllar*
Rogelio Cuéllar

Este País Tendencias y Opiniones. Número 349, mayo-junio de 2020. Directora: Julieta García González. Editor: Armando López Carrillo. Editora de Cultura: Claudia Benítez. Gerente: Martha Reyes Dimas. Arte: Roberto Anaya. Edición Digital: Karen Villeda. Community Manager: Andrés Padilla. Formación: Gerardo Juárez Olvera. Corrección: Claudia Cabrera y Gina Velázquez. Investigación: Alfonso García Robles. Operación: Argelia Cruz. Suscripciones: Héctor Ortega. Mensajería: Martín Osorio. Apoyo: Silvia Cruz.
Consejo de Administración de Dopsa. Comisionado: Marco Provencio Muñoz. Secretaria: Yolanda de los Reyes. Asesor financiero: Óscar Pandal Graf .† Consejeros: Gerardo Adame, Edmundo Berumen, Magdalena Carral Cuevas, Rafael Castillo, Susana Chacón, Leonardo Curzio Gutiérrez, Tania Rabasa, Francisco Suárez Dávila. Comisario: Jorge Federico Meade. Abogado: Alfredo Orellana Pérez. Consejeros honorarios: Antonio Alonso Concheiro, Miguel Basáñez, Gerardo Estrada, Juan Cristóbal Ferrer, Clara Jusidman, Federico Reyes Heroles. **Consejo Ambiental**: Jorge Comensal, Rodolfo Dirzo, Carlos Galindo, Fulvio Eccardi, Patricio Robles Gil, Andrea Sáenz-Arroyo, José Sarukhán Kermez, Isabel Zapata.

MAYO-JUNIO

ESTE PAÍS #349

estepais.com

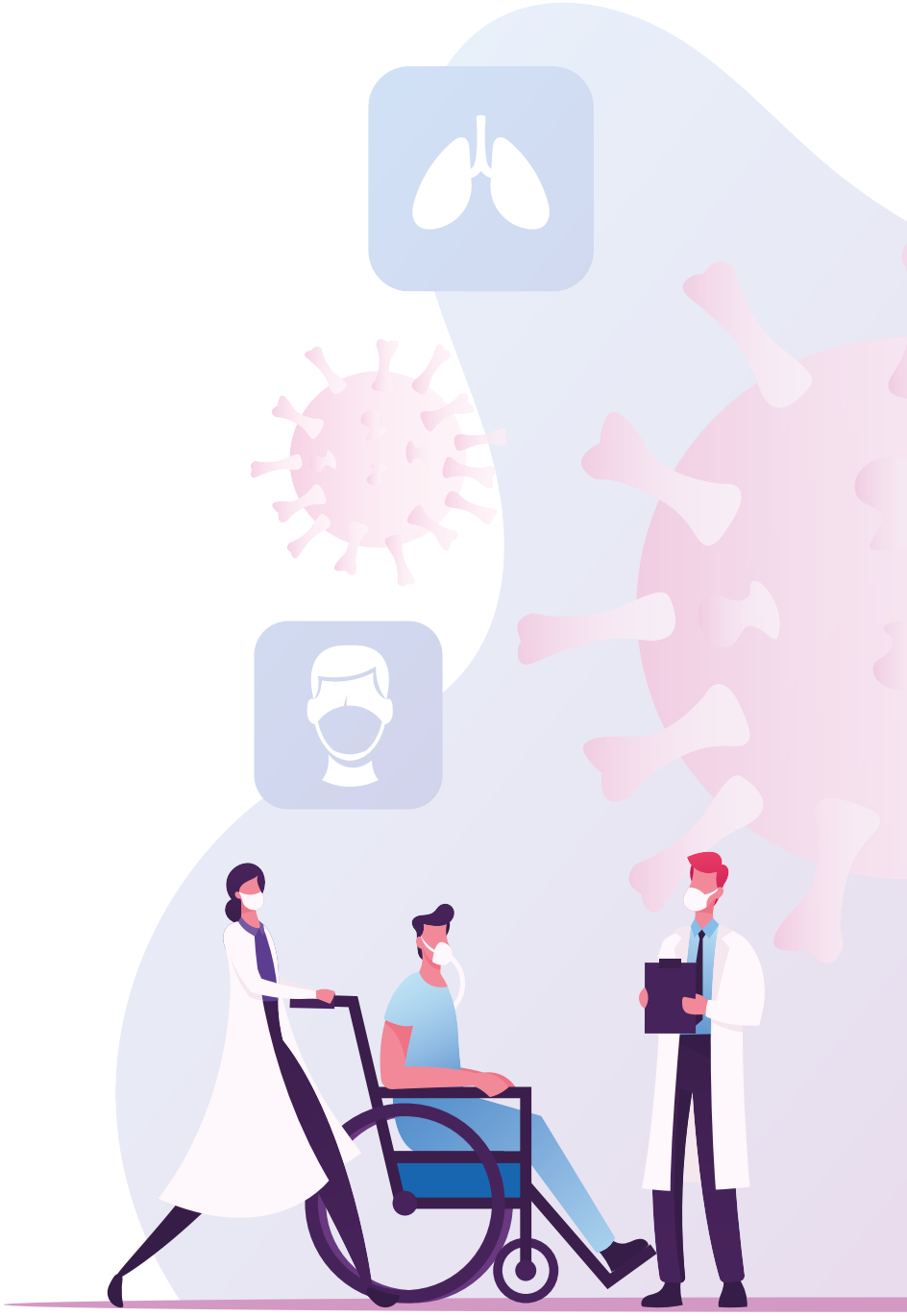
La semilla fructificó más allá de cualquier previsión, enfrentando siempre los retos de cada momento.

La vida cambia. Durante la convulsa elección de 1988, un grupo de mexicanos de diferentes posiciones y convicciones políticas, decidimos impulsar la demoscopia, los estudios de opinión pública, las inexistentes encuestas, como uno de los requisitos y pilares de toda democracia. Se publicaron un par de estudios, pero inmediatamente los medios tradicionales se cerraron a difundir más materiales. Algunos nos tildaron de subversivos por publicar estadística.

Con una nueva encuesta en el bolsillo —y sin la posibilidad de publicarla— este grupo de mexicanos convencidos de la necesidad de mayor apertura democrática decidió crear una publicación propia, con muchos dueños pero sin un gran dueño, independiente, plural y centrada en los datos duros como piedra de toque obligada para la opinión o reflexión: *Este País. Tendencias y opiniones*. Así nació, hace casi tres décadas, un mensuario como carta de presentación de una línea intelectual novedosa en México.

Sus fundadores fueron Adolfo Aguilar Zíncer†, Enrique Alduncin Abitia, Miguel Basáñez Ebergenyi, Jorge Castañeda Gutman, Santiago Creel Miranda, Guillermo Chao Ebergenyi, Cassio Luiselli Fernández, Lorenzo Meyer Cossío, Carlos Monsiváis Aceves†, Carlos Payán Velver, Federico Reyes Heroles, Luis Rubio Freidberg, Josúe Sáenz Treviño† y Jesús Silva Herzog†.

En poco tiempo, *Este País* se convirtió en la casa de encuestadores y expertos en prospectiva, todo tipo de académicos y pensadores que comprendieron el viraje epistemológico propuesto: primero leer los hechos y sólo después reflexionar sobre ellos. *Este País* creó un andamiaje de gobernanza muy particular: 350 accionistas de voto pleno, con solamente un voto —uno y sólo uno—, severas restricciones a los accionistas preferentes que no votan; un Consejo de Administración real que se reúne una vez al mes; normas de rotación dentro del Consejo que nos ha llevado a tener ocho presidentes, 98 consejeros y seis directores designados por el propio Consejo. El número de articulistas creció notablemente —hemos publicado a miles de autores con decenas de miles de textos; algunas de las mejores plumas de México y el mundo han aparecido en nuestras páginas— y secciones como la cultural y la ambiental atrajeron a nuevos lectores. La



@RevistaEstePais /RevistaEstePais revistaestepais revistaestepais EstePaisRevista

semilla fructificó más allá de cualquier previsión, enfrentando siempre los retos de cada momento.

En este contexto es que, desde hace algún tiempo, entre los consejeros, ha rondado la idea —dolorosa idea, apasionante idea— de transitar a la era digital y es así como se ha acordado un renacimiento del proyecto cultural *Este País*, asentado ahora en la Fundación Este País, creada hace casi 20 años. El reto hoy es aún mayor, signo de los tiempos intensos que vivimos: mantener el patrimonio de una línea editorial plural e independiente, formada durante tres décadas; incorporar nuevas formas de reflexión virtual en todos los formatos; brindar espacios a todas las generaciones montados en la agilidad de la era digital; seguir la discusión, medir y proponer para mejorar, acompañarla con mayor intensidad y utilizando al máximo las fantásticas opciones digitales. No decimos adiós al papel de manera definitiva, porque resulta imprescindible para muchos y permite diversas formas de expresión, pero sí lo reservaremos para grandes ocasiones.

Este es un número doble obligado por las circunstancias; llegamos a mayo con la pandemia en la puerta y a junio con varias preocupaciones, pero logramos una edición más de *Este País*. Contribuyeron a ella personas sin las que esto no habría sido posible: Armando López y Claudia Benítez se hicieron buen cargo de una edición que planearon con esmero y cuidado; Roberto Anaya cuidó un diseño innovador y dedicado; Argelia Cruz vigiló las operaciones cotidianas, incluso a la distancia; Héctor Ortega dio seguimiento a lo que ocurría con los ejemplares y las suscripciones, aún cuando todo resultaba adverso para que lo hiciera; Martín Osorio llevó personalmente revistas a su destino —con todas las medidas de seguridad— cuando la distribución falló; Silvia Cruz cuidó de la gente y las plantas, siempre con ahínco y cariño; Martha Reyes ayudó a navegar con tino, buen juicio y buen talante todas las finanzas, desde que esta empresa inició; Andrés Padilla encontró aliados para la versión en papel y una voz para las redes sociales y Karen Villeda logró crear algo más que un espejo para las páginas de *Este País* en su versión en línea. Para todos ellos valgan estas líneas como un reconocimiento y un auténtico agradecimiento. Nada de lo que se ha hecho en las últimas décadas desaparece, apenas se transforma en un espacio distinto, quizás más grande y tal vez menos tangible, pero presente y lleno de posibilidades.

Los invitamos a acompañarnos en esta nueva etapa y a que ésta sea una compañía activa, a que nos sugieran cambios y líneas de trabajo. *Este País* siempre ha sido una casa abierta a todo tipo de reflexiones. Abrimos nuevas puertas y ventanas y los invitamos a visitarnos para seguir charlando.

Los miembros del Consejo de Administración, Dopsa, S. A. de C. V.

LAS ALTERNATIVAS DEMÓCRATAS ANTE LA PANDEMIA

Desde enero pasado, ante la falta de respuesta por la llegada de la pandemia del COVID-19, el escenario en Estados Unidos cambió toda realidad conocida. Hoy se presenta una situación nunca antes vista: una caída de 7% en la economía y 33 millones de desempleados, que serán muchos más en diciembre. Ni siquiera durante la depresión de los años treinta se conoció situación similar, que profundizará aún más la crisis sanitaria. Se trata del país con mayor número de muertos y las muy probables recaídas durante el verano –pero sobre todo en otoño– no ayudarán en nada a su recuperación. En este contexto se darán las elecciones del próximo noviembre. ¿Qué sigue en el proceso electoral?

Susana Chacón

Si las elecciones fueran el día de hoy, todas las encuestas favorecen al demócrata Joe Biden con una ventaja de entre seis y ocho puntos. No obstante, todas se refieren al voto popular. Recordemos que en la elección de 2016 Hillary Clinton ganó por tres millones de electores el voto popular, pero perdió la presidencia por el Colegio Electoral. Haciendo un cálculo, de nuevo al día de hoy, Donald Trump obtendría 249 votos y Biden 248. Perdería por un voto electoral. ¿A qué me refiero con esto?

A pesar de la recesión económica y de la pandemia, Trump tiene todavía una base sólida de votantes. Tan sólo los estados de Arizona, Pennsylvania y Wisconsin, que lo favorecieron en 2016, le representarían hoy 41 votos electorales. Su base electoral, aún vigente, se conforma esencialmente por blancos, cristianos, conservadores, evangélicos, personas de la clase trabajadora y sin educación. Los estados rurales son mayoritariamente republicanos. Los estados del medio oeste, suroeste y, muy probablemente, los del sur y los del oeste, están todavía con él: Florida, Iowa, Ohio, North Carolina, Nevada y Michigan. Además, en este momento sería posible que estados como Minnesota y New Hampshire —también de trabajadores— hoy se fueran con Trump, aunque votaron por los demócratas hace cuatro años. Por otra parte, los republicanos tradicionales formalmente siguen hasta ahora con él. Para algunos de ellos, la forma en que los medios han tratado el tema sanitario ha buscado exclusivamente desprestigiar al presidente. Pero otros empiezan a cuestionarlo.

Biden, por su parte, enfrenta retos muy fuertes. Su personalidad no le ayuda; su tono de voz tampoco. Le cuesta mucho trabajo conectar con la gente. Adicionalmente, ante muchos votantes —particularmente de la izquierda demócrata— él representa al sistema que los ha perjudicado por décadas. Todas estas características, entre otras, son las que impidieron que Clinton fuera la presidente. Ante cuestiones personales, a Biden se le sigue criticando por varias de las acciones de su hijo Hunter. No sólo se mantiene el tema de su participación en las empresas energéticas de Ucrania, ahora también se habla de cómo aprovechó el tiempo en que su padre fue vicepresidente, durante las administraciones de Barack Obama, para hacer grandes negocios con China. Así, se critica a Biden por un tráfico de influencias que se le revierte, por errores de cálculo de su hijo que hoy pueden afectarle enormemente.

A esto se suman las acusaciones de acoso sexual publicadas la última semana de abril. Aunque hasta ahora se trata de un solo caso, recordemos que Biden no es Trump, a quien le perdonaron todo. Los demócratas están muy enojados con él y se ha hablado de que posiblemente no llegue a la convención de julio. Hay quienes han propagado el nombre de otros candidatos que lo sustituyan: desde el mismo Andrew Cuomo, gobernador de New York —por el buen manejo que ha hecho de la crisis sanitaria en su estado—, hasta el rumor de que Clinton está lista para retomar la candidatura. Dicho sea de paso, esta última opción sería un grave error para los demócratas; sería una historia ya vista. Hasta ahora, Cuomo ha dicho que no le interesa.

En el caso del apoyo de Sanders y Warren, tampoco queda claro hasta qué punto será real. Los votantes progresistas y de izquierda son fieles a sus principios; si Biden presenta un plan de gobierno como lo prometió a Sanders —con propuestas en extremo liberales—, corre el riesgo de perder el voto moderado y conservador de su partido. Por otra parte, no cuenta con las horas en medios que aprovecha muy bien Trump desde la Casa Blanca para hacer campaña. A esta desventaja se suma el encierro provocado por la pandemia, donde el candidato demócrata se ha convertido en un candidato virtual. En fin, Biden no la tiene fácil con el electorado estadounidense; puede hacer muchas cosas, pero no queda claro por qué él, el partido, los congresistas y los demócratas en general podrían mantener un sordo silencio que los lleve a perder de nuevo la presidencia. Urge una presencia contundente de otra naturaleza. Urge un cambio de estrategia. A continuación propongo algunas ideas que se podrían instrumentar.

Foto: Shutterstock

La crisis económica, la caída del crecimiento en 7% y los 33 millones de desempleados requieren de una gran propuesta de alivio para obtener una salida a esta situación. Un proyecto sólido de esta naturaleza le permitiría al candidato demócrata acercarse a la clase trabajadora y sin educación. Durante los siguientes dos trimestres, ellos verán cada vez más lastimada su realidad, por lo que Biden les puede ofrecer una luz ante las carencias que serán cada vez más profundas hasta el 3 de noviembre, día de las elecciones.

Su estrategia de comunicación requiere de un cambio drástico, con mucho mayor dinamismo: mensajes cortos con frases atractivas que respondan a problemas vitales. Urge dar respuestas que se escuchen. Aunque sea complicado el cambio, es inminente que conecte con la gente, que lo sientan cerca. Tiene que atrapar a las personas más lastimadas y la situación es idónea, a pesar de que esa parte del electorado estuvo con Trump en 2016. En esa elección, el mago de las redes sociales fue Trump, ahora los demócratas tienen que darle la vuelta y se están tardando.

El manejo de la crisis de la pandemia por parte del presidente ha sido desastroso. Biden tiene ahí otro instrumento que hasta ahora ha utilizado muy prudentemente. Se requiere de gran agresividad y, si no aprovecha el momento, puede quedar fuera de la contienda. La carencia de hospitales y su improvisación, la falta de recursos sanitarios y el número de muertes han revelado una vulnerabilidad social que en otras circunstancias nunca habríamos conocido. Las respuestas y los mensajes de Trump han sido vergonzosos. Es sustancial respetar el dolor, pero estratégicamente y con inteligencia; el demócrata tiene que aprovechar este recurso. Al presidente lo que menos le importa es su desafortunado manejo de la crisis sanitaria. Él ya está en campaña y esa es su prioridad. Sabe que si no se abre la economía como lo propone, puede perder la reelección. Sin embargo, evitar la recaída en el número de enfermos y muertes, en todo el territorio estadounidense, es otra herramienta de Biden: ¡que la utilice!

Urge que los demócratas cuenten con el voto electoral. El trabajo de acercamiento y convencimiento es de todos: candidato, congresistas, funcionarios y miembros del partido. Puede ser una estrategia hormiga, desgastante en este momento, pero se requiere hacerla. Sin los miembros del Colegio Electoral de su lado, perderán con seguridad.

Hasta aquí algunas ideas para comentar que el escenario es incierto como nunca antes. El resultado de noviembre dependerá del trabajo que hagan o dejen de hacer los demócratas. La XXI reelección es evitable. El tablero está claro y urge mover las fichas. **EP**

Susana Chacón es licenciada en Relaciones Internacionales por la UIA, maestra en Administración Pública por la Escuela de Gobierno J.F. Kennedy y en Economía y Política Internacional por el CIDE, así como doctora en Historia por la UIA. Es directora del Centro Tepoztlán Víctor L. Urquidi, cocoordinadora del Grupo Interinstitucional de Estudios de Estados Unidos y secretaria general de la Sección Mexicana del Club de Roma. Participa en medios de opinión como ADN40, Enfoque Noticias, Canal Once, Excélsior TV y Radio UNAM. Entre sus publicaciones más recientes destacan *Estados Unidos: política interna y tendencias globales* (CIDE, FCE, 2017) y *La reforma energética en México 2013: Pensar el futuro* (Foro Consultivo Científico y Tecnológico, Sección Mexicana del Club de Roma, Foreign Policy, 2017).

POR NUEVOS SENDEROS

Discutiremos en los próximos meses qué es lo que viene porque necesitamos tener un punto de apoyo y afianzarnos a él. Por un tiempo nos haremos preguntas cuya respuesta será difícil conocer pronto: ¿qué viene para las relaciones personales?, ¿y para la política?, ¿para la economía y el ambiente?, ¿para los planes de los individuos y las naciones? No habrá área de nuestra vida intocada por el fenómeno que hoy vivimos. Le llamamos pandemia, pero es algo más a lo que no podemos nombrar aún aunque ha trastocado de manera radical el cotidiano y modificará profundamente nuestros hábitos en el futuro.
Elegimos que esta edición con la que dejamos el papel sirva para reflexionar sobre lo que se aproxima e invitamos autores de lujo para hacerlo. Feminismo y tierra, política pública y crimen organizado, economía y bebés, cuerpo y fronteras, vigilancia del Estado y artes escénicas: todo eso será distinto, es ya distinto desde la llegada del virus. Quisimos hablar entonces de lo que sabemos y de lo que suponemos que cambiará, ponerle palabras al futuro, construirlo con ideas y mirarlo: hay aquí predicciones, planes, propuestas y –sobre todo– aliento y esperanza. Le damos la bienvenida a lo que está por venir.

–Julieta García González

ESTE PAÍS
ESTE PAÍS

APUNTES SOBRE EL IMPACTO POLÍTICO DE UN VIRUS

Jesús Silva-Herzog Márquez

Un virus nos ha impuesto un enorme y complejo desafío, así como ajustes extraordinarios en múltiples aspectos y escalas. Entre las medidas sanitarias que se han aplicado para "combatir" la epidemia podemos distinguir factores políticos; en estos apuntes, Jesús Silva-Herzog Márquez se pregunta cuáles podrían ser las distintas consecuencias que implicarán esos factores.

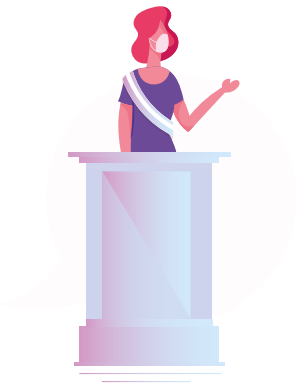
Jesús Silva-Herzog Márquez @jshmoo
es catedrático de la Escuela de Gobierno y Transformación Pública del Tecnológico de Monterrey y colaborador regular del periódico *Reforma*. Su libro más reciente es *Por la tangente. De ensayos y ensayistas*, publicado por Taurus.

El virus hizo del planeta un laboratorio. No solamente porque en todas partes se rastree su presencia en la sangre o porque se busquen afanosamente la vacuna y la cura, sino también porque ha puesto todo a prueba. Los poderes de nuestro conocimiento y la agilidad de la ciencia; el alcance de nuestros sistemas de salud y el equipamiento de nuestros médicos. También ha hecho de nuestra política un lugar para el experimento. Podríamos decir que tenemos hoy una oportunidad intelectual única: al mismo tiempo todos los países del mundo enfrentan el mismo desafío. Se trata de un reto extraordinario que ha sido resuelto con un repertorio bastante reducido de medidas sanitarias. Y, al mismo tiempo, vemos en la cartografía del contagio una notable variación de consecuencias. ¿Qué factores propiamente políticos explican el éxito de unas políticas y el fracaso monumental de otras?

No intento, ni remotamente, anticipar lo que sucederá. Simplemente apunto territorios en donde habrá de definirse el futuro. Preguntas al futuro, no anticipos de él. ¿Cuál es el impacto del régimen en la respuesta ante la epidemia? ¿Están bien equipadas las democracias para encarar un desafío de este tipo? Hay quien sugiere que —lejos del triunfalismo liberal— son los regímenes de poder concentrado los que pueden resolver una crisis de esta naturaleza, con la energía y la celeridad indispensables. El debate, los controles parlamentarios y la sospecha profesional de los medios serían —bajo esta perspectiva— obstrucciones para una respuesta ágil y decidida. Por el contrario, otros dirán que la democracia liberal es la única atmósfera que permite el conocimiento del problema y la búsqueda de las alternativas. Fue la cerrazón de la dictadura china la que provocó que la crisis se desbocara. Quizá, como sugiere Fukuyama, el asunto no es tanto la naturaleza del régimen, sino la malla de la confianza que existe en una sociedad. Confiar en el vecino y en la autoridad sanitaria; confiar en que la gente acata la indicación del gobierno y que el gobierno actúa en defensa del interés común. Valdría en ese sentido explorar el efecto literalmente mortífero de las estrategias de polarización. La terca retórica del abismo entre los buenos y los malos, los dignos y los podridos, útil en la simplificación de las contiendas electorales, puede ser ruinosa para enfrentar un reto de la especie.

No cabe duda de que el liderazgo vive momentos de crisis. Algunos dirigentes democráticos han empleado —incluso— el vocabulario bélico para describir la naturaleza de la emergencia y asumirse como generales en el frente de batalla. “Estamos en guerra”, dijo Emmanuel Macron, el presidente francés. No enfrentamos a otro ejército, pero el enemigo avanza. Resulta muy revelador que quienes han acudido rutinariamente a esas estampas de guerra para colorear la épica de su política, los políticos populistas que se nutren del conflicto, han sido los más golpeados por esta crisis. La distorsión óptica de su mando les impide encontrar el punto de encuentro, el foco de la cohesión, la medida que trasciende la animosidad. El virus, su registro y su respuesta siguen incrustados en la alternativa binaria que alientan. El experto que se ha dedicado a maldecir aparece súbitamente como el único personaje confiable.

¿Qué podemos aprender, en particular, del liderazgo de las mujeres en esta emergencia? No parece casualidad que buena parte de las estrategias exitosas para enfrentar la crisis hayan sido

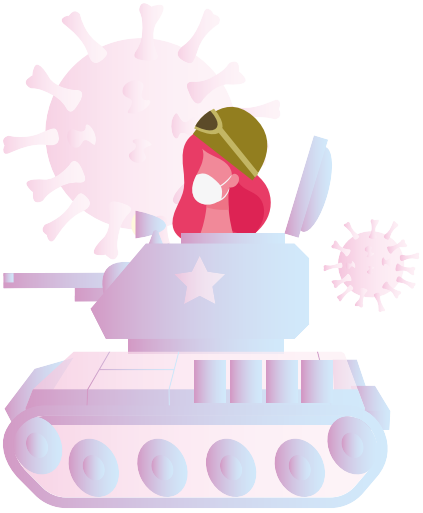


DINAMARCA, FINLANDIA, ALEMANIA, NUEVA ZELANDA, ISLANDIA, NORUEGA Y TAIWÁN TIENEN ESOS DOS ELEMENTOS EN COMÚN: SON PAÍSES GOBERNADOS POR MUJERES Y HAN LIDIADO CON EFICACIA LA EMERGENCIA.

RESULTA MUY REVELADOR QUE QUIENES HAN ACUDIDO RUTINARIAMENTE A ESTAMPAS DE GUERRA PARA COLOREAR LA ÉPICA DE SU POLÍTICA, LOS POLÍTICOS POPULISTAS QUE SE NUTREN DEL CONFLICTO, HAN SIDO LOS MÁS GOLPEADOS POR ESTA CRISIS.

encabezadas por mujeres. Dinamarca, Finlandia, Alemania, Nueva Zelanda, Islandia, Noruega y Taiwán tienen esos dos elementos en común: son países gobernados por mujeres y han lidiado con eficacia la emergencia. Hannah Arendt sugería que el poder ha de entenderse como habilidad para actuar en concierto: no la imposición de la fuerza, sino el hallazgo musical del interés común. ¿Estarán mostrando las presidentas y las primeras ministras la fórmula de esa política? La flexibilidad, la disposición de escuchar al otro, la empatía y el reconocimiento de la contribución colectiva que tradicionalmente hemos asociado con los atributos del liderazgo femenino adquieren hoy relevancia innegable.

El confinamiento ha levantado otras inquietudes democráticas. Vale recordar que el aislamiento que ahora vivimos era la pesadilla de Tocqueville en el segundo volumen de su obra clásica. Retirado cada uno a su dominio privado, en el hermético templo del individualismo, habría de diluirse la experiencia propiamente cívica. ¿Qué tipo de democracia puede haber si no podemos reunirnos en una plaza? ¿Es posible reducir el proceso democrático al intercambio de imágenes en una pantalla y a la intervención de los clics? ¿Hay condiciones para el debate electoral? Por lo pronto, podemos decir que la democracia en la pandemia queda en suspenso y que algunos autócratas se frotan las manos.



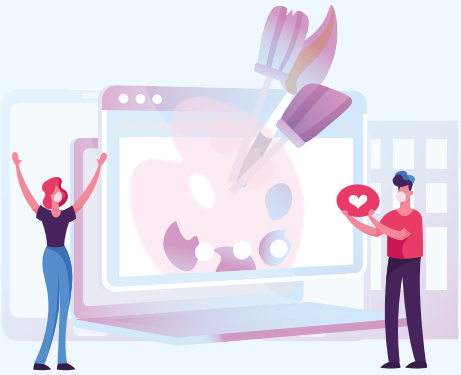
HAY QUIEN SUGIERE QUE SON LOS REGÍMENES DE PODER CONCENTRADO LOS QUE PUEDEN RESOLVER UNA CRISIS DE ESTA NATURALEZA, CON LA ENERGÍA Y LA CELERIDAD INDISPENSABLES.

¿Cuáles serán, por último, las implicaciones duraderas de la nueva sociedad disciplinaria? ¿Qué libertades sobrevivirán bajo el sensor del panóptico sanitario? Byung-Chul Han lo ha advertido con gran claridad: tras la invasión del nuevo coronavirus, todos somos potencialmente terroristas. No necesitamos secuestrar un avión y esconder unas navajas para serlo; no es necesario que queramos causar el pánico. Sin registrar síntoma de enfermedad alguna podemos esparcir el contagio. Por ello preguntaba si el virus sería culpable del fin del liberalismo occidental. Tienta la idea de ceder derechos para recibir cuidado. La terrible pregunta del realismo político adquiere hoy dramatismo: ¿cuál es mal menor? **EP**

ARTES ESCÉNICAS Y CONFINAMIENTO

UNA REINVENCIÓN NECESARIA

Lucina Jiménez



El confinamiento que la pandemia de COVID-19 ha impuesto a la sociedad ha suspendido temporalmente los espacios públicos para las artes escénicas. Ante este panorama, Lucina Jiménez plantea una serie de consideraciones indispensables para reinventar el ecosistema artístico, de tal manera que podamos garantizar la seguridad y la salud de artistas, técnicos, productores y, por supuesto, del público, tomando en cuenta que la cultura y la salud son bienes públicos y derechos irrenunciables.

Lucina Jiménez @LucinaJimenez
Doctora en Ciencias Antropológicas por la UAM Iztapalapa.
Es especialista en políticas culturales y desarrollo sostenible, educación en artes, derechos culturales y cultura de paz.
Actualmente dirige el INBAL.

Un ecosistema en transformación

El impacto de la pandemia del COVID-19 a nivel global impone la necesidad de explorar veredas hacia la reinvención del ecosistema artístico. En términos de sostenibilidad —enfoque poco frecuentado desde las políticas públicas durante décadas— se hace necesario abonar el terreno para que el arte y la cultura, hoy ventanas al mundo en aislamiento, sean consideradas parte del bienestar social y un sector económico en el que conviene invertir a corto, mediano y largo plazo.

Las artes escénicas son campos fértiles que generan empleo y movilizan a otros sectores económicos como el de la tecnológía, el cual se ha visto beneficiado por la producción y difusión de contenidos —en su mayoría gratuitos— a nivel mundial. Quienes tienen acceso a dispositivos con internet han podido acercarse a la oferta de la Metropolitan Opera House, que dio acceso libre a sus producciones bajo cierta temporalidad. Con el patrocinio de grandes empresas privadas, la Ópera de Viena permite disfrutar en video diversas puestas en escena. La Filarmónica de Berlín, a través de su sala virtual, ofrece conciertos vía *streaming*, con precios diferenciados.

En México, se socializaron los acervos de las compañías nacionales de danza, teatro y ópera, así como de la Orquesta Sinfónica Nacional, los centros de producción de música y danza contemporáneas, la Orquesta de Cámara de Bellas Artes, Solistas Ensamble y el Coro de Madrigalistas del INBAL, a través de la plataforma Contigo en la Distancia creada por la Secretaría de Cultura federal. Destacados creadores desde distintos lugares del mundo, como Javier Camarena desde Suiza o Iván López Reynoso desde México, abrieron sus redes sociales para hacer labor educativa y de divulgación. Orquestas sinfónicas y de cámara, agrupaciones corales, compañías de danza, ballets y agrupaciones de música contemporánea generaron experiencias artísticas a partir de diveras plataformas con miles e incluso millones de interacciones. Este uso de la digitalidad será seguramente un ambiente ya ganado, aunque difícilmente bajo los mismos términos.

Las artes vivas forman parte de los ecosistemas productivos y de servicios; tienen impacto en las industrias del vestido, el calzado, la papalería, el sonido, la construcción, la iluminación, el transporte o los alimentos y dan trabajo a economistas, abogados, contadores, técnicos y diseñadores, por mencionar algunas categorías laborales. Igualmente, dan impulso al turismo que se mueve alrededor de los teatros, los centros de ópera, los festivales y las ferias de arte contemporáneo más emblemáticos, más allá de los espacios arquitectónicos o de carácter patrimonial que movilizan a millones de personas en todo el mundo.

Aunque los sistemas de cuentas nacionales en la mayoría de los países han subrayado su contribución a la riqueza nacional, sus componentes, desigualdades y especificidades han sido escasamente explorados. No tienen las mismas exigencias y posibilidades los grandes teatros, agrupaciones artísticas y casas de ópera, que las pequeñas compañías o grupos artísticos.

LAS ARTES ESCÉNICAS, INCLUIDA LA MÚSICA, SON ARTES GREGARIAS, DE LO PÚBLICO, PROPICIAN LO SOCIAL.

La biopolítica y el cuerpo

Las artes escénicas, incluida la música, son artes gregarias, de lo público, propician lo social. Ante el cierre de teatros, salas de concierto, auditorios y espacios escénicos públicos y privados, propiciado por el control de las curvas de contagio, el mundo de las artes vivas se ha visto afectado directamente porque su naturaleza implica definitivamente la corporalidad, la presencia física, la interacción e implicación de ese territorio de expresión, emociones y energías que es el cuerpo.

La pandemia puso en tensión las bases de las ritualidades y la comunión en las que descansan la danza, el teatro, la ópera, los conciertos sinfónicos, los coros y el *performance*. El confinamiento de los cuerpos da lugar a otra pespectiva de la biopolítica y nos conmina a preguntarnos cómo será posible el arte escénico en la inminente recuperación de la vida y los espacios públicos, cómo tendrán que adaptarse las prácticas artísticas en los escenarios para garantizar la seguridad y la salud de artistas y personas dedicadas a las dimensiones técnicas, de producción, escenografía, dirección escénica y musical, y por supuesto, a los públicos, tomando en cuenta que la cultura y la salud son bienes públicos y derechos irrenunciables. En todo el mundo se han abierto reflexiones colectivas por parte de diversas comunidades artísticas —unas más organizadas que otras— para formular propuestas en todos los países.

El diálogo no sólo alude a las medidas de recuperación económica, que seguramente tomarán su tiempo, sino que también involucra un debate estético y refiere a cómo una pandemia global afecta la dimensión artística. ¿Dónde se construye la teatralidad, cómo la dramaturgia y el teatro mismo pueden promover las más diversas emociones desde la virtualidad?, ¿puede construirse lo escénico sin la implicación biopolítica del cuerpo de la actriz, del actor?, ¿tendrán mayor auge el video teatro y la video danza?, ¿ganará más peso la industria cultural?, ¿las plataformas podrían llegar a contribuir al ingreso de artistas escénicos o ser parte de los recursos para la producción del espectáculo en vivo?, ¿las orquestas sinfónicas podrán seguir con sus mismos repertorios y esquemas de ensayos o buscarán formatos más flexibles?

El canto y la actuación sufrieron las primeras consideraciones de riesgo ante los mecanismos de contagio, debido al papel activo de las emisiones vocales. La ópera, el teatro y la danza son particularmente sensibles a la presencialidad. La música nunca será la misma interpretada en vivo que en grabaciones; sin embargo, tiene otras posibilidades de reproductibilidad, ya que incluso ha sido uno de los motores de la vertiginosa revolución tecnológica. Los teatros fueron los primeros en cerrar; las grandes salas de conciertos y ópera en las ciudades más importantes serán posiblemente las últimas en abrir, con lo que será más prologado y complejo el proceso. Los festivales no tendrán posibilidades

EL DIÁLOGO NO SÓLO ALUDE A LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA; TAMBIÉN INVOLUCRA UN DEBATE ESTÉTICO Y REFIERE A CÓMO UNA PANDEMIA GLOBAL AFECTA LA DIMENSIÓN ARTÍSTICA.

ESTAMOS FRENTE A UNA CRISIS QUE CUESTIONA LAS ZONAS DE CONFORT EN QUE DESCANSABA UNA SUPUESTA "NORMALIDAD" QUE HOY REQUIERE SER DECONSTRUIDA.

inmediatas de llevarse a cabo en las mismas circunstancias en que se llevaban a cabo.

Pese a ello, artistas de la escena y la música han mostrado su solidaridad y empatía, su actitud de apoyo hacia el personal médico, los maestros y otros actores que se mantienen en actividad presencial y esencial, arriesgando su salud o haciendo posible que infancias y adolescencias no pierdan el ciclo escolar, que las ciudades y los servicios funcionen, aunque las ciudadanías permanezcan en casa.

El día después

Durante estos meses de confinamiento y lucha por la vida de miles de personas, los contextos para la expresión escénica han cambiado radicalmente. Pensar en un regreso a lo mismo es imposible; es necesario darnos la oportunidad de reinventarnos. Abrir los escenarios implica la definición de protocolos de seguridad para los teatros, los auditorios, las salas de conciertos y las casas de ópera. La preparación del regreso tiene muchas vertientes y requiere de previsiones específicas que protejan la salud de elencos, creativos, técnicos y productores, de públicos y personal de gestión, pero al mismo tiempo garanticen respetar los derechos humanos y evitar que el miedo y la inseguidad ocasionen discriminación o rechazo a ciertas personas. Especialmente habrá que pensar en quienes viven con discapacidad y que cuidar el empleo, posiblemente alternando personal o definiendo qué puede seguirse haciendo de manera remota, respetando los derechos laborales.

Las medidas de prevención tendrán que contar con protocolos institucionalizados acordes con las respectivas áreas de salud en cada país; así ocurre en aquellos donde poco a poco se ha ido recuperando la vida pública. Todas las infraestructuras deberán ser sanitizadas de manera recurrente y habrá que

diseñar el manejo de oficinas, de espacios comunes, de los mecanismos de gestión, el uso de taquillas y hasta del dinero y programas de mano. Es necesario seguir poniendo atención a personas en condiciones de vulnerabilidad y apoyarlas para que se incorporen en las mejores condiciones. El restablecimiento de relaciones afectivas entre gremios artísticos y personal administrativo, técnico y de gestión será fundamental.

La mayoría de los países ha optado por una inevitable apertura con reducción del aforo, lo que afecta la recuperación cuando los ingresos de taquilla son determinantes para quien produce. De ahí que se requieran nuevos esquemas de distribución. Seguramente habrá que trabajar para restablecer la confianza en los espectadores sobre la seguridad de los teatros y las salas de espectáculos escénicos, así como en la importancia de la recuperación de su vida cultural.

Artísticamente hablando, lo más probable es que deban pensarse los repertorios de orquestas y agrupaciones artísticas, compañías de ópera, teatro y coros, para armonizar salud y expresión artística; considerar la instrumentación de las orquestas, el número de integrantes de las agrupaciones que participan en cada producción, tomar en cuenta la disposición de músicos, actrices, actores y cantantes en los escenarios y en los fosos de orquesta, reorganizar sesiones de ensayos, repensar los esquemas de preproducción, montajes y gestión, para cuidar la salud de artistas, productores, técnicos, gestores y audiencias, sin perder la vocación de cada agrupación, compañía u orquesta.

En la mayoría de los países, quienes integran el sector de las artes escénicas —los menos, a decir verdad— suelen pertenecer a elencos o agrupaciones artísticas de gobiernos federales, estatales, municipales o universidades que cuentan con compañías de danza, orquestas de cámara o sinfónicas, conjuntos corales, agrupaciones de música tradicional, compañías de teatro o, en menor escala, de ópera.

Sin embargo, el resto de los creadores y productores escénicos apuestan sus recursos en obras que coproducen o sostienen a partir de contratos intermitentes, o bien a partir de la búsqueda de becas, patrocinios o estímulos fiscales, donde éstos existen. Los espacios escénicos independientes tendrán que reinventarse también. Lo cierto es que no tienen el mismo tratamiento de industria que el cine y el audiovisual han ganado. Fomentar el proceso de asociación y repensar los esquemas de financiamiento y recuperación será importante, en paralelo con enfoques de socialización, inclusión y vinculación social, de tal suerte que el mundo de las llamadas bellas artes trabaje desde la excelencia y la pertinencia estética, en armonía con la promoción de la salud, al tiempo que adquiera cada vez más un sentido de apertura hacia nuevos sectores que tal vez por fin puedan acercarse a estas expresiones.

No todos los gobiernos tienen posibilidades de generar subsidios generalizados, porque sus economías y sus desigualdades se convierten en obstáculos para atender incluso las deficiencias de sus sistemas de salud y evitar la muerte de un mayor número de personas, o bien porque no construyeron antes los mecanismos para atender situaciones de emergencia o de vinculación con esquemas de bienestar para creadores, productores y gestores, para apoyar a los pequeños o medianos emprendimientos artísticos. La diversidad y la contemporaneidad de las artes escénicas serán también un refugio y un espacio para replantear la vida misma, en un mundo que exige otros paradigmas. Estamos frente a una crisis para la que nadie estaba preparado, una crisis que cuestiona las zonas de confort en que descansaba una supuesta "normalidad" que hoy requiere ser deconstruida.

Habrá que generar estímulos y procesos de acercamiento con ciudadanías que responderán de manera diferenciada. Habrá quien desee ya regresar a sus espacios culturales, pero habrá quienes seguramente se lo pensarán dos veces. La economía de los hogares será un reto a considerar, por lo que no debería descartarse el estímulo al disfrute artístico como un medida más para la recuperación. Lo que es un hecho, es que tenemos todo por hacer. **EP**

EL ACERO Y EL BAMBÚ: LAS POLÍTICAS PÚBLICAS DESPUÉS DE LA PANDEMIA

Antonio Villalpando Acuña y César Morales Oyarvide

La pandemia de COVID-19 llegó a México en un momento en que la acción gubernamental y el papel del Estado en la economía y la sociedad atraviesan una honda revisión. Poco se puede pronosticar sobre las ramificaciones de las crisis producto del nuevo coronavirus. Sin embargo, lo que parece un hecho es que, en los tiempos por venir, el lopezobradorismo se enfrentará a una coyuntura que demandará un Estado con mayor capacidad de intervención, pero lo suficientemente flexible para responder a circunstancias cambiantes. El futuro de las políticas públicas en la Cuarta Transformación (4T) se jugará entre dos extremos: la defensa de la visión programática que se estableció de antemano para transformar a México y un entorno que demandará una gobernanza enfocada en problemas y, por lo tanto, adaptativa.

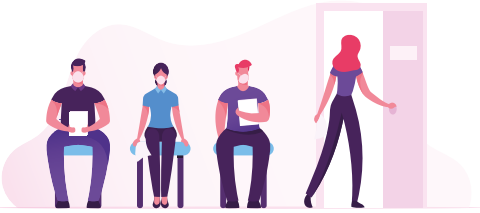
Antonio Villalpando @avillalpandoa
es sociólogo y estudia el doctorado en Políticas Públicas en el CIDE.
César Morales @moralesoyarvide
es politólogo por la Universidad Complutense de Madrid.

Las pandemias: fuerzas desorganizadoras y ventanas de oportunidad

Un efecto bien conocido de las pandemias es su capacidad para detener grandes proyectos colectivos. Entre otras cosas, una pandemia fue responsable de que los atenienses perdieran la guerra del Peloponeso, de que Justiniano no pudiera reunificar el Imperio romano y de que los vikingos dejaran de explorar América. Hoy los efectos del COVID-19 han generado conflictos en la Unión Europea y someten a una gran tensión la relación entre las entidades federativas de Estados Unidos.

En México, a pesar de los desplantes de algunos gobernadores, no es probable que la integridad del proyecto federal corra peligro como resultado del nuevo coronavirus. No obstante, el proceso subyacente —la multiplicación de nuevos problemas y un entorno con un alto nivel de incertidumbre— generará conflictos entre el modo de gobernar de la 4T y la necesidad de resolver problemas específicos sobre la marcha y adaptar varios de sus supuestos a la nueva realidad.

Una de las teorías más útiles para analizar procesos de cambio en las políticas públicas, como el que previsiblemente vivirá México, es el marco de los flujos múltiples y las ventanas de oportunidad.[1] La idea básica tras esta teoría es que hay momentos en que determinadas circunstancias cambian la prioridad y la interpretación de los problemas públicos, lo que genera una coyuntura propicia para revalorar soluciones que en otro tiempo habrían sido desechadas. En este caso, la circunstancia que abre la ventana de oportunidad es la pandemia misma, pero también sus efectos en la economía, la ecología de las ciudades y la estructura ideológica de los ciudadanos. Como hacía décadas no se veía, el futuro nos permitirá hablar de una vuelta a los gobiernos fuertes e interventores. Las nuevas circunstancias no sólo abrirán la posibilidad del regreso del Estado, sino también la de revivir su ascenso social en el norte global y acelerar su desarrollo en el sur, como ha señalado Thomas Piketty.[2] Sin embargo, la dimensión de esta ventana de oportunidad sólo será comparable a la magnitud de los conflictos y los desafíos que experimentarán los gobiernos a raíz de la pandemia de COVID-19, los cuales se articularán tanto en el plano ideológico como en la forma más cotidiana y material de vivir de sus ciudadanos.



ES PROBABLE QUE LAS NUEVAS CIRCUNSTANCIAS GENEREN PRESIONES HACIA UNA REVISIÓN DE LOS PROGRAMAS SOCIALES, SUS BENEFICIARIOS Y UNA RECOMPOSICIÓN DEL RESPALDO SOCIAL DEL LOPEZOBRADORISMO.

En *Historia de un crimen*, Victor Hugo escribió que "uno resiste la invasión de ejércitos, pero no la invasión de una idea". Esta frase comunica de forma espléndida los tiempos por los que van a pasar los pueblos y sus gobiernos durante los próximos años. En el futuro, dos ideas resurgirán con fuerza colosal: el autoritarismo y la heterodoxia económica. El retrato de las sociedades del este de Asia, tanto menos liberales como más capaces de coordinarse, dejará una impresión duradera en las mentes de los ciudadanos más temerosos al tiempo que le dará a la derecha radical la atención que necesita para vindicar —como si fuera una virtud— la manía controladora de sus representantes más visibles. A la par, la crisis de los sistemas de salud, el desempleo rampante y la pérdida de confianza en los mercados plantearán la necesidad de reactivar las economías mediante la centralización y la estatización de servicios, la inversión pública y nuevos pactos fiscales. Estas dos ideas moldearán la arena en la que se discutirán todas las reformas en materia de políticas públicas en el futuro.

Las políticas públicas de la 4T tras la pandemia

La tensión entre autoritarismo y heterodoxia económica ejercerá una tracción tremenda sobre una dimensión básica para la conformación de las políticas públicas: la *ratio* entre ganadores y perdedores. Esto será especialmente notorio en la política social en México, donde la principal herramienta del gobierno ha sido la transferencia directa de recursos. En la visión programática del gobierno, poner primero a los pobres ha significado, con justa razón, priorizar como beneficiarios a ciertos colectivos desamparados por décadas, sobre todo en el mundo rural. No obstante, tras la crisis entrará a escena otro actor: la población vulnerable, aquellas personas cuya situación económica es tan insegura que un *shock* como la crisis los sumirá en la pobreza. Se trata de un colectivo que en los últimos años ha representado alrededor de un tercio de la población mexicana,[3] pero que no ha recibido una atención equivalente. Hasta el momento, la apuesta gubernamental ha sido reforzar la protección de los más marginados. Sin embargo, en un futuro marcado por la "nueva pobreza", programas focalizados fondeados por todos los contribuyentes como Jóvenes construyendo el futuro —de beneficios concentrados y costos difusos— podrán ser vistos con recelo por cientos de miles de personas sin empleo. Asimismo, programas como Sembrando Vida podrían despertar encono, al ser las zonas rurales y semiurbanas las que previsiblemente serán menos golpeadas por la epidemia. Por ello, es probable que las nuevas circunstancias generen presiones hacia una revisión de los programas sociales, sus beneficiarios —primero los pobres, sí, pero ¿cuáles?— y una recomposición del respaldo social del lopezobradorismo.

La tensión entre ganadores y perdedores también influirá en el trato que se brinde a las empresas desde el gobierno. El sociólogo C. Wright Mills afirmaba que "el fondo del mundo empresarial es tan distinto a su cima que es cuestionable que los dos deban ser clasificados en el mismo grupo".[4] Es por ello que, si bien la recuperación de la crisis requerirá inevitablemente el apoyo del gobierno a la iniciativa privada, la asistencia deberá destinarse a quienes realmente la necesitan: las pequeñas y medianas empresas, que emplean a siete de cada 10 mexicanos.[5] En el futuro, el lopezobradorismo deberá sacudirse lo que quede del discurso antiempresarial para apoyar a estos negocios, no sólo con créditos emergentes, sino también con una plataforma que los haga menos vulnerables ante epidemias y ante los grandes conglomerados, que seguirán buscando acaparar la atención gubernamental. Estos pequeños empresarios han sido, además, los más responsables y solidarios en tiempos del COVID-19, lo cual deberá ser reconocido y recompensado.

Así como las transferencias focalizadas se volverán más problemáticas, los programas y las políticas redistributivas —de beneficios difusos y costos relativamente concentrados— tendrán su mejor ventana de oportunidad en los últimos 50 años. Ningún gobierno debería dudar en utilizar sus recursos para fondear sistemas de bienestar universales. En México, la reforma al artículo 4 de la Constitución y la creación del Instituto de Salud para el Bienestar (Insabi) fueron pasos

EN EL FUTURO, DOS IDEAS RESURGIRÁN CON FUERZA COLOSAL: EL AUTORITARISMO Y LA HETERODOXIA ECONÓMICA.

hacia ese objetivo, pero la pandemia generará una circunstancia única para discutir grandes pendientes, como abatir la falta de cobertura de nuestro sistema de seguridad social, que en 2018 sólo atendía a 44% de la población,[6] y desvincular este derecho de la condición laboral. Paliar los efectos de la pandemia y —sobre todo— protegernos ante su regreso, pasará por volver a poner sobre la mesa iniciativas como la de un seguro de desempleo. Retrasar estos procesos, hacer reformas tímidas o no hacerlas le daría al pensamiento autoritario un entorno de desarrollo perfecto: uno con un alto nivel de incertidumbre.

Financiar estas políticas requerirá también la adaptación de algunos supuestos de la 4T. Hasta el momento, el gobierno ha descartado el aumento de impuestos o la contratación de deuda para financiar sus proyectos, confiando en la eficiencia y el ahorro como fuentes de recursos. No obstante, la crisis mostrará los límites de la austeridad republicana. Al mismo tiempo, los efectos de la pandemia generarán una ventana de oportunidad en la forma de un momento de solidaridad y unidad nacional; esta circunstancia podrá ser usada para convocar un nuevo pacto social que se traduzca en una reforma fiscal. Será el momento de discutir, como en otros países, nuevos gravámenes a la riqueza, a las herencias y un acuerdo global contra la evasión fiscal. Dados los efectos que ha causado la epidemia de obesidad en la crisis sanitaria, será también tiempo de considerar un gravamen mayor a las bebidas azucaradas. México sigue siendo el país que, proporcionalmente, menos impuestos recauda en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE): 16.1% del PIB.[7] Si a esto se añade la pérdida en ingresos petroleros, aprovechar esta coyuntura resultará más urgente, con mayor razón si para enfrentar la crisis, se recurre al endeudamiento.

En materia de seguridad, el futuro traerá nuevos desafíos que pueden inducir al gobierno a tomar medidas más audaces para recuperar la paz. Es probable que el nuevo desempleo favorezca a las organizaciones de narcotraficantes, un sector de la economía cuya demanda seguramente aumentará. Pensando en los efectos de un vertiginoso crecimiento en la demanda de drogas, dos situaciones parecen posibles: o los cárteles se reunifican y llegan a nuevos acuerdos para administrar la abundancia o la narcoviolencia se recrudece

con incentivos para ganar más plazas y acceso a un ejército industrial de reserva cuasi infinito. Esta ambigüedad podrá poner a debate la legalización de las drogas, así como su regulación; lo primero pensando en una potencial fuente de ingresos y lo segundo considerando que —ya antes de la pandemia— el consumo de drogas y alcohol se había incrementado hasta cuatro veces en sólo cinco años.[8] En este sentido, el futuro abrirá una ventana de oportunidad para formalizar industrias como la del cannabis, que podría aportar ingresos similares a los del alcohol.[9] Además de la comercialización de las drogas, el gobierno deberá tomar previsiones para afrontar un fenómeno nuevo: la masificación del consumo. Si las adicciones no son tratadas como un tema de salud pública, las pérdidas laborales por ausentismo, la carga en el sistema de salud y el efecto en la seguridad pública de muchas ciudades crearían una especie de *rust belt* mexicano. Enfrentar estos problemas requerirá de políticas públicas de alta precisión y flexibilidad.

Es previsible que el entorno social sobre el que se ejercerá la acción gubernamental se vuelva más complicado. A unas pocas semanas del inicio de las medidas de sana distancia, la violencia intrafamiliar en México ya se había duplicado.[10] Esta forma de violencia está vinculada, en gran medida, con el hacinamiento en el que vive casi 40% de la población[11] y puede ser un *proxy* de lo que viviremos en el futuro: una sociedad cada día más intransigente y desesperada por soluciones. Los destinatarios de la nueva violencia serán, como siempre, mujeres, niños, ancianos y animales, por lo que protegerlos se volverá fundamental. Aunado a esto, los viejos resortes discriminatorios contra la comunidad LGBT, los migrantes y las personas de piel más oscura pueden tomar fuerza, por lo que la 4T deberá tomar posicionamientos firmes en estos temas, en los que en ocasiones ha buscado mantener una difícil ambigüedad.

EL PLAN NACIONAL DE DESARROLLO SE BASA EN EL SUPUESTO DE QUE TODO ES PLANIFICABLE, DE QUE NO SURGIRÁN SITUACIONES O ACTORES QUE NO PUEDAN SER ENCAUZADOS EN TÉRMINOS DE LO QUE ESTABLECE.

El acero y bambú:
del programa a la flexibilidad adaptativa

A partir de lo anterior se puede prever que en el futuro la administración pública mexicana tendrá que incrementar su desempeño en una dimensión para la que no fue diseñada: los pequeños ajustes y la flexibilidad. Históricamente, los cambios de gobierno en México han implicado siempre una reestructuración: es hora de crear y desaparecer secretarías y planear —como si se conociera el futuro— los ejes temáticos de la administración entrante. El Plan Nacional de Desarrollo, un instrumento creado en la década de 1980, se basa en el supuesto de que todo es planificable, de que no surgirán situaciones o actores que no puedan ser encauzados en términos de lo que establece dicho documento. Aunada a los niveles endémicos de corrupción, esta inflexibilidad ha contribuido a que en nuestro país las acciones gubernamentales tengan un efecto disminuido y retardado en aquello para lo que están destinadas. De igual modo, ha provocado que los recursos públicos no puedan ser asignados a otra función que no sea la original sin pasar antes por la legislatura y sin importar lo apremiante de las circunstancias. La pandemia no ha hecho más que desnudar ese problema y magnificarlo.

Superar estas restricciones representará un reto monumental para el lopezobradorismo. Para lograrlo deberá revertirse la erosión del aparato burocrático de estos primeros años de gobierno y, al mismo tiempo, dotarlo de más recursos y de un marco de acción renovado que permita ejercer más recursos con mayor precisión y de manera adaptativa, todo ello sin abandonar sus consignas fundacionales y su esencia: combatir la corrupción y priorizar a los más pobres.

"Porque soy más duro que el acero, antes roto que doblarme", decía en un célebre fandango el

cantaor flamenco Camarón de la Isla. Hasta el momento, el modo de gobernar de la 4T parece haber llevado a la práctica ese verso. Sin embargo, los retos que depara el mundo posterior al COVID-19 harán necesario que, para consolidar el proyecto de transformación planteado en 2018, el gobierno deje de funcionar como una hoja de acero y lo haga más como una planta de bambú. El bambú es un material tan fuerte como el metal, pero mucho más flexible, lo que le ha dado una gran ventaja en las construcciones antisísmicas. Para superar los retos del mundo después de la pandemia, las políticas públicas deben ser como este material, capaz de resistir un temporal sin romperse. El edificio que sostendrán no es otro que nuestro país. **EP**

1. John W. Kingdon, *Agendas, Alternatives, and Public Policies*, Boston, Cambridge University Press, 1984.

2. "Avoiding the worst", *Le Monde*, 14 de abril de 2020.

3. Luis F. López Calva *et al.*, "Clases medias y vulnerabilidad a la pobreza. Reflexiones desde América Latina", *El Trimestre Económico*, vol. LXXXI (2), núm. 322, 2014.

4. *White Collar: the American middle classes*, 2002.

5. OCDE, *SME and Entrepreneurship Outlook*, 2019.

6. Coneval, "Medición de la pobreza, Estados Unidos Mexicanos, serie 2008 – 2018".

7. OCDE, *Revenue Statistics*, 2019.

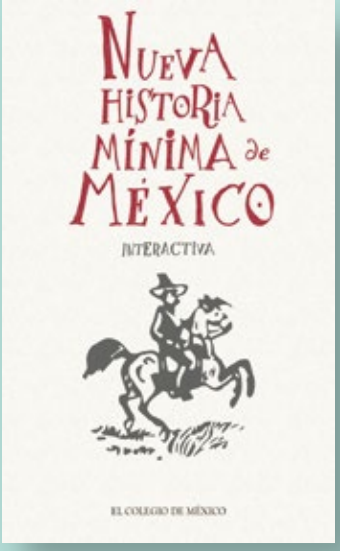
8. Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, *Encuesta Nacional de Consumo de Drogas, Alcohol y Tabaco 2016-2017*.

9. Institute on Taxation and Economic Policy, "Five Years in, Cannabis Tax Haul Rivals or Exceeds Alcohol Taxes in Many States", 2019.

10. *El Economista*, 9 de abril de 2020.

11. ONU-Habitat México, "Elementos de una vivienda adecuada", 2019.

EL COLEGIO DE MÉXICO | Novedades
libros.colmex.mx



INTERACTIVA

EL PUNTO Y SEGUIDO O EL PUNTO Y APARTE

DE LA SOCIEDAD HUMANA

Naief Yehya

Desde Brooklyn, Naief Yehya describe el panorama que la pandemia del COVID-19 despliega en EUA y, con el estilo directo que lo caracteriza, plantea algunas especulaciones sobre lo que nos espera en los escenarios económico, político y del contacto humano, basadas en su aguda lectura de la civilización contemporánea.

Naief Yehya @nyehya
es autor de las novelas *Camino a casa*, *Obras sanitarias* y *Las cenizas y las cosas* así como de los libros de ensayos *Pornografía, obsesión sexual y tecnológica*, *Guerra y propaganda*, *El cuerpo transformado* y *Mundo Dron*. Es colaborador de múltiples publicaciones periódicas como el suplemento *El Cultural* de *La Razón*, *Literal Magazine*, *Revista Zócalo* y *Letras Libres*.

B Brooklyn, Nueva York. Cuando escribo esto se cumple un mes desde que comencé este encierro. No es mucho y es todo el tiempo del mundo. Podemos llamarlo cuarentena, enclaustramiento, confinamiento o, como le dicen por acá, Shelter in place, santuario en casa. Las reglas en Nueva York, hasta ahora, permiten a los ciudadanos cierta libertad de movimiento. Se puede salir a hacer ejercicio solitario, pasear perros e ir de compras (únicamente están abiertos los supermercados, las vinaterías, las farmacias, las ferreterías y las tiendas de alimentos). No es necesario tener papeles para circular al estilo de los formatos de *Attestation de Déplacement Dérogatoire* que se requieren en Francia para pisar la calle. Aquí todo mundo puede salir quince veces al día a comprar papel higiénico si le da la gana, nadie está vigilando. Probablemente por eso, el 8 de mayo Nueva York sumaba ya 20,828 muertes registradas por el virus (más aquellos que han fallecido en sus hogares y a los que no se les hizo la prueba), para ocupar el cuarto lugar general en muertes, después de Italia, España y Francia. Aún así, la mayoría de la gente está recluida. El efecto de las calles vacías es impactante en Brooklyn, pero no hay comparación con la impresión que causa circular por la desolación del área de Times Square o de Wall Street en Manhattan. Podríamos imaginar que es una urbe muerta o una ruina abandonada, pero los habitantes de la metrópolis están agazapados en sus santuarios, seguramente pensando en lo que nos espera al terminar esta reclusión. Aquí algunas de mis especulaciones:

Economía

Al miedo de la infección, la paranoia de caer gravemente enfermo y tener que buscar ayuda médica en un tiempo en que los hospitales está rebasados y en que solamente se pueden encargar de los casos más desesperados, se suma la inseguridad económica. Los desempleos masivos en un país que casi no ofrece protección laboral vienen tras una racha impresionante de logros financieros que comenzó con Obama y por simple inercia continuó bajo Trump y sus recortes fiscales para las grandes corporaciones. Hasta el momento, cerca de 33 millones de trabajadores recientemente despedidos han reclamado los beneficios del seguro de desempleo, con lo que el sistema ha quedado saturado. Fueron aprobados fondos de asistencia y préstamos con bajos intereses para pequeñas y grandes empresas, así como para ciudadanos; esto no será suficiente para reactivar la viabilidad de la mayoría de los negocios, enriquecerá más a los más privilegiados y dejará en ruinas a la economía. Muchos han comparado la situación actual —las largas filas para adquirir productos básicos, el riesgo a que las líneas de suministro se fracturen, la proliferación de acaparadores y el mercado negro— con la economía soviética. La situación en Estados Unidos es muy distinta de aquella debido a la inmensa diversidad de sus líneas de suministro, lo cual en teoría debería proteger a los consumidores de racionamientos y escasez; sin embargo, la economía en el país más rico del mundo cuelga ahora de dos hilos: de la salud de quienes cultivan, cosechan, producen, distribuyen y entregan a domicilio los alimentos —los trabajadores peor pagados, desprotegidos y marginados, en gran medida inmigrantes e indocumentados— y del *outsourcing*, la producción subcontratada a varios países, en particular a China, que deja al país vulnerable a perder suministros de productos esenciales para sobrevivir una epidemia. Por décadas el modelo en que las empresas negaban a sus empleados garantías, antigüedad y salarios justos tuvo como resultado el enriquecimiento de las corporaciones y un diluvio de productos baratos; desde frutas exóticas hasta alta tecnología desechable. El COVID-19 probablemente anuncia la extinción de ese modelo.

Política

Podemos ser ilusos e imaginar que un virus traerá el colapso de las formas de capitalismo más voraz, de sus métodos de opresión más devastadores y de su ambición mercenaria. Pero la realidad es que las condiciones que aparecen con más naturalidad tras una epidemia apuntan hacia más autoritarismo y corrupción. Nada mejor que el miedo y la paranoia para manipular y doblegar voluntades. Una amenaza invisible ofrece a los poderosos la oportunidad de suprimir los derechos más elementales.

Lo que viene es un mundo de miedo al contagio que hará ver a la cultura del post 9-11 como desparpajada y liberal. Al peligro del terrorismo internacional le hemos de sumar el riesgo viral. La reacción de algunos países como Corea del Sur, China, Taiwán, Israel y Singapur ha sido recurrir a los sistemas de rastreo y vigilancia masiva de la población para controlar la epidemia. Para esto, los gobiernos suman a sus capacidades de espionaje los recursos comerciales que explotan las características intrínsecas de nuestros dispositivos portátiles, algoritmos de inteligencia artificial y procesamiento masivo de datos en la "nube". Se usa la información de localización de los teléfonos celulares para saber dónde se encuentra todo mundo e impedir que la gente salga a la calle. De manera semejante, las cámaras de vigilancia en espacios públicos, corporativos y privados que cuentan con procesamiento de rostros e identificación facial se usan como celadores de la cuarentena. En estos países y otros más se emplean aplicaciones para rastrear y, más importante aún, predecir —al identificar comportamientos y hábitos— los movimientos de los ciudadanos y detectar posibles interacciones con personas infectadas, a las que se les informa del riesgo que corren y se les pide recluirse para evitar posibles contagios.

EL MODELO EN QUE LAS EMPRESAS NEGABAN A SUS EMPLEADOS GARANTÍAS Y SALARIOS JUSTOS TUVO COMO RESULTADO EL ENRIQUECIMIENTO DE LAS CORPORACIONES Y UN DILUVIO DE PRODUCTOS BARATOS. EL COVID-19 PROBABLEMENTE ANUNCIA LA EXTINCIÓN DE ESE MODELO.

Los sistemas de que se vale el capitalismo de vigilancia, como lo ha llamado Shoshana Zuboff, así como la tecnología de espionaje civil y militar podrían realmente usarse ahora para protegernos del virus. Obviamente, es muy difícil creer en las buenas intenciones —especialmente a largo plazo— de las agencias, corporaciones y dependencias oficiales que históricamente han explotado la información personal que recogen, como puso en evidencia Edward Snowden. Los poderes que los gobiernos se atribuyen durante

una emergencia son parte esencial de lo que Naomi Klein ha llamado la doctrina del *shock* o de la conmoción. Para proteger la privacidad sería fundamental, primero que nada, imponer límites temporales a la información recolectada, prohibir que se empleara por sistemas y personal no relacionados con la salud pública, impedir que se pudiera compartir entre agencias y corporaciones sin una finalidad específica y exigir que se demuestre que los beneficios de la vigilancia sean mayores que sus costos —morales, laborales, de libertad de expresión, de acceso a servicios de salud— para las personas, como propone la Electronic Frontier Foundation. Lamentablemente, defender nuestros derechos requiere de una población informada, consciente de las implicaciones de perder su privacidad y dispuesta a luchar por defender sus derechos. Si esto en tiempos normales es raro, en un momento de encierro, en que hemos renunciado a la libertad de desplazarnos es prácticamente inimaginable.

La epidemia está aún muy lejos de terminar y podemos ya constatar cómo se utiliza en beneficio de intereses conservadores. Un ejemplo fue lo sucedido en las recientes elecciones en Wisconsin, donde los republicanos se negaron a suspender las elecciones o a hacerlas por correo; en cambio cerraron la mayoría de las casillas y dejaron abiertas tan sólo unas cuantas, donde la gente tuvo que formarse por horas y por lo menos 67 personas resultaron contagiadas con el virus.

LO QUE VIENE ES UN MUNDO DE MIEDO AL CONTAGIO QUE HARÁ VER A LA CULTURA DEL POST 9-11 COMO DESPARPAJADA Y LIBERAL. AL PELIGRO DEL TERRORISMO INTERNACIONAL LE HEMOS DE SUMAR EL RIESGO VIRAL.

El contacto humano

Europa ha sobrevivido numerosas epidemias devastadoras desde la antigüedad. Eso nos hace preguntarnos ¿cómo hicieron para preservar el calor de los abrazos, de estrecharse las manos y besarse las mejillas? ¿Cómo se rescata la cercanía humana tras el miedo del contacto? El rey Enrique VI de Inglaterra prohibió los besos en 1439, con la intención de detener la epidemia de peste que devastaba el reino. Es difícil saber hasta qué punto entendía que el contacto humano era responsable de la transmisión —los primeros descubrimientos de vida microscópica tuvieron lugar en 1665— pero su

intuición fue acertada y sus efectos duraderos. Anthony Fauci, el director del Instituto Nacional de Alergias y Enfermedades Infecciosas de EUA, anunció que era tiempo de olvidarse de la práctica de darnos la mano. Esto no cae tan mal a los pueblos victorianos y a quienes se han formado en el estoicismo puritano, pero otros lo padeceremos más. Paradójicamente, nuestras tecnologías de comunicación e información nos ha venido preparando para la doctrina del distanciamiento social desde finales del siglo pasado, especialmente desde la aparición del iPhone en 2007. Internet sigue funcionando como si nada —a pesar del demencial aumento en la demanda— en un mundo sin cines, ni vuelos, ni restaurantes, ni clubes nocturnos, ni bares, ni trabajos "no esenciales". La mediósfera nos ofrece satisfacciones de todos tipos y una permanente estimulación del egoísmo. Nada más apropiado que la *selfie* como símbolo de la pandemia.

Se nos insiste que la epidemia no discrimina, que el virus es ciego y apolítico, sin embargo la mayoría de las víctimas son los desposeídos y marginados de siempre, quienes deben salir a trabajar sin protección, los que no pueden darse el lujo de distanciarse. Generaciones de desigualdad pasan la factura. Cierto, algunas celebridades anunciaron haber contraído la enfermedad, pero tienen acceso a las pruebas, la atención y la paciencia, sin las preocupaciones monetarias. Para quienes gozan de una buena situación económica y de salud este es el apocalipsis cómodo, la utopía de la distopía, el gozoso fin del mundo en cámara lenta en que uno lee, hace pilates, bebe sin parar, aprende nuevas recetas en YouTube, toma clases con los grandes genios, explora los rincones extravagantes del catálogo de Netflix, ordena comida una vez más y sigue bebiendo hasta caer dormido, para volver a empezar al día siguiente. Si el infierno son los otros, como dijo Sartre, no hay duda de que algunos han llegado al paraíso por vía viral.

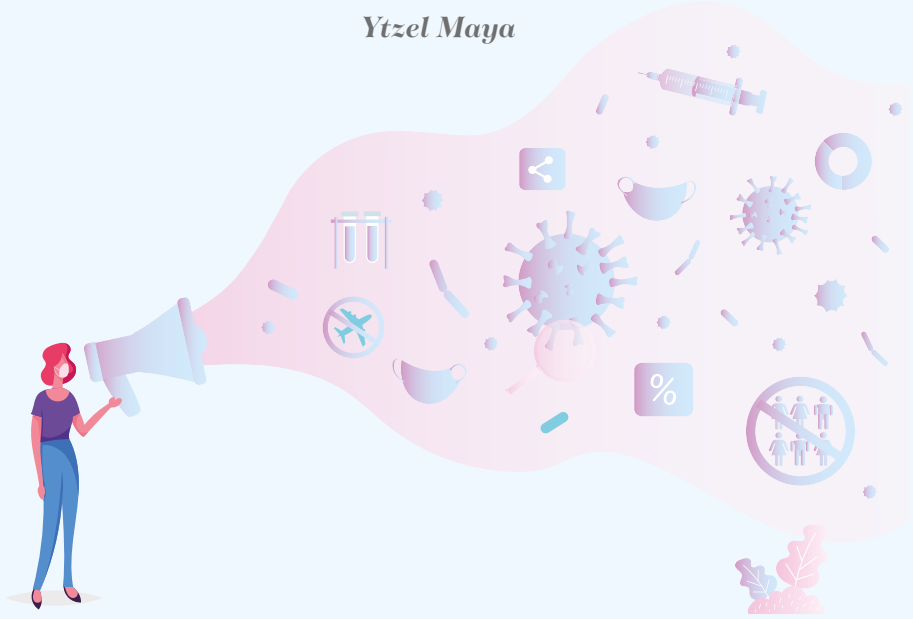
En el mejor de los casos, el retorno a las actividades cotidianas y a la esfera pública requiere de un largo proceso y de numerosas renuncias pero ¿qué tal si no hay regreso? O si no se puede regresar a un mundo que ha desaparecido. ¿Es completamente disparatado imaginar que ha llegado el fin de la sociedad humana como ha existido desde la edad de piedra? También parecía un disparate imaginar que una "gripe engendrada en una sopa de murciélago" arrasaría la economía, la cultura, los deportes organizados y hasta el contacto humano en el siglo XXI. **EP**

LA MEDIÓSFERA NOS OFRECE SATISFACCIONES DE TODOS TIPOS Y UNA PERMANENTE ESTIMULACIÓN DEL EGOÍSMO. NADA MÁS APROPIADO QUE LA *SELFIE* COMO SÍMBOLO DE LA PANDEMIA.

CORPORALIDADES FUTURAS PARA LOS FEMINISMOS

TRAS EL ENCIERRO

Ytzel Maya



Nuestra relación con los cuerpos cambiará en el futuro próximo y no sabemos por cuánto tiempo. Este texto reflexiona sobre la corporalidad, su relación con el feminismo, las políticas públicas y la forma que tendrán las feministas de hacerse escuchar pasada la pandemia.

Ytzel Maya @ytzmaya
Escritora, editora y activista. Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Formó parte del Primer Parlamento de Mujeres del Congreso de la Ciudad de México.

En nuestro país, el 23 de marzo empezamos la Jornada Nacional de Sana Distancia, lo que significó repensarnos no sólo desde nuestros lugares de trabajo —que dejaron de serlo— o desde las necesidades que creíamos esenciales y se convirtieron en otras, sino también desde nuestros cuerpos, las formas de relacionarnos, las materialidades y la continuidad de una realidad diferente. Repensarnos desde el cuerpo implica, a partir de ahora, otra manera de establecer un campo de acción biopolítico, de economías autosustenables, de sociedades más autónomas y autogestivas; un campo de acción, de movilización y de protesta feminista.

Llevamos más de 50 días encerradas en los que —según un estudio de la organización Intersecta— las llamadas al 911 han aumentado 22%, lo que significa que se reciben casi 150 llamadas por hora; las denuncias por violencia familiar siguen acumulándose y en las fiscalías estatales se pueden contar hasta 27 carpetas de dicho delito por hora, 14% más que en febrero; en las comunidades más alejadas, las mujeres no saben si pueden ir a denunciar o si el ministerio público más cercano va a poder recibirlas. En los grupos de WhatsApp de activistas feministas, los mensajes también se acumulan, se hacen cooperachas para comprar despensas, se buscan —mucho más que "antes"— contactos ubicados en otros estados del país para acompañar abortos, se organizan asambleas, presentaciones, reuniones de colectivas, conversatorios y lecturas para aliviar la ansiedad. El presente se vive en dos dimensiones al mismo tiempo: transcurre entre un nosotras tangible y un nosotras virtual. Pero la que es en la pantalla soy yo también del otro lado.

EL PRESENTE SE VIVE EN DOS DIMENSIONES AL MISMO TIEMPO: TRANSCURRE ENTRE UN NOSOTRAS TANGIBLE Y UN NOSOTRAS VIRTUAL.

Ese "antes" ya no va a volver. "La relación con nuestros cuerpos ha cambiado y, si eso cambia, cambia nuestra relación con el mundo y las historias", afirma Brenda Lozano[1] en una entrevista. Esos entrecruces que había en la memoria van a tener que ser reemplazados y devueltos a la realidad que habitamos ahora, cuya certeza no está definida todavía. Nuestras corporalidades tendrán que reaprender su relación con el espacio y las nuevas formas del tiempo. No serán lo mismo una marcha o una protesta frente a Palacio Nacional, un plantón o un pañuelazo. A pesar de que luzcan igual, el cuerpo tendrá una sensación diferente: no será como lo era antes de vivir un trauma como el encierro. Presiento la mutabilidad de los conceptos "distancia" y "cercanía"; el cambio también reside en el lenguaje.

Como feministas, quizá tendremos que repensar la consigna de "lo personal es político", pues ¿qué abarcarán los nuevos espacios de lo personal? ¿Cómo nos atravesarán el cuerpo? ¿Cuáles serán las posibilidades de atravesar otro cuerpo? ¿Cómo abrazaré a la otra? ¿Qué serán estos besos entre nosotras sino recuerdos de haber sentido alguna otra cosa? Los feminismos como movimiento plural de voces diversas, corporalidades disidentes e identidades expansivas, tendrán que revisar los lugares que hemos recorrido, como lo han hecho siempre, además de otras formas de organización, más colectivas y más incluyentes. La pandemia nos abrió dos puertas: la posibilidad de sabernos solas se puede reducir incluso a la soledad abstracta de nuestra casa y la necesidad de comunicación, reforzamiento de los lazos, apertura a lo virtual y movilidades más allá del centro es urgente.

Hay varios poemas de Susana Thénon[2] que me hacen llorar, pero he estado regresando a uno en especial durante la cuarentena:

Sólo yo sé cómo destruirme,
cómo golpear mi cabeza
contra la cabeza del cielo,
cómo cortar mis manos y sentirlas de noche
creciéndome hacia adentro.

Esa capacidad de pertenecernos, de enunciarnos desde el grito "mi cuerpo es mío, yo soy y decido, tengo autonomía, yo soy mía", resuena en Thénon desde ese "antes" y nos llega ahora como

NUESTRAS CORPORALIDADES TENDRÁN QUE REAPRENDER SU RELACIÓN CON EL ESPACIO Y LAS NUEVAS FORMAS DEL TIEMPO.

mantra. Un Estado regido por el biopoder —ya lo decía Donna Haraway,[3] a través de una semántica de la defensa y de la invasión— da como resultado un escenario y una experiencia más cercana a la enfermedad y a la muerte que a la vida y a lo que coexiste en ella y nuestros cuerpos. Las corporalidades tendrán que adaptarse y revolucionar ese sistema, pero ¿cómo superar esta sensación de cercanía con la enfermedad, la inminencia de la mortandad, la consecuencia de los sistemas inmune y respiratorio en peligro? Quiero creer que el movimiento feminista tendrá que ver las pequeñas cosas, el análisis sociológico del entramado y los intersticios de las relaciones que nos conforman, las colectividades y las individualidades, las acciones sociales definitorias, el acercamiento a la acción recíproca, como la llama Simmel, esos hilos invisibles que no son más que permanencia y origen de la sociedad. Thénon finaliza:

Me niego a recibir esta muerte,
este dolor,
estos planes tramados, inconmovibles.
Sólo yo conozco el dolor
que lleva mi nombre
y sólo yo conozco la casa de mi muerte.

Porque, quizá, antes de repensar la reorganización de la vida activista, tengamos que reconocernos, otra vez, a nosotras mismas como nuestras. **EP**

1. Brenda Lozano, "Tres años de Bogotá39 (III)", Hay Festival, 13 de mayo de 2020, en hayfestival.com.

2. Susana Thénon: "No", en *Ova completa*, 1987, Buenos Aires, Sudamericana.

3. Donna Haraway, *Manifiesto ciborg. El sueño irónico de un lenguaje común para las mujeres en el circuito integrado*, 1984, en xenero.webs.uvigo.es.

Y EL DESTINO NOS ALCANZÓ

Diego Gómez Pickering

A partir de una popular película de ciencia ficción que vio en su infancia, Diego Gómez Pickering evalúa las condiciones que la pandemia nos ha impuesto para plantear algunas posibilidades de cambio que abren para nosotros, oponiendo dos mundos radicalmente distintos: el mundo de las posibilidades y el mundo en donde no las hay.

Diego Gómez Pickering @gomezpickering
es diplomático, periodista y escritor. Fue cónsul general de México en Nueva York y consultor en la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos en Oriente Medio (UNRWA). Su libro más reciente es *Diario de Londres. Apuntes de un embajador mexicano en Reino Unido* (Taurus, 2019).

Mi yo preadolescente está sentado frente al televisor con los ojos pelados y la boca entreabierta. Estamos en la sala de la casa familiar de Coyoacán un domingo cualquiera, son los años 80 y, tras el futbol mañanero y la comilona de recalentado, toca aposentarse para bajar el festín con la película "de estreno" de la semana. *Cuando el destino nos alcance —Soylent Green*, su título original— desvela ante mi atenta mirada a un Charlton Heston todopoderoso que lucha por revelar la verdad en un mundo de codicia, odio e ignorancia, donde los hombres comercian con hombres como si de materia prima se tratase. Las desgarradoras escenas finales del filme —la humanidad alimentándose de sí misma— se graban en mi mente y causarán mis primeros periodos de insomnio; escenas e insomnios que estos días de confinamiento forzado y pandemias regresan incesantes, pues lo que vivimos ahora asemeja a todas luces el fin del mundo. Al menos, como lo retrata el imaginario de Hollywood, a través de sus películas de serie B.

Tan apocalíptica como muchas de sus referencias: *Wikipedia* describe así el contexto de la cinta, originalmente proyectada en los cines estadounidenses en el verano de 1973: "La industrialización del siglo XX llevó al hacinamiento, la contaminación y el calentamiento global debido al 'efecto invernadero'. En el año 2022, en este futuro distópico, la ciudad de Nueva York está habitada por [...] millones de personas [...] separadas en una pequeña élite que mantiene el poder político y económico, con acceso a ciertos lujos [...] y una mayoría [...] en calles y edificios donde malvive con agua en garrafas". Hoy no estamos muy lejos del año en el que imaginariamente ocurre la historia, ni tampoco del gris escenario de desastre ecológico y desigualdades económicas y sociales que dibuja el filme. Como en la película, Nueva York es también la protagonista de estos tiempos, en tanto epicentro mundial del coronavirus. ¿Es acaso distinto ese mundo que muestra el cine del que nos toca enfrentar hoy en día o son mundos paralelos, con temibles similitudes? ¿Y el mundo que está conformándose, el que habrá de seguirle a aquellos, será distinto o simplemente más de lo mismo? ¿Cómo será el orden mundial en gestación, el mundo poscoronavirus?

Si algo ha demostrado el COVID-19 desde su irrupción en el escenario internacional a finales del año pasado, es que ni todos los controles del universo pueden impedir la libre circulación de patologías contagiosas, ideologías, teorías de la conspiración, canciones, poemas o *fake news*, entre muchas otras cosas que, traspasando fronteras, confinamientos y cuarentenas, se han logrado esparcir por todo el globo durante los últimos meses y continuarán haciéndolo, una vez terminada la pandemia. Por más que quieran, el mundo y los casi 200 países y entidades políticas que lo conforman no pueden ni deben encerrarse en sí mismos. Una clara lección que deja la epidemia de gripe atípica es que la colaboración entre naciones, sociedades, empresas, organizaciones e individuos, es mucho más conducente que la confrontación para construir el mundo de mañana. El intercambio de buenas prácticas entre países que no han llegado al pico de la curva de contagios y aquellos que ya la han aplanado; la investigación clínica internacional para encontrar una vacuna contra la enfermedad; el comercio a precios equilibrados de material de protección para personal sanitario; y la convergencia de diplomáticos y políticos en foros multilaterales como la Organización Mundial de la Salud, son ejemplos fehacientes de que, más allá de fronteras y nacionalismos, lo que necesita el mundo de mañana son puentes y cooperación. Que aprendamos la lección, ya es otro boleto.

SI BIEN EL CONFINAMIENTO NOS HA DEMOSTRADO LA FRAGILIDAD DE LA CONDICIÓN HUMANA Y LA PERFECTIBILIDAD DE SUS INSTITUCIONES, LO QUE AÚN NO QUEDA MUY CLARO ES QUÉ TANTO ESTAMOS DISPUESTOS A HACER PARA FORTALECER LA PRIMERA Y ENMENDAR LAS SEGUNDAS.

Entrevistado sobre la coyuntura por el diario catalán *La Vanguardia*, el historiador y filósofo israelí Yuval Noah Harari —autor, entre otras obras, de *Sapiens. De animales a dioses: una breve historia de la humanidad* (Debate, 2014)— afirma que "nuestros mayores enemigos no son los virus sino la codicia, el odio y la ignorancia". Y tiene toda la razón. Si bien

EL MUNDO POSCORONAVIRUS, ME TEMO, NO SERÁ MUY DISTINTO DEL ACTUAL. QUIZÁ ESE MUNDO QUE IMAGINAMOS PARA MAÑANA ESTÉ YA REALMENTE AQUÍ.

estos meses de confinamiento nos han demostrado, como hace mucho no se hacía, la fragilidad de la condición humana y la perfectibilidad de sus instituciones políticas, económicas y sociales, lo que aún no queda muy claro es qué tanto estamos dispuestos a hacer para fortalecer la primera y enmendar las segundas, o si nos dejaremos vencer por los enemigos que, acertadamente, cita Harari.

El mundo poscoronavirus, me temo, no será muy distinto del actual. Quizá ese mundo que imaginamos para mañana esté ya realmente aquí. Será un mundo en el que a los temores frente al terrorismo y al crimen organizado transnacional se sumarán los miedos ante epidemias contagiosas. Un mundo en el que el distanciamiento físico entre personas se convertirá en parte de nuestra vida diaria. Así ya lo vemos en Italia, España, China, Singapur, Taiwán y Hong Kong. Un mundo en el que en los cines ya no podamos sentarnos al lado de la novia en turno, sino a un metro y medio de distancia, imposibilitando cualquier arrumaco; en donde entre los taburetes de los restaurantes y las toallas esparcidas en la arena de la playa se erijan infranqueables mamparas de plástico; en el cual las pasarelas de moda vendan las últimas mascarillas de diseñador *prêt-à-porter*; en el que los controles aeroportuarios y fronterizos se vuelvan aún más engorrosos, involucrando mediciones de temperatura, formatos de salud y compra de ajuares higiénicos de protección; en donde las calles estén segmentadas para su uso y disfrute entre horarios del día y grupos de edad. Un mundo en donde la tecnología reine, tanto para rastrear personas y someterlas —en caso de mostrar cualquier cuadro epidemiológico—, como para acercarlas a través de videollamadas que duren noches enteras; un mundo que transitará hacia la banca electrónica y la desaparición del papel moneda y el metálico. En el mundo pospandemia —tan escabrosamente parecido al de este momento— habrá de nuevo turismo y partidos de beisbol, tendremos restaurantes, bares y antros abiertos y los paseos podrán hacerse más allá de los supermercados y las farmacias; aunque en su conjunto, todo ello esté supeditado a las nuevas reglas de conducta social.

La verdadera interrogante es cómo serán los hombres y las mujeres de ese mundo y las instituciones que conformen. ¿Será el mundo de mañana uno en donde —como sucede en Portugal y en California— se desestimen los estatus migratorios de las personas para reconocerles como ciudadanos de hecho y derecho por sus aportaciones económicas y sociales a las ciudades, regiones y países a los que han migrado por generaciones? ¿O un mundo similar al que construyen mandatarios como Donald J. Trump y Viktor Orbán, en el que se excluye de toda libertad y derecho a los extranjeros, enarbolándose para ello en discursos xenófobos, nacionalistas y aislacionistas? El mundo será uno como el que imaginan en Finlandia o Alemania, en el que se dote de una renta básica universal a toda la población para garantizar un estándar de vida igualitario y a salvo de vaivenes, o uno como el que se sufre en América Latina, donde los desequilibrios aún favorecen a quienes todo

LA VERDADERA INTERROGANTE ES CÓMO SERÁN LOS HOMBRES Y LAS MUJERES DE ESE MUNDO Y LAS INSTITUCIONES QUE CONFORMEN.

lo tienen. Los hombres y las mujeres del mundo del mañana se dejarán envolver por el espíritu que invita a proteger la naturaleza e involucrarse, finalmente, en detener la emergencia climática u optarán por ensordecerse ante el llamado urgente para revertir la onerosa huella de la humanidad en el planeta. Será el mundo del mañana uno que apueste por el turismo sustentable y de proximidad o uno que abogue —previa recuperación económica— por la vuelta al desarrollismo incontrolado que sirve al turismo de masas. Serán las mujeres y los hombres del nuevo orden mundial quienes rompan finalmente las cadenas del capitalismo mórbido y el consumismo letal o quienes —una vez reabiertos los grandes almacenes, las tiendas de *gadgets* electrónicos y las boutiques de lujo— recuperen la inercia de nuestro género hacia la autodestrucción.

El nuevo orden mundial será uno de instituciones transparentes, que sirvan a la gente y se enfoquen en resultados, o uno con organizaciones anquilosadas que sólo sirvan a intereses fácticos entre el nepotismo y la corrupción. Será el del mañana un mundo —como advierte el filósofo surcoreano Byung-Chul Han— en que las democracias liberales de occidente se transmuten en regímenes que cooptan libertades y derechos en aras de controlar epidemias, o bien un mundo en que las luchas de años por alcanzar derechos sociales, políticos y culturales lleguen al pináculo y adquieran carácter universal; uno en el que selectivamente se elija quién debe vivir y quién debe morir o uno en el que todos —indistintamente de cuadros patológicos, rangos de edad o condiciones socioeconómicas— tengamos derecho a la vida y al acceso a la salud. El mundo del mañana se debate entre los dos mundos en los que hemos vivido de forma paralela todos estos años: el mundo de las posibilidades y el mundo en donde no las hay. La intrusión del COVID-19 no ha hecho más que poner esos mundos frente al espejo y proveer el escenario para que, triunfante, quede sólo alguno de los dos. Porque la pandemia, eventualmente, se habrá de ir, pero las tentaciones y los incentivos de esos mundos seguirán aquí. Y sólo unas u otros habrán de salir vencedores.

ESCAPAMOS Y CREAMOS UN MUNDO DISTINTO DEL QUE CONOCEMOS HASTA AHORA O CONTINUAMOS MURIENDO LA MUERTE LENTA DEL MISMO TRISTE MUNDO DE SIEMPRE.

"No es cuestión de vocabulario, es cuestión de tiempo", dice el doctor Rieux, uno de los protagonistas de la afamada novela de Albert Camus *La peste*, en referencia al debate sobre cómo referirse a la epidemia que azota a la ciudad de Orán, donde ocurre el relato. En este sentido, como sucede en la ficción del autor francés, el mundo poscoronavirus no es cuestión de vocabulario, sino de tiempo. Que el orden mundial al que aspiramos sea distinto del anterior no depende de cómo lo adjetivemos, sino del tiempo que tenemos para construirlo. ¿Y cuánto tiempo tenemos exactamente, como mundo y como humanidad, para hacer las cosas de manera distinta? Relativamente poco, diría yo. Es, quizás, ahora o nunca; porque el destino, si me lo preguntan, ya nos alcanzó. En la escena final de la película setentera de culto que la televisión mexicana transmitía desaforadamente en horario familiar los fines de semana hace más de 40 años, Charlton Heston, herido de bala, es llevado en camilla hacia un destino inescapable: ser convertido —como millones de hombres y mujeres enfermos, pobres, desamparados— en comida para otros hombres y mujeres en iguales circunstancias, a través de una empaquetadora de alimentos propiedad de la clase política y económica de Nueva York. Esa metáfora fílmica y ese destino del que Heston —al menos en su versión cinematográfica— no pudo huir están aquí y somos nosotros hoy en día. Escapamos y creamos un mundo distinto del que conocemos hasta ahora o continuamos muriendo la muerte lenta del mismo triste mundo de siempre si, tras la pandemia, dejamos ganar la partida, como alerta Harari, a la codicia, al odio y a la ignorancia de antaño. **EP**

Y HACERLO DURAR, Y DARLE ESPACIO

Isabel Zapata

En una reflexión que al confinamiento suma la nueva experiencia de la maternidad, Isabel Zapata nos invita a revisar con ella los significados que esta situación puede dejarnos, desde nuestra más amplia identidad colectiva hasta lo más íntimo, en una confusión que puede ser reveladora.

Isabel Zapata @bestiecilla
estudió Ciencia Política en el ITAM y Filosofía en la New School for Social Research, en Nueva York. Es cofundadora de Ediciones Antílope y autora de los libros *Las noches son así* (Broken English, 2018), *Alberca vacía* (Argonáutica, 2019) y *Una ballena es un país* (Almadía, 2019).

El primero de febrero de 2020, mientras yo daba a luz en la Ciudad de México, 54 personas fallecieron en China por COVID-19. Ese mismo día, España confirmó el primer contagio en su territorio: un turista alemán que se encontraba aislado en un hospital en las Islas Canarias. En ese entonces, las noticias llegaban envueltas todavía en una luz difusa, faltaban 27 días para que se confirmara el primer caso de la enfermedad en México y más de seis semanas para el primer fallecimiento. En casa nos enterábamos de lo que estaba sucediendo en otros países como si estuvieran en otra galaxia, una sin cordones umbilicales ni armarios llenos de pañales. Desde el cuarto de hospital donde mi hija y yo nos encontramos frente a frente por primera vez, era imposible imaginar lo que estaba por suceder.

A partir del primer contagio la avalancha no ha dado tregua hasta hoy, mediados de abril, cuando escribo este texto desde el confinamiento al que convocaron las autoridades sanitarias. La Jornada Nacional de Sana Distancia, representada gráficamente por una súper heroína de gesto excesivamente optimista, empezó el 23 de marzo y desde entonces la vida, antes compuesta de días y sus noches, se ha convertido en una masa amorfa de pijamas y platos sucios. Al principio las conversaciones y los mensajes en redes sociales se inundaron de ideas para la cuarentena, que parecía entonces —¡oh ingenuidad!— la oportunidad perfecta para aprender un nuevo idioma, terminar la novela, meditar, leer los libros atrasados del buró o convertirse en chef de talla internacional. Pero las cosas han cambiado y ahora, agotados, más bien nos recordamos unos a otros la necesidad de cuestionar esa exigencia de productividad y entregarnos de lleno a la espera y al seguimiento del microscópico enemigo.

Estar a cargo de una recién nacida durante la pandemia es un reto particular. Mi cuarentena, que empezó desde el primero de febrero, se ha alargado hasta convertirse en una ochentena, en una centena, etcétera. Aunque estoy en mis espacios de siempre, todo es nuevo, pues el cuerpo de mi hija ha impuesto su ritmo sobre los seres —animados e inanimados— que habitamos en esta casa. La perra la protege aunque no entiende del todo qué tipo de criatura hemos invitado a vivir con nosotros y hasta las plantas se alegran cuando la bebé ríe. Yo la veo crecer, entre el terror y el asombro, y mido los días a partir de sus transformaciones. Sobre todo, he aprendido a escuchar: pongo audiolibros mientras come y luego nos sentamos junto a la ventana a oír el canto primaveral de los pájaros, que sólo se interrumpe con el ocasional plato que se rompe en la cocina. (Hemos roto tantos platos últimamente, que a mi esposo le parece que queremos ver las cosas estallar. Creo que tiene razón.) La vecina de arriba habla por teléfono con varias personas al hilo para contarles exactamente lo mismo —casi siempre alguna desgracia ajena— y me distraigo buscando las diferencias entre las versiones que narra. Cuando acuesto a mi hija sobre el cambiador, pongo una oreja en su pecho para oír los latidos de su corazón.

En estos días de aprender a hacer todo con una sola mano, reviso obsesivamente mi celular para enterarme de las noticias más recientes. En redes sociales circulan imágenes falsas de animales que disfrutan los espacios vacíos de seres humanos: delfines que nadan felices en los canales de Venecia, orangutanes que se lavan las manos o elefantes borrachos tomando la siesta en una plantación de té. “Da igual que sea falso”, dice José Luis Espejo en un hermoso ensayo sobre las cotorras de Madrid y el silencio en la pandemia, “lo importante para mí es constatar la necesidad de las personas por reconciliarse con el mundo cuando ya no tienen ni idea de cómo hacerlo”.[1] Más allá de las *fake news*, es un hecho que la pandemia está unida con los hilos invisibles a la manera en que estamos destruyendo el planeta a velocidades insospechadas. No es difícil ver que esta crisis pone en evidencia la insostenibilidad del estilo de vida al que estamos acostumbrados. A veces parece que no pasa nada desde este lento

NO SÉ SI CONVENGA PONERNOS A BUSCAR LECCIONES EN LA PANDEMIA. YO, AL MENOS, NO SABRÍA POR DÓNDE EMPEZAR. MÁS BIEN ES MOMENTO DE DETENERNOS A OBSERVAR, A ESCUCHAR Y PENSAR EN CÓMO VAMOS A REINVENTARNOS.

fluir de las horas, pero la verdad es que el futuro se está reconfigurando a gran velocidad. Si bien nos esperan días mejores, no habrá normalidad a la cual volver.

La presencia de la bebé en casa tiene un doble efecto. Por un lado, verla crecer hace que el tiempo pase más rápido: los mamelucos le dejan de quedar de un día a otro y su peso en los brazos confirma que las semanas, de hecho, transcurren. Pero también sucede lo contrario. Como mi tiempo le pertenece todo a ella, al no haber ayuda doméstica ni de la familia extendida, vivo una especie de dulce esclavitud. No se habla mucho de eso, pero la maternidad, al menos durante los primeros meses, está tocada por el duelo. La persona que fuiste antes de dividirte en dos se desdibuja y, aunque todo está envuelto en una gran cantidad de amor, la sensación de pérdida es aguda. En mis momentos más oscuros, pienso en que la cuarentena sería más fácil si mi hija no existiera; antes de que me explote la culpa, fantaseo con todo lo que tendría tiempo de hacer si no estuviera sujeta a sus necesidades. No llego muy lejos: la premisa constituye una trampa. Si antes intuía que el mundo en el que yo no era madre había dejado de existir, con el coronavirus esto es ya una certeza. Mientras preparo la enésima quesadilla del día, no puedo dejar de pensar en cómo será la vida del otro lado.

LAS COSAS HAN CAMBIADO Y AHORA, AGOTADOS, NOS RECORDAMOS UNOS A OTROS LA NECESIDAD DE CUESTIONAR ESA EXIGENCIA DE PRODUCTIVIDAD Y ENTREGARNOS DE LLENO A LA ESPERA Y AL SEGUIMIENTO DEL MICROSCÓPICO ENEMIGO.

Durante el aislamiento, cocinamos: las redes sociales y los chats se llenan de imágenes de pan de plátano, tacos de guisado, platillos improvisados con lo que hay en la alacena. Es como si de pronto hubiéramos descubierto los ritmos sosegados de la repostería, la lenta cocción de las papas y las zanahorias. Pasamos tanto tiempo en nuestras cocinas porque comer es una actividad que no se detiene, que no puede detenerse. En ese sentido, es notable que muchas de las condiciones que agravan la enfermedad, como la diabetes o la obesidad, se relacionan con la manera en que nos alimentamos y que el alto índice de estos factores en México es uno de los motivos por los que el virus es más letal entre la población joven de nuestro país. ¿Qué vamos a hacer con esta información cuando pase la crisis sanitaria y salgamos de nuestras cocinas a comer en las calles otra vez? No tengo respuesta a esta pregunta, pero la indiferencia y pasividad parecen ya imposibles a la luz de lo que estamos viviendo.

Pero no sé si convenga ponernos a buscar lecciones en la pandemia. Yo, al menos, no sabría por dónde empezar. Más bien es momento de detenernos a observar, a escuchar y a pensar en cómo vamos a reinventarnos. A veces, cuando salgo a pasear a la perra, hago listas mentales de todo lo que voy a hacer cuando esto acabe. Al contrario de lo que podría pensarse, no son grandes cosas, sino pedacitos de una cotidianeidad que jamás habíamos imaginado tan frágil: comer con la familia, intercambiar unas palabras con la mesera del café, comerme una paleta helada de coco en el parque, caminar codo a codo con mis amigas.

Una certeza se asoma entre la bruma de incertidumbre: el futuro no es como pensábamos. Bastaron pocos meses —nueve en el conteo personal, algunos menos en el mundial— para que todo, absolutamente todo se transformara. Y aunque de momento, entre proyectos cancelados y mamilas sucias, sea difícil pensar desde el optimismo, quizá para cuando se publiquen estas líneas habrá enseñanzas importantes y destellos de un porvenir que valga la pena. Las grandes crisis, pienso cuando la ansiedad se apodera de mí, siempre han traído grandes transformaciones y los más emocionantes movimientos artísticos, por lo general, responden a momentos de caos. Ya veremos. Mientras tanto es difícil, por no decir imposible, hacer casi cualquier cosa: tras avanzar varias páginas en un libro, me doy cuenta de que no estaba poniendo atención y tengo que volver a empezar; intento ver algo en la televisión, pero el sonido de las uñas de mi perra sobre la duela me distrae; escribo algunas líneas y al día siguiente me dedico a borrarlas. Apenas alcanzo a mandar un par de mensajes en el celular entre uno y otro pañal. Mariana Enríquez lo dijo mejor: "Todo es contradictorio y angustiante. Un escritor, un artista, debe poder interpretar la realidad, o intentarlo al menos. Como persona que trabaja con el lenguaje debería colaborar en la discusión pública. Pensando, escribiendo, interpretando. Pero cada día que pasa, pensar en esta pandemia se convierte en una neblina pesada: no veo, estoy perdida, apenas alcanzo a distinguir mis manos si las extiendo."[2]

Me consuela al menos pensar que estos días tan ásperos al tacto no permanecerán en la memoria de mi hija. Su universo no se habrá sacudido como el mío, para ella lo que venga será lo normal. Cuando se haga mayor y le hable del COVID-19, el mundo de antes le sonará a ciencia ficción. Ya le tocará mostrarme a ella cómo vivir. Por lo pronto, me quedo arrullándola en el sofá y pensando en el mandato de *Las ciudades invisibles* de Calvino. Son días de buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno. Y hacerlo durar, y darle espacio. **EP**

1. José Luis Espejo, "Algunas herramientas para escuchar esta pandemia: calma, silencio y quietud", *Campo de relámpagos*, 5 de abril de 2020, en campoderelampagos.org.

2. Mariana Enríquez, "La ansiedad", *Revista de la Universidad*, Especial: Diario de la pandemia, abril de 2020, en revistadelauniversidad.mx.

El nuevo normal es estar siempre

GrupoFórmula®

#AbriendoLaConversación

radioformula.mx
103.3 FM • 104.1 FM

informado.

Y CUANDO ESTO PASE, LAS MAFIAS SEGUIRÁN AHÍ

Cynthia Rodríguez

¿Qué está pasando con las organizaciones criminales mientras la pandemia del coronavirus avanza a pasos veloces por el mundo? ¿Qué pasará con quienes por años han demostrado un poder y control en varias zonas y territorios que hoy la epidemia ha suspendido? ¿Cómo se reorganizarán para enfrentar los estragos de la pandemia y aprovecharán este tiempo, en que los gobernantes se concentran en apagar el fuego que el COVID-19 va dejando a su paso? Aquí un discernimiento con diversos expertos italianos, desde un país donde la mafia y otras organizaciones criminales han existido al menos desde hace 150 años, pero que también cuenta con los mejores instrumentos jurídicos y legales para combatirlos.

Cynthia Rodríguez
es periodista mexicana y radica en Italia, donde ha sido corresponsal para varios medios. Es autora del libro *Contacto en Italia*. Es maestra en Migración por la Universidad de la Sapienza y en Combate a la Criminalidad Organizada y la Corrupción por la Universidad de Pisa, autora del blog radioitaliacynthia.wordpress.com, donde ha contado los días de la pandemia.

Milán, Italia. Han pasado más de 100 días desde que en el mundo se inició la emergencia por coronavirus. Primero en Asia, luego en Europa, América, África y hasta en Australia. Hoy, no hay continente donde los casos de COVID-19 no sigan creciendo. El número de contagios y el de muertos llevan su curso, mientras los pobladores se confinan en sus hogares y las ciudades se vuelven poco a poco silenciosas. En estos días, cuando todos han sido afectados, hasta la criminalidad organizada ha tenido que reaccionar y adaptarse. Las noticias llegan de todos lados y en varias partes del mundo se comienza a registrar una disminución de los delitos.

Los primeros días de confinamiento en Italia los toxicopedendientes comenzaron a tener crisis. La vigilancia en las calles ocasionó que, de repente y por miedo a los controles, ya no fuera tan fácil conseguir sus dosis por las calles. El cierre de negocios en muchas partes del sur ha interrumpido el llamado *pizzo* (cuota) que los comerciantes entregan cada semana a los criminales, para dejarlos seguir con sus actividades a cambio de "protección". En Tailandia, por ejemplo, por primera vez el mercado de la prostitución —que anualmente factura $211 mil millones de dólares y genera entre 4 y 10% del PIB— cerró también, como ni siquiera lo había hecho en 2002 con el SARS o tres años después con la influenza aviaria. De este mercado, hoy suspendido, viven millones de familias.

En el otro extremo del mundo, los grupos criminales se adaptan y toman decisiones que los gobiernos no quieren llevar a cabo. En Brasil, uno de los países latinoamericanos más afectados por el coronavirus, el presidente Jair Bolsonaro se opone a las medidas de cuarentena y han sido los propios narcos quienes impusieron el toque de queda en las favelas de Río de Janeiro, por temor a que la enfermedad se propague más rápido. En esta ciudad se calcula que cerca de 1.4 millones de personas viven en las favelas, es decir, 22% de sus 6.3 millones de habitantes. Mientras el Fondo Monetario Internacional calcula lo que el encierro masivo ocasionará económicamente, pues lo que está en peligro es la falta de solvencia del sistema financiero entero, y dice que la economía global no crecerá y la crisis financiera será mucho peor que la de 2008 y 2009, en algunos lugares son los grupos criminales quienes —por iniciativa propia— se hacen garantes entre los pobladores más necesitados, en un tiempo donde lo único seguro es la incertidumbre.

Alberto Vannucci, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Pisa y uno de los mayores expertos sobre el fenómeno de corrupción en Italia y el mundo, señala en entrevista que con la emergencia pandémica habrá claras diferencias entre las respuestas de los grupos criminales, según su tipo de actividad : "Hemos observado que cada vez que hay una crisis económica, a lo primero que se meten es a la usura, porque ellos están listos para comprar después a precio de saldo". Afirma que, con la fuerte crisis económica que se vivió en el mundo y Europa en 2008 y 2009, las mafias demostraron tener un fuertísimo poder contractual y entonces también pudieron entrar a la economía legal.

De Italia a México, la competencia con el Estado

El 9 de marzo, 18 días después de que en Italia se declarara la emergencia sanitaria en el norte del país, ante la aparición de dos focos de infección por COVID-19 en las regiones de Lombardía y Véneto, Giuseppe Conte, presidente del Consejo de Ministros, declaró todo el país como "zona protegida" y desde ese momento se limitaron los movimientos de todos los ciudadanos, a menos de que fueran para comprar comida, medicinas y trabajar; siempre y cuando fueran considerados "esenciales". Así, mientras el gobierno comenzó a prometer ayudas para la clase trabajadora que debía comenzar a laborar desde el hogar, la policía empezó a vigilar que la regla de quedarse en casa se llevara a cabo plenamente. Sin embargo, en muchas ciudades del sur de Italia, donde se aglomera 80% de la pobreza nacional y muchos sobreviven gracias a la economía informal, todos estos límites han sido una verdadera tragedia.

No había pasado un mes cuando las imágenes de las revueltas, sobre todo en el sur del país, sorprendían a todos. La gente se había quedado sin recursos para comer y nadie los estaba ayudando. El 28 de marzo Conte anunció en un mensaje a la nación una serie de medidas para ayudar a las familias más pobres del sur de Italia: "Hemos preparado un procedimiento de gran impacto, ayudados de los alcaldes, que son nuestros centinelas, confiamos en ellos. Por eso les informo que acabo de firmar un decreto para destinar $4.3 mil millones de euros para todas las comunidades de Italia".

Han pasado más de dos semanas y esa ayuda aún no se libera. Sin embargo, en muchas comunidades alguien más ya se está ocupando de ello. El sábado 4 de abril una nota en el diario *La Repubblica*[1] hacía notar lo que sucede en algunas regiones de Italia, azotadas por la criminalidad organizada: en el popular barrio de Lo ZEN, en la ciudad de Palermo, el hermano de Nicolò Cusimano —un capo de la Cosa Nostra actualmente en la cárcel por tráfico de droga— comenzó a distribuir bolsas de despensa entre los vecinos. También lo hizo en dos barrios populares más: Kalsa y CEP. En redes sociales Giuseppe Cusimano —quien entregó la ayuda— escribió: "Lo siento por toda aquella gente a la que no logramos ayudar, pero esperamos que para Pascua

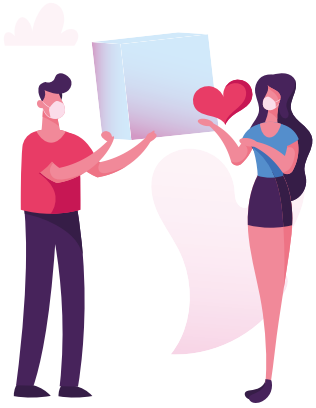
podamos ayudar a más". Lo mismo ocurrió en México. Apenas el 6 de abril Juan Alberto Cedillo, periodista de *Proceso*, reportaba en sus redes sociales la entrega de despensas por parte del Cartel del Golfo en algunas comunidades de Tamaulipas, como Matamoros y Ciudad Victoria.[1] Ayudas que, sin importar región o país, sirven a cualquier organización criminal para imponer su fuerza ante los ciudadanos en cualquier territorio.

Para Francesco Forgione, expresidente de la Comisión Antimafia y estudioso del fenómeno mafioso, ahora es cuando los gobiernos de cada país deben ser muy cuidadosos, porque las mafias harán lo que saben hacer y han hecho durante largos años: aprovecharse de la necesidad de las personas para usarla a su favor. En entrevista comenta: "Si ahora no están recibiendo dinero por el *pizzo* después lo recuperarán con la usura, porque son ellos quienes cuentan con la liquidez para después prestar dinero y, cuando los comerciantes o empresarios no puedan pagar, pues ellos estarán listos para poder comprar estas empresas". Y recuerda la frase de Antonio Rotolo, un capo de la Cosa Nostra, cuando decía que había que tener cuidado de las extorsiones en tiempos de crisis y tener "respeto" por la gente.

"El [Rotolo] sabía que en tiempos de crisis son los mafiosos los que sustituyen a los bancos y al Estado, entonces es cuando ellos pueden generar consenso y reconocimiento entre la población. Sobre todo en lugares donde la economía informal es tan importante como en el sur de Italia o como en México". Según Confesercenti —la asociación de empresas comerciales, turísticas y de servicios— en 2017, un año que ahora parece más que tranquilo, alrededor de 200 mil empresarios italianos recurrieron a los mafiosos, quienes les prestaron unos $24 mil millones de euros en condiciones de usura.

El poder del dinero

A principios de abril la policía italiana detuvo en el norte del país una furgoneta con $500 mil euros en efectivo, proveniente de un país del este de Europa que manejaban ciudadanos ligados a la 'Ndrangheta, la organización criminal de Calabria. Días antes, un cargamento con más de media tonelada de cocaína había sido interceptado en el puerto de Gioia Tauro, también en Calabria. La carga era para el clan Molé de la 'Ndrangheta. Para Antonio Nicaso, uno de los mayores expertos en la 'Ndrangheta, el peligro en momentos de crisis es justo la liquidez con la que cuentan los grupos criminales, llámense como se llamen, pues mientras algunos basan su poder y fuerza en actividades como la usura, otros lo hacen en el reciclaje o en la inversión de dinero en capitales legales. Nos comenta: "Habrá quienes también pasen malos momentos si su dinero lo han invertido en negocios como hoteles y restaurantes, pero la característica de los grupos criminales es el poder mutar continuamente, y ese es el peligro".



"CON LA FUERTE CRISIS ECONÓMICA QUE SE VIVIÓ EN 2008 Y 2009, LAS MAFIAS DEMOSTRARON UN FUERTÍSIMO PODER CONTRACTUAL Y PUDIERON ENTRAR A LA ECONOMÍA LEGAL"
ALBERTO VANNUCCI

Nicaso pone el ejemplo de la industria agroalimentaria, pues según el último reporte de la Coldiretti, presentado en febrero de 2019 en conjunto con Eurispes y el Observatorio sobre la Criminalidad, el volumen de negocios de las diversas mafias en Italia fue de $24.5 mil millones de euros en el último año. "Algo que seguramente continuará porque nadie puede renunciar a comer y estos grupos criminales explotan todo, desde el trabajo ilegal en la producción, el transporte y la distribución, hasta la venta, donde tienen asegurados ya los canales para llegar a los supermercados, donde muchos empresarios les dan entrada y no sólo italianos". Actividades donde ya no es necesaria la violencia, como se hacía antes o como lo siguen haciendo los carteles del narcotráfico en México. "Es más, entre menos violencia es mejor y por eso han invadido Europa también y ante eso la Unión Europea reacciona muy poco. Si hay detenidos es gracias a las peticiones que hacen las diferentes magistraturas italianas, porque a los demás países europeos lo que les interesa es que no haya violencia".

Y es que —en medio de los problemas económicos en los que se encuentran todos los países y la desunión que puso en evidencia la pandemia entre los

países de la Unión Europea— Italia ha luchado estos días para que se aprueben los eurobonos, un financiamiento más justo para no endeudarse. Sin embargo, países como Alemania y Holanda no han cedido y han propuesto otros sistemas. El 8 de abril, un artículo publicado por el diario alemán *Die Welt*, llamaba al resto de los países europeos a no apoyar a Italia con recursos europeos, pues serían las mafias quienes los aprovecharían. El artículo causó enojo e indignación en la clase política italiana, porque diversas investigaciones judiciales han hecho notar que las mafias desde hace mucho tiempo invierten en todos los países de Europa donde realmente no se ataca el problema de raíz, homologando diversas leyes como ya lo ha hecho Italia para combatir el fenómeno mafioso.

Al respecto, Nicaso recuerda que antes de que comenzara la emergencia sanitaria en Europa él acudió al Parlamento Europeo, invitado para hablar sobre el peligro de la criminalidad en este continente. "La verdad es que no ha cambiado nada. A mí me da la impresión de que no se quieren dar cuenta, pero además creo que hay una enorme hipocresía, porque si países como Holanda son tran grandes y poderosos es también gracias a sus leyes tan flexibles, donde todos estos grupos tienen cuentas". Recuerda cómo desde la década de los 70 muchos clanes de la 'Ndrangheta se han ido a radicar a Alemania y que, incluso en 2009, la policía alemana elaboró un reporte sobre los clanes de esta organización presentes en este país. "Ellos han sabido utilizar sus redes para que puertos como el de Róterdam o Hamburgo sean, como el de Gioia Tauro en Calabria, un destino donde han tejido redes criminales, y eso también ha enriquecido a muchos alemanes y holandeses". Nicaso asegura que el dinero del narcotráfico constituye también el oxígeno de la economía legal y opina: "Por eso el coronavirus es la metáfora perfecta de cómo han ocurrido las cosas, creyendo que el problema siempre es de los otros".

Poner los ojos sobre la sanidad

Para expertos en corrupción como Alberto Vannucci, la atención de todos los gobiernos y los ciudadanos de todo el mundo debe estar sobre lo que ocurre en la sanidad: "El presupuesto que cada gobierno otorga a la sanidad siempre es muy alto. Es uno de los rubros a donde se destinan más recursos; por lo mismo, a través de los años se han consolidado mecanismos de fraude, con grupos que conocen cada una de las cosas que se necesitan, desde la participación en obras, los diversos materiales y el personal, hasta unos que van mucho más allá, como ha ocurrido en el sur italiano, donde son los grupos criminales quienes son capaces de imponer a los médicos principales y al personal".

Explica que los mafiosos siempre han utilizado el mundo de la sanidad simplemente porque a este rubro van muchos recursos, a veces más de la mitad del presupuesto total de cualquier gobierno, por eso es tan significativo. "El arma de la corrupción les ha dado siempre una ventaja económica. Ahora hay una presión al sistema sanitario condicionado por la emergencia, pero ellos han demostrado siempre tener una fuerza de persuasión impresionante". Vannucci asegura que, mientras el Estado está tratando de movilizarse para construir y dotar de materiales, personal, etcétera, ellos apuestan en invertir e incidir en las decisiones de quienes serán los nuevos administradores. "De la intimidación ya ni siquiera tienen necesidad, porque están ya metidos en el sistema, de ahí el peligro de los abusos y de la corrupción, porque pueden tener un rol importante en las empresas. Habrá una reactivación de obras que inevitablemente hará más lentos los mecanismos de control, en beneficio de los grupos criminales."

¿Qué se puede hacer?

Vannucci señala que no hay recetas simples, porque la lección que estamos aprendiendo de esta emergencia es que debemos convivir con la incertidumbre de lo que vendrá después. El arma debe ser la transparencia, porque si tenemos mecanismos que ayuden a trazar las cosas cuidando los canales y los proveedores, mientras más información y transparencia haya para trazar cada instrumento, se podrá combatir mejor cualquier intento de los grupos criminales organizados para filtrarse.

Así como el gobierno ha comenzado a pedir información a sus ciudadanos para verificar y controlar sus movimientos, así deben los ciudadanos saber todo lo que el gobierno está haciendo —quién está comprando y participando—, porque en la medida en que los instrumentos de transparencia sean más abiertos habrá más control y eso será muy benéfico para todos. "Aunque sabemos que las mafias sobrevivirán después de la pandemia, los ciudadanos tenemos que participar cada vez más en todas las iniciativas de monitoreo y verlo como el patrimonio común que nace de esta experiencia para, de verdad, poder aislarlos en este momento, pues si siguen fortaleciéndose será a un costo que no podremos aguntar más". **EP**

1. Salvo Palazzolo, "Il fratello del boss fa la spesa per lo Zen", *La Repubblica*, Palermo, 8 de abril de 2020.

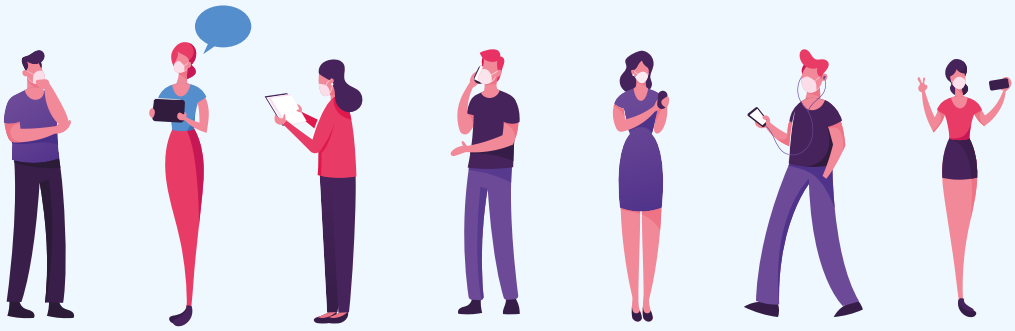
2. Juan Alberto Cedillo, "El Cartel del Golfo reparte despensas en Tamaulipas por COVID-19", *Proceso*, 6 de abril de 2020, en proceso.com.mx.

3. Christoph B. Schiltz, "Frau Merkel, bleiben Sie standhaft!", *Die Welt*, 8 de abril de 2020, en welt.de.

UNA INMENSA TRAGEDIA

LLAMANDO A LA PUERTA DE AMÉRICA LATINA

Ernesto Zedillo Ponce de León



Este artículo, basado en las notas del autor para la redacción de un documento suscrito por cuatro expresidentes latinoamericanos y varios economistas de América Latina,[1] presenta las medidas necesarias para hacer frente a la pandemia de COVID-19 y sus múltiples consecuencias, enfocadas en mitigar una perturbación inédita a partir de nuestros principios democráticos.

Ernesto Zedillo Ponce de León
es profesor de Economía y Políticas Internacionales y director del Centro de Estudios de la Globalización de la Universidad de Yale.

Las naciones de América Latina y el Caribe (ALC) comienzan a enfrentar uno de los periodos más difíciles de su historia. La pandemia de COVID-19, con sus consecuencias en materia de salud pública y su inmenso daño económico, será una perturbación que sin duda sobrepasará cualquier circunstancia adversa que nuestros países hayan sufrido en muchas generaciones. La magnitud de esta adversidad dependerá, para cada uno de nuestros países, de qué tan alertas estuvieron sus gobiernos a los primeros signos de la tragedia y qué tan hábiles fueron para ejecutar las decisiones correctas. Lamentablemente, en ALC las políticas en reacción a la pandemia han sido bastante desiguales. Algunos gobiernos tomaron medidas prontas, decisivas y eficaces, para hacer de la protección a la salud pública su objetivo principal.

En otros casos notables, sin embargo, los preparativos fueron parsimoniosos y francamente incompetentes. Esos gobiernos han fracasado en crear una verdadera concientización sobre la complejidad de la situación; han ignorado o minimizado los riesgos derivados de la pandemia, ya sea por ignorancia o con dolo, han desinformado a sus ciudadanos; además, con frecuencia han menospreciado la evidencia científica, las lecciones aprendidas en otros países afectados gravemente por la pandemia y las opiniones de sus propios expertos. Lejos de unir a la sociedad para combatir y derrotar la pandemia, algunos líderes de nuevo han apostado por la división, la demagogia y el populismo, como si no vieran en esta crisis un desafío, sino más bien una oportunidad de reafirmar su poder político. Los líderes que han decidido jugar a la política frívola, en lugar de utilizar todos los instrumentos y las capacidades a su disposición para confrontar la tragedia, quedarán bajo la sospecha de haber optado —al menos durante un tiempo— no por una estrategia que contuviera la epidemia, sino por el objetivo de dejar correr el contagio prácticamente sin cortapisas, a fin de alcanzar una inmunidad comunitaria con relativa rapidez, creyendo erróneamente que este enfoque reduciría el daño económico —y el daño a su popularidad personal— causado por la pandemia.

Afortunadamente, esta errada creencia ya no parece prevalente. Una de las razones de este viraje probablemente se deba a que, según algunos informes,[2] una falta total de supresión de la pandemia podría provocar la muerte de 3.2 millones de personas en ALC en año y medio. Tal número de muertes no sólo es pavoroso e indignante; un fenómeno como el COVID-19 afectará, en su salud y economía, a los más pobres y desfavorecidos en nuestras sociedades. Solamente por esta razón, el argumento ético en contra de la estrategia de una pandemia no mitigada es rotundo; de hecho, cualquier gobierno que siguiera ese camino estaría cometiendo un crimen atroz. Además —al contrario de lo que piensan algunos—, una estrategia de no contención también sería una muy mala decisión económica. La morbilidad y mortalidad del contagio no mitigado perturbaría en cualquier país los cimientos económicos y el tejido social a un grado que provocaría una destrucción del ingreso nacional adicional, ciertamente mucho mayor que el valor agregado económico que se perdería a través de las víctimas directas de la enfermedad.

LA PRESERVACIÓN DE LOS EMPLEOS Y AL MENOS UNA PARTE DE LOS INGRESOS DE LA FUERZA LABORAL DEBE SER EL OBJETIVO PRINCIPAL DE NUESTRAS ESTRATEGIAS ECONÓMICAS.

En consecuencia, por razones éticas y económicas, la prioridad absoluta de nuestros gobiernos y nuestras sociedades debe ser, sin duda, alguna la contención de la epidemia para minimizar su morbilidad y mortalidad. Cueste lo que cueste, los gobiernos y las sociedades deben multiplicar lo antes posible las capacidades de prevención y atención médica de sus sistemas de salud. Se debe aprovechar de manera efectiva —y de inmediato— la infraestructura y los recursos humanos de cada país para proteger a la población de la infección y brindar cuidados a quienes necesitan atención médica. Se requieren acciones extraordinarias para esta situación extraordinaria.

La realización de pruebas de infección a las personas, de manera masiva y estratégica, ha estado ausente en la mayoría de los países de ALC. Esta deficiencia ha impedido contar con un diagnóstico bien fundamentado del avance del problema, lo que hará mucho más difícil detener el contagio al ritmo deseable. Las pruebas masivas y estratégicamente dirigidas también serán indispensables para buscar el regreso a la normalidad, cuando llegue el momento de intentarlo. Por supuesto, mejorar los sistemas nacionales de salud en el corto plazo para hacer frente a la pandemia conllevará un esfuerzo presupuestal muy importante; pero no hacerlo resultará aún más caro. El espacio fiscal debe abrirse sacrificando, siempre que sea necesario, otras asignaciones y prioridades presupuestarias.

LOS GOBIERNOS DEBEN TENER EN CUENTA QUE, SI NO SE EVITA UNA QUIEBRA GENERALIZADA DE EMPRESAS, LA PRÓXIMA PRESA DE LA CRISIS SERÁ EL SISTEMA BANCARIO.

Como lo demuestra la experiencia de esta pandemia —y de las anteriores también—, para reducir la velocidad del contagio y detenerlo se requiere una acción extremadamente drástica: el confinamiento de las personas para su protección, lo cual obliga a detener de golpe muchas actividades económicas. Sobra decir que esta es una decisión muy difícil, ya que se trata de una de esas rarísimas situaciones en que los gobiernos deben intervenir para inducir una desaceleración severa en la actividad económica, mientras históricamente tienen el mandato de hacer —y se espera que hagan— exactamente lo contrario. Este es el choque de oferta que muchos países ya están sufriendo y que se refleja, aún con mucha incertidumbre, en preocupantes pronósticos económicos. Por lo pronto, el Fondo Monetario Internacional (FMI) estima que el PIB de nuestra región sufrirá una contracción de 5.2% en 2020, aunque algunos consideran este pronóstico más bien optimista.

Es evidente que —en la medida en que el choque de oferta siga su curso, en ausencia de acciones compensatorias efectivas— habrá una tendencia a que el consumo total y la demanda agregada se reduzcan rápidamente. De este modo, el choque de oferta seguido de inmediato por el choque de demanda podría desencadenar una espiral depresiva en la economía. La prevención de esta espiral es el desafío más grande de las políticas económicas alrededor del mundo y ALC no es la excepción. Nuestros

gobiernos y sociedades no deben permitir que esto suceda y, por lo tanto, deben emprender un esfuerzo sin precedentes para evitar la espiral contractiva que llama ya a nuestra puerta. Con ese fin, la preservación de los empleos y al menos una parte de los ingresos de la fuerza laboral debe ser el objetivo principal de nuestras estrategias económicas. Todos los medios deben usarse para este fin.

LA VOZ DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN EL MUNDO SE DEBE OÍR MÁS FUERTE DE LO QUE SE HA OÍDO HASTA AHORA. NUESTROS LÍDERES DEBEN PEDIR CON FIRMEZA LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA ENFRENTAR LA CRISIS.

Para que puedan ser efectivos, se deben aplicar enfoques diferenciados entre los sectores formales e informales de nuestras economías, así como hacia su interior. Cada país debe determinar qué instrumentos fiscales tiene a su disposición. Para los trabajadores y las empresas del sector formal, se debe considerar el aplazamiento o la condonación de contribuciones al seguro social e incluso subsidios directos para gastos de nómina, todo esto condicionado a la preservación del empleo. En el sector informal, se deben implementar transferencias directas de efectivo a los trabajadores. En otras palabras, de lo que se trata es de improvisar un seguro de desempleo sin precedentes en nuestra región, que detenga la destrucción catastrófica del empleo y le ponga un piso a la caída del ingreso laboral, para así evitar una prolongada contracción económica. Claramente, el apoyo a los empleos y a los ingresos de los trabajadores es fiscalmente costoso, pero una depresión económica sería mucho más onerosa para las finanzas públicas. No debe soslayarse que, sin apoyo para el empleo y la demanda agregada, la contracción de los ingresos fiscales y su impacto en el déficit fiscal serían inmensos.

Aunque el apoyo al empleo y a los ingresos de la fuerza laboral debería ser la herramienta principal para prevenir una depresión prolongada, la ayuda para las empresas también es fundamental. Además de los incentivos fiscales para la preservación del empleo, será necesario activar mecanismos temporales para otorgar y garantizar créditos suficientes. Los bancos nacionales de desarrollo e incluso los bancos centrales deben desempeñar un papel en este frente, pero para ello serán importantes la transparencia, las reglas claras y la ausencia de decisiones discriminatorias y discrecionales. Deben tomarse medidas para evitar la quiebra de empresas que, sin tener problemas de

solvencia estructural, podrían dejar de existir debido a la recesión, así como a la ausencia de crédito y liquidez en la economía. Los gobiernos deben tener en cuenta que, si no se evita una quiebra generalizada de empresas, la próxima presa de la crisis será el sistema bancario. Si éste llegara a fallar, la totalidad del sistema de pagos —y de hecho toda la economía— colapsaría irremediablemente.

El costo fiscal de apoyar los empleos y las empresas debe compensarse, hasta cierto punto, bastante rápido a través de ajustes en otras partidas del gasto público —corriente y de inversión— de menor rentabilidad social. Además, es muy importante comprometerse con seriedad, desde el inicio, a corregir en un futuro el mayor déficit fiscal que esto provocará —bajo cualquier circunstancia— en el corto plazo, así como el aumento de la deuda pública necesario para hacer frente a la crisis. Obviamente, habrá un deterioro en los indicadores esenciales de las finanzas públicas y de la deuda nacional, pero se deben tomar medidas para que dicho deterioro se considere temporal y reversible con el tiempo. Un compromiso conjunto de los poderes ejecutivo y legislativo de nuestras naciones, con la corrección del mayor déficit fiscal dentro de un plazo razonable, será útil para mitigar el riesgo de la reducción de las calificaciones crediticias que ahora amenaza a muchos de nuestros países. Entre otras medidas, nuestros poderes ejecutivos y legislativos podrían considerar —para su entrada en vigor en un plazo perentorio— la adopción de impuestos a las emisiones de carbón y otros gases causantes del calentamiento global; dada la dramática caída en los precios de hidrocarburos, este es el mejor momento para disponer la penalización fiscal de estas emisiones, pues el efecto en los consumidores sería prácticamente imperceptible. También podrían comprometerse los gobiernos con ajustes a futuro en los esquemas tributarios actuales, para corregir tanto sus efectos distorsionantes como su insuficiente capacidad para financiar los bienes públicos que demandan nuestras sociedades.

Al diseñar sus estrategias, nuestros gobiernos deben considerar que las consecuencias económicas internas se verán seriamente agravadas por condiciones económicas externas particularmente adversas. Todas nuestras economías son interdependientes del resto de la economía global y esto creará una condición sombría, aun en el mejor de los casos, durante los próximos meses. Los canales a través de los cuales se verán afectadas nuestras economías son varios e incluyen una recesión mundial, una fuerte contracción del comercio mundial, el colapso de los precios y de los volúmenes de las exportaciones de materias primas, la interrupción e incluso la destrucción de las cadenas de suministro, la volatilidad y la extrema aversión al riesgo en los mercados internacionales de capital, la interrupción de las inversiones extranjeras directas y una disminución severa de los ingresos provenientes de la industria del turismo y de las remesas de los migrantes.

Los gobiernos de ALC no deben dudar en acudir a las instituciones financieras internacionales de las que nuestros países son accionistas. Debemos tratar con ellas sobre la base de nuestros propios programas para enfrentar la crisis, conscientes de que —para obtener la atención adecuada— nuestras políticas deben ser coherentes, serias y creíbles. Asociarse cuanto antes con las instituciones financieras multilaterales será crucial para moderar las reacciones adversas de los mercados internacionales de capital, respecto a las economías emergentes como las nuestras. La colaboración con esas instituciones también ayudará a mitigar el llamado riesgo moral; el temor a que se tomen compromisos sin una seria intención de honrarlos. Asimismo, nuestros representantes deben organizarse para solicitar formalmente la tolerancia regulatoria de las instituciones pertinentes. Los reguladores financieros, las agencias de calificación crediticia y las instituciones de normas contables deben adaptar sus criterios para hacer frente a circunstancias sistémicas excepcionalmente adversas.

La voz de ALC en el mundo se debe oír más fuerte de lo que se ha oído hasta ahora. Nuestros líderes deben pedir con firmeza la cooperación internacional para enfrentar la crisis. Es triste que no hayan repudiado el unilateralismo, la propagación de desconfianza, las declaraciones nacionalistas basadas en el miedo y las políticas proteccionistas que vergonzosamente han venido desplegando gobiernos de países poderosos, señaladamente el de los Estados Unidos. En lugar de permanecer callados o actuar con timidez en los foros internacionales, nuestros gobiernos deberían ser más resueltos en proponer un esfuerzo coordinado para aumentar los suministros médicos que permitan atender de manera satisfactoria la demanda mundial y aumentar sustancialmente los recursos disponibles para instituciones como la Organización Mundial de la Salud.

Nuestros gobiernos también tienen la responsabilidad de pedir con firmeza la coordinación internacional para hacer frente a las consecuencias macroeconómicas de la pandemia. Las acciones

exitosas coordinadas hace unas semanas por los bancos centrales —clave para estabilizar los mercados financieros de las economías avanzadas— acreditan una vez más que la coordinación y la cooperación internacionales son en beneficio e interés nacional de todas las partes. Sin embargo, se requiere mucha más cooperación en todos los demás aspectos de las políticas económicas. Sólo a través de una excepcional colaboración internacional se mitigará el daño y se logrará la recuperación en todo el mundo.

Los gobiernos latinoamericanos deben hacer un fuerte llamado para aumentar la capacidad de apoyo crediticio de las instituciones financieras internacionales. En particular, nuestros gobiernos deben apoyar firmemente una asignación de derechos especiales de giro (DEG) en el FMI equivalente al menos a $500 mil millones de dólares, con el fin de aumentar las reservas internacionales de cada miembro de la institución, ya que serán requeridas con urgencia dadas las circunstancias difíciles que se enfrentan en los mercados internacionales de capital.

En lugar de recurrir de nuevo a los métodos populistas que han utilizado en el pasado para su éxito electoral, algunos de nuestros líderes deberían reconocer que la única estrategia éticamente válida para vencer a la pandemia en cada uno de nuestros países, implica apegarse a los valores democráticos y entender que se requiere más que nunca de la confianza entre ciudadanos y gobernantes. Para ganar esa confianza, en vez de alentar ilusiones infundadas, nuestros gobiernos deben confiarle a la gente la verdad, por más abrumadora que sea. La confianza no se crea con poses demagógicas, sino con políticas sensatas; se crea actuando conforme a un sincero sentido de responsabilidad, no por un afán de popularidad personal. Cierto, la confianza también se construye alentando la esperanza, pero debe darse a partir de la verdad, no de su ocultamiento sistemático. La confianza asimismo la inspira la humildad para escuchar, aprender y convocar a la colaboración; se nutre de promover la unidad de propósitos y de acción, nunca de la intolerancia, la arrogancia y la descalificación. En suma, la confianza que hoy precisamos más que nunca sólo puede construirse respetando sincera y efectivamente los principios de la democracia. Ahora que la democracia —después de batallas duramente ganadas— no es la excepción sino la regla en ALC, la pandemia, lejos de ser una excusa para debilitarla, debe ser una poderosa razón más para fortalecerla. **EP**

LA CONFIANZA QUE HOY PRECISAMOS MÁS QUE NUNCA ÚNICAMENTE PUEDE CONSTRUIRSE RESPETANDO SINCERA Y EFECTIVAMENTE LOS PRINCIPIOS DE LA DEMOCRACIA.

1. Fernando H. Cardoso, Ricardo Lagos, Juan Manuel Santos y Ernesto Zedillo, "The world and the Latin American and Caribbean region cannot afford delayed or inadequate responses to COVID-19",*The Elders*, 20 de abril de 2020, disponible en theelders.org.

2. "The Global Impact of COVID-19 and Strategies for Mitigation and Suppression", Imperial College COVID-19 Response Team, 26 de marzo de 2020, disponible en imperial.ac.uk.

EL FUTURO ECOLÓGICO

DESPUÉS DE LA PANDEMIA

Pedro Zapata

En medio de los cambios que muchos podemos apreciar en la naturaleza provocados por el confinamiento humano, Pedro Zapata nos presenta tres casos de transformaciones profundas que enfrentamos en esta situación sin precedentes: nuestra relación con la incertidumbre, el tráfico de especies silvestres y el desaforado consumo de combustibles fósiles; transformaciones que nos plantean resignificar el futuro de nuestra relación con el planeta que habitamos no sólo en lo inmediato, sino en los siguientes 10, 20 o 50 años.

Pedro Zapata @pedrobisonte
fue vicepresidente de Oceana México @oceanamexico de febrero de 2018 a febrero de 2020, es maestro en Medio Ambiente y Desarrollo por la London School of Economics y ha ocupado cargos en la sociedad civil, el gobierno y agencias multilaterales.

Un puma recorre las calles silenciosas de Santiago de Chile. En Las Vegas, una familia de gansos aprovecha las calles solitarias para pasear. En Lopburi, Tailandia, pandillas rivales de monos se enfrentan a pedradas en las plazas vacías de gente. Son tiempos extraños. Extraños y silenciosos. Tan silenciosos, de hecho, que en todo el mundo sismólogos con equipo especializado para detectar sonidos y movimientos —desde un camión que pasa por la calle hasta un terremoto— reportan un declive notable en los movimientos de la corteza terrestre.[1] El mundo está quieto, es fuerte la tentación de verlo así, sin gente y sin el ruido de las máquinas; sentir nostalgia de lo que podría ser. El cielo azul, el agua clara, las calles sin tráfico. Pero esa nostalgia no es productiva. El aire fresco no es consecuencia de nuestro cambio de hábitos, ni de políticas públicas atinadas; es consecuencia de ponerle una pausa obligada al mundo durante unos meses, con un costo demasiado alto: cientos de miles de muertos, millones de desempleados y una crisis económica verdaderamente global, sin precedentes en la historia moderna.

LOS RESULTADOS DE NUESTRO DESCUIDO NUNCA HABÍAN TENIDO UNA CONSECUENCIA TAN CERCANA Y DOLOROSA PARA TANTA GENTE AL MISMO TIEMPO. ES PROBABLE QUE AHORA EMPECEMOS A TOMAR EN SERIO EL TRÁFICO ILEGAL DE ESPECIES SILVESTRES.

No se debe negar que hay beneficios tangibles, medibles, del freno violento que la pandemia ha significado para la economía global. Marshall Burke, de la Universidad de Stanford,[2] estima que la reducción de la contaminación por partículas suspendidas menores a 2.5M (PM2.5) que durante dos meses vivió China a principios de 2020 puede haber evitado la muerte prematura de 77 mil personas, incluyendo 4 mil menores a 5 años. Tendremos que esperar para ver si estos números se confirman, pero parece sólida la aseveración de que la mejor calidad del aire va a beneficiar a algunos, sobre todo en las ciudades más contaminadas del mundo. Pero no. La pandemia de COVID-19 no es la madre Tierra reclamando lo que es suyo. Las pandemias llevan ocurriendo desde la plaga de Justiniano en el año 541 y no dejarán de hacerlo. Voy más lejos: no es culpa de nadie que esto esté ocurriendo. Si queremos insistir mucho en asignar culpas, el tiempo nos permitirá ver qué estrategia de qué gobierno resultó ser la más efectiva. Por ahora, estoy perfectamente dispuesto a aceptar que todos están haciendo lo mejor que pueden, con la poca, poquísima información disponible.

Lo que es imperativo es aprender de esto. Estudiarlo, registrar lo que funcionó y lo que no; aspirar a salir de esta crisis con una sociedad más justa, más equilibrada, más sana que la actual. Por ello vale preguntar: ¿Qué significará esto para el futuro de la humanidad, en términos de nuestra relación con el planeta que habitamos? ¿Cómo forjará el COVID-19 nuestro futuro, no en lo inmediato, sino en los siguientes 10, 20 o 50 años? Antes de especular, hay que aclarar un par de cosas. Por un lado, es importante dejar claro que la respuesta a esta pregunta depende inmensamente de cuál de los escenarios proyectados por los epidemiólogos —todos gravísimos, pero no todos catastróficos— se volverá realidad. También es importante aclarar que aquí hablo desde el campo que conozco, el del medio ambiente. Parece obvio que vendrán cambios sociales radicales en campos como la salud pública, la investigación, las prácticas laborales corporativas y muchos más de los que no conozco lo suficiente como para opinar. Con esto claro, aquí presento tres casos de transformaciones profundas que podríamos ver en los años que vienen.

Nuestra relación con el riesgo y la incertidumbre

Mucho se ha escrito sobre lo notoriamente malos que somos, como especie, para entender el riesgo, medirlo y actuar en consecuencia. Un ejemplo: millones de personas —incluyendo a quien escribe— sufrimos de miedo al volar en avión. Es un miedo del todo disociado de la realidad estadística, de los datos. Es un miedo que nace de la víscera. En otras palabras, que no tiene sus raíces en el riesgo real —minúsculo— de sufrir daño en un avión. Al mismo tiempo, millones de personas —también, vergonzosamente, incluyendo al que escribe, aunque no hace muchos años— fuman. Ahí sí se conocen los riesgos; están documentados y a menudo tienen caras de familiares y

amigos. Sin embargo, conocer esos riesgos no parece ser suficiente para detenernos; seguimos fumando y, lo que es peor, el grupo de los fumadores crece todos los días. Fumar no es una excepción. En todo el mundo, personas informadas y por demás sensatas manejan después de haber tomado bebidas alcohólicas, juegan la lotería, hacen apuestas en eventos deportivos, etcétera. En otras palabras, de manera cotidiana toman decisiones que a simple vista tienen un riesgo altísimo y beneficios escasos.

Este es un fenómeno especialmente frustrante para quienes nos dedicamos a la protección del medio ambiente, particularmente al momento de intentar persuadir a los tomadores de decisiones sobre la importancia de tomar acciones que combatan al cambio climático. Después de todo, combatir el cambio climático impone costos concretos hoy, a cambio de beneficios, inmensamente mayores, pero que vendrán en el futuro y que serán mucho más difusos. ¿Invertir $5 millones de dólares en la protección de cinco hectáreas en la Amazonia evitará cinco huracanes? ¿Es la sequía en un país directamente atribuible al cambio climático? Es imposible saber la respuesta exacta a preguntas como estas y, frente a esa imposibilidad, nos vemos obligados a hablar en términos difusos de escenarios, niveles de riesgo e intervalos de incertidumbre. Cualquiera que haya intentado leer un informe del Panel Intergubernamental de Cambio Climático sabe a qué me refiero. Este es el lenguaje de la ciencia, que rara vez ofrece certezas y está mucho más cómoda ofreciendo probabilidades. Cuando la crisis climática se enmarca en términos poéticos, con imágenes de osos polares abrazados al último trozo de hielo del ártico, es fácil ser empáticos. Pero cuando se trata de hacer sacrificios reales en nuestras propias vidas hoy —como pagar un impuesto al carbón, por ejemplo—, a cambio de beneficios probables en un futuro no determinado, la cosa se pone más difícil.

Esto puede haber cambiado ya, o empezado a cambiar. Este encierro global, la crisis económica y la pérdida de cientos de millones de empleos en todo el mundo son todas consecuencias de decisiones humanas. No la pandemia, obviamente, sino nuestra respuesta a ella. Y, sin embargo, son decisiones que hemos tenido que tomar sin el lujo de la certeza. Me imagino a las y los líderes de estado confrontando a sus ministros de salud y preguntando: ¿por cuánto tiempo tengo que imponer estas medidas?, ¿cuánta gente va a morir?, ¿cuándo es la fecha óptima para imponer restricciones?, ¿cuál para retirarlas? Y me imagino, del otro lado, cientos o miles de profesionales de la salud y la epidemiología todos con la misma respuesta: "No sé, pero lo más probable es X".

NO HAY QUE COMPRAR UN COLMILLO DE ELEFANTE PARA SER CÓMPLICE; BASTA CON COMPRAR UNA ORQUÍDEA SILVESTRE EN EL MERCADO DE CUEMANCO.

Pero las decisiones se tomaron. La economía del mundo se frenó. La gente —quienes pudimos— se metió a sus casas sin una fecha definida para salir. El mundo parece haber estado listo para tomar decisiones dolorosas, aun en medio de un grado alto de incertidumbre. Quiero pensar que esto es la señal de una sociedad mejor preparada para lidiar con lo complejo y para actuar, aun en la ausencia de respuestas contundentes. Quiero pensarlo porque estamos sobre el tiempo crítico para tomar en serio el cambio climático y para tomar medidas decisivas al respecto. Estas medidas no estarán libres de costos políticos, económicos y sociales, en algunos casos altos. Bueno, altos comparados con nuestra situación actual, pero minúsculos comparados con lo que tendremos que enfrentar si se cumplen las peores predicciones de una crisis climática.

Cerrar puertas al tráfico de animales silvestres

Es bien conocido el apetito que existe en Asia —especialmente en China— por los productos derivados de especies "exóticas" que a menudo son también especies silvestres: colmillos de elefante, vesículas de oso, polvo de caballito de mar, cuerno de rinoceronte, vejiga de totoaba, aleta de tiburón, piel de tigre y un largo, sangriento etcétera. Esta práctica no se reduce a ese continente. En muchos países africanos existe la práctica de cazar animales silvestres para consumirlos como alimentos, sobre todo en comunidades rurales que viven en los márgenes

de selvas y bosques. En ese caso, la motivación no es necesariamente la creencia de que los productos tengan propiedades esotéricas o afrodisiacas, sino el hambre. Cuando hablamos del tráfico ilegal de especies amenazadas o protegidas la imaginación evoca la figura de un tigre o de un rinoceronte, pero el problema es mucho más profundo y ubicuo. Existen redes ilícitas de recolección y tráfico de plantas silvestres como orquídeas y cactáceas. No hay que comprar un colmillo de elefante para ser cómplice; basta con comprar una orquídea silvestre en el mercado de Cuemanco.

Esta práctica puede tener consecuencias terribles, de las que estamos viviendo sólo una. Los animales silvestres tienen muchos parásitos, bacterias y virus para los que han desarrollado defensas, pero que pueden saltar a los seres humanos. Las enfermedades transmitidas por estos organismos se denominan zoonóticas y los coronavirus —como el causante de la pandemia actual, el MERS o el SARS— son sólo un ejemplo; otros ejemplos son la salmonelosis, la enfermedad de Lyme y la rabia. Académicos de la Universidad de California en Davis recientemente publicaron un estudio[3] cuya conclusión es que las especies de mamíferos silvestres que tienen más interacción con los humanos —como los animales domésticos, los primates y los murciélagos— son los que más posibilidades tienen de transmitir enfermedades a los seres humanos; posibilidades que se incrementan con actividades como la deforestación y la cacería. Reducir nuestro contacto cotidiano con estas especies, dejarlas vivir con paz y salud, seguramente reduciría la incidencia de estas enfermedades.

Pero las enfermedades zoonóticas no son la única razón para preocuparse por el contacto con animales silvestres. En muchos casos, el comercio de estos animales es llevado a cabo por una red global de crimen organizado que mata, extorsiona, destruye hábitats y comercia con animales que deberían estar en su medio y no en nuestra dieta, ni adornando nuestra sala. El acto de su captura también es, con frecuencia, altamente dañino para el entorno y tiene costos altísimos aun en los individuos no capturados. Birdlife estima que hasta 75% de los individuos de guacamayas capturados en estado silvestre mueren de estrés antes de ser vendidos;[4] otros animales muestran tasas similares. Lo cierto es que los resultados de nuestro descuido nunca habían tenido una consecuencia tan cercana y dolorosa para tanta gente al mismo tiempo. Por eso parece probable, o por lo menos posible, que este sea el momento para que empecemos a tomar en serio el tráfico ilegal de especies silvestres. Esto parece haber empezado con el anuncio de las autoridades chinas de su intención para redoblar los esfuerzos en contra del tráfico y consumo de especies silvestres.[5] Si el gobierno chino respalda sus buenas intenciones con las acciones de las que claramente es capaz, esto podría ser el punto de inflexión.

HAY QUIENES ANTICIPAN QUE LA CRISIS ECONÓMICA DESATADA A RAÍZ DE LA PANDEMIA ACELERARÁ EL PROCESO DE "DESFOSILIZACIÓN" Y QUE 2019 FUE EL AÑO PICO DE LA DEMANDA DE COMBUSTIBLES FÓSILES.

Una nota importante: la pesca, evidentemente, es la excepción a esta regla. El objeto entero de la pesca es la captura de animales silvestres para su consumo. Pero en ese caso, la inmensa mayor parte de la actividad se concentra en especies que conocemos y que han sido parte de la dieta humana por siglos. Aun así, es de máxima importancia priorizar las prácticas de sanidad e inocuidad en la pesca y mejorar sustancialmente el manejo pesquero, para asegurarnos de que sólo pescamos poblaciones que pueden sostener esa presión.

El principio del fin de los combustibles fósiles

Se especula mucho también sobre el impacto de la desaceleración económica en el combate al cambio climático. Parece lógico esperar que una economía deprimida, con menos producción industrial y menos tráfico en las calles, en el corto plazo significará una reducción severa en la producción global de gases de efecto invernadero (GEI). ¿Pero cuánto durará? La historia nos diría que muy poco. Durante la crisis económica de 2008 y 2009 las emisiones de GEI dejaron de crecer y se redujeron más o menos 1.9%; pero

al poco tiempo, en 2010, ya se habían elevado de vuelta a 5%.[6] Jennifer Gordon, del Consejo Atlántico, ha descrito[7] la situación actual como "insostenible en el largo plazo, y de hecho, hasta dañina para el futuro de la energía limpia y la acción climática". Sin embargo, hay razones para pensar que esta vez puede ser diferente, y que ya nunca regresaremos a la "normalidad" en términos de combustibles fósiles. Hay quienes anticipan, incluso desde dentro de la industria de los combustibles fósiles, que la crisis económica desatada a raíz de la pandemia acelerará el proceso de "desfosilización" que ya estaba en marcha,[8] y que con el tiempo quedará claro que 2019 fue el año pico de la demanda de combustibles fósiles. La declaración de bancarrota, a principios de abril, de Whiting Petroleum,[9] una compañía independiente de petróleo y gas, podría ser la primera de muchas.

Una de las evidencias que apuntan en esa dirección tiene que ver con la guerra de precios entre Rusia y Arabia Saudita a fines de marzo y principios de abril de 2020, y que recibió muy poca atención fuera de los medios especializados en energía, por coincidir con la crisis del COVID-19. Algunos analistas[10] han especulado que esta coincidencia de guerra de precios petroleros y pandemia debe catalizar la transformación que necesitábamos —y que ya estaba ocurriendo— hacia una economía más diversificada, que dependa cada vez menos de los combustibles fósiles y de los caprichos autoritarios de regímenes como el ruso y el saudí. En una afortunada coincidencia, el Reino Unido e Italia —dos países que han vivido la pandemia de manera especialmente dolorosa— este año y el que viene serán sede de reuniones clave en la agenda de cambio climático. En el primer caso, la Conferencia de las Partes (COP) 26 del Acuerdo de Cambio Climático estaba agendada para noviembre de este año y ha sido pospuesta para 2021; en su fecha original hubiera celebrado el quinto aniversario del Acuerdo de París y un año de la decepcionante e itinerante COP 25, que tuvo lugar en España bajo el liderazgo de Chile, quien la rescató después de que Brasil renunciara a su papel de anfitrión. En el caso de Italia, en 2021 será sede de la reunión del G20.

Los líderes que asistan a estas reuniones tendrán una tarea monumental. En sus manos estará la definición de políticas energéticas y de desarrollo que le darán forma al mundo de los siguientes 25 años. Como he comentado, los dos países líderes —Italia y el Reino Unido— están entre los que han sufrido heridas más grandes por la pandemia actual. Deberán ser acompañados en este encargo por Estados Unidos —con la memoria fresca de una elección que se antoja hoy más incierta que nunca— y por China, que con todo y sus mucho defectos, ha asumido en la pandemia el rol de líder global, para el que parece haberse estado preparando durante décadas. El mundo necesita el liderazgo hoy más que nunca.

Lo que viene

Nada de esto es una certeza, todo son especulaciones. El regreso a la normalidad puede, de hecho, ser normal. Podríamos salir de nuestras casas, quitarnos nuestros tapabocas, comer con amigos y regresar, en todo el mundo, a lo que conocemos. Podríamos retomar nuestras costumbres, llorar a nuestros muertos y, al cabo de un par de años, relegar este oscuro periodo a los libros de historia. Ojalá no sea así. Ojalá aprovechemos en todo el mundo esta negra oportunidad para construir una sociedad un poco más justa, un poco más limpia, un poco más solidaria y un poco más humana. **EP**

1. Connie Lin, "Coronavirus lockdowns across the globe are actually causing the Earth to move less", *Fast Company*, 2 de febrero de 2020, en fastcompany.com.

2. Marshall Burke, "COVID-19 reduces economic activity, which reduces pollution, which saves lives", *G-FEED*, 8 de marzo de 2020, en g-feed.com.

3. Johnson CK, Hitchens PL, Pandit PS, Rushmore J, Evans TS, Young CCW, Doyle MM, "2020 Global shifts in mammalian population trends reveal key predictors of virus spillover risk", Proc. R Soc. B 287: 20192736. http://dx.doi.org/10.1098/rspb.2019.2736.

4. "The illegal parrot trade remains a problem in Latin America", *Bird Life International*, en datazone.birdlife.org

5. Lauren Frias, "China says it will ban the trade in wild animals, like bats, believed to be behind the Wuhan coronavirus, and tighten supervision on 'wet markets'", *Business Insider*, 3 de febrero de 2020, en businessinsider.com.

6. Steve Connor, "Recession did not lower Co2 emissions", *Independent*, 5 de diciembre de 2011, en independent.co.uk.

7. Jennifer T. Gordon, "The implications of the coronavirus crisis on the global energy sector and the environment", *Atlantic Council*, 24 de marzo de 2020, en atlanticcouncil.org.

8. Damian Carrington, Jillian Ambrose y Matthew Taylor, "Will the coronavirus kill the oil industry and help save the climate?", *The Guardian*, 1º de abril de 2020, en theguardian.com.

9. Collin Eaton y Andrew Scurria, "Whiting Petroleum Becomes First Major Shale Bankruptcy as Oil Prices Drop", *The Wall Street Journal*, 1º de abril de 2020, en wsj.com.

10. Wal van Lierop, "After COVID-19, The Oil Industry Will Not Return To 'Normal'", *Forbes*, 5 de abril de 2020, en forbes.com.

Luis Verdejo
Silla, 2016,
linograbado, 40 x 30 cm

LO QUE LA AUTOPSIA NO DICE

Alejandra Ibarra Chaoul

Llevo semanas marcándole por teléfono para ver si consigo entrevistarla. No he tenido éxito. Dejo mensajes en su buzón de voz que, sospecho, jamás responderá. En mis manos tengo una copia de la autopsia de su hijo. Me la mandó la asistente del médico de la morgue después de convencerla de que esa información es, en realidad, importante para el público.

Termino mi mensaje de voz sintiéndome estúpida y cruel. ¿Cómo le dices a alguien, vía un mensaje de voz, frío, lejano y estéril, que crees que la muerte de su hijo merece ser recordada? No. No contesta. Ni contestará.

¿Quieres ir a entrevistarla en persona?, me pregunta mi jefe. Sí, respondo de manera instintiva pensando en la mujer, en los secretos que su historia esconde, y pensando también en las largas horas de vuelo, las películas que puedo ver, y mi fascinación enfermiza por los aeropuertos. Por ese tiempo flotante perdido. No me detengo a pensar en lo difícil que va a ser entrevistarla, presentarme, pedirle —sin merecerla— su confianza.

Cuando toco a la puerta de la mujer trato de pasar desapercibida. Hola, soy la persona que lleva semanas marcándole y dejándole mensajes de voz sin tregua. No, así no me puedo presentar. Piensa en otra cosa, me digo a mí misma, causándome tanto estrés que la cabeza se me vacía. El taxi que me trajo desde el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles espera en la calle. En su mente está siendo cordial; en la mía, un estorbo. Está bien, le digo. Se puede ir, insisto. Porque prefiero quedarme varada a que el conductor presencie el incómodo momento en el que me presento con la madre.

El taxi se va justo cuando la mujer abre la puerta detrás del mosquitero que nos separa. Con una mano en mi maleta y cara de alguien que no sabe lo que hace, no logro decir otra cosa que “soy periodista”.

No, me responde. No.

Me aterro, pero me quedo. No me muevo y no hablo, no como táctica, sino porque no sé qué decir. Es como si hubiera olvidado cómo se habla. Abro la boca y no sale nada. Aprieto mi mano sobre la maleta. La madre habla otra vez, rompiendo el silencio. Es demasiado doloroso, me dice. No puedo, muchacha. Pero dice *mushasha*, no muchacha, y con eso, mi cerebro palpita.

De dónde es, le pregunto, pensando de inmediato en la tierra de mi padre, en el *suchi* y el las *mushas* cosas que suenan parecido a como son, pero no igual. De Sonora, me dice. Como mi padre, le respondo. Y nos ponemos a hablar de Sonora y del norte de México y de su tía y de las elecciones y de su iglesia de dos pisos. Ella de un lado del mosquitero, parada bajo el marco de su puerta, y yo del otro, en la banqueta.

Transcurre media hora y me invita a pasar. Siento que si ve mi maleta se va a arrepentir, recordando de inmediato que soy una periodista, y la dejo escondida afuera junto a un arbusto. Como si mi maleta fuera la que hace las preguntas y toma notas. Entro. Me olvido de la maleta. ¿Quieres un vaso de agua?, me pregunta. Me encantaría, le digo.

Platicamos de otras cosas, del pueblo en el que creció. Cananea, me dice. Y mi cerebro se apresura a buscar entre los archivos empolvados de mi memoria lo que recuerdo con ese nombre. La huelga. Una matanza. La mina. Alguna relación con la Revolución mexicana. Pienso que la mujer frente a mí tiene sangre de luchadora, que su piel está curtida por el sol que calentó a quienes —en su tiempo— se atrevieron a alzar la voz. Es norteña. Es sonorense. Es recia. Me siento, por un instante en el que recuerdo pedacitos inconexos de historia sobre el pueblo donde ella creció décadas más tarde, más cercana a ella.

Cananea, sí. Asiento con la cabeza. Sigo tratando de recordar cómo encajan las piezas y qué puedo decir sobre el lugar donde creció, cuando, de repente, dice algo que me seca las ideas: No pude entrar a la morgue, me dice. La morgue. Ya no estamos en Cananea.

No pude entrar porque no quería tener esa imagen, sigue hablando mientras callo. Cierro la boca. Aprieto

los labios queriendo apretar mi existencia al sillón para que no me note. Para que no me vea y me recuerde y se arrepienta. Cuando das a luz a tu hijo y te lo ponen en brazos por primera vez, me explica, es una imagen que nunca se te olvida. Nunca. Y no quería reemplazar esa imagen por la de su cuerpo frío y solo en la mesa de la morgue, me dice. No podía.

Las palabras se me atragantan en la garganta antes de formarse. Qué le digo. Quién soy y qué derecho tengo de venir a la puerta de esta madre y tocar, pidiendo que me diga lo que siente. Lo que vivió. Todo aquello con lo que todavía vive, y carga, a cuestas. La culpa me invade, me baña la vergüenza. Y mientras yo batallo infructuosamente conmigo misma, la mujer me regresa a Cananea.

En el pueblo no teníamos drenaje, me cuenta. En la noche, con el frío, salía a la letrina para hacer sus necesidades. Había una sola clínica. Una sola tienda de telas que operaba también como la oficina postal, a donde llegaban las cartas. Cuando había correo, los de la tienda ponían un letrerito con los nombres de los destinatarios de las cartas en la ventana.

A mí nunca me faltó nada, me cuenta. Lo dice a modo de explicación, porque me está diciendo que fue huérfana. No dice por qué, pero dice que su madre no estaba. Y a su padre lo conoció a los dieciocho años cuando entró a la ferretería donde ella trabajaba. Lo reconoció. Era como ella. Él le dijo que ella era como la madre que no tuvo. La criaron sus tías y su abuela. Le contestó a su padre hoscamente que qué quería, aunque sabía quién era. No lo volvió a ver nunca. Pero nunca me faltó nada, me dice. Es dura. Está curtida por el sol que le quemaba la piel de niña y por la nieve que atravesaba junto a la barranca del pueblo, con las botas que odiaba.

Recuerda sus joyas, las que le regalaban sus novios. Recuerda que le aburrían tanto sus pretendientes como las posibilidades que el pueblo ofrecía. Allá iba a terminar siendo lo que iba a ser, me dice, y acá podía ser otra cosa. Cuando su hijo era un bebé en brazos, ese mismo que vendría a morir en un centro de detención para migrantes, cruzó la frontera. Dejó la nieve, el polvo y el tedio por el sol de California y las casas de los ricos que se dispondría a limpiar.

Esas mismas joyas son las que resplandecen en el retrato ilustrado que cuelga en su sala. Hay cinco caras. En el medio, la suya. En su cuello, las joyas. A su alrededor, sus cuatro hijos. Los tres niños y la única niña. Son retratos ilustrados y yo tengo una perspectiva profundamente subjetiva, pero en el lienzo dentro del marco de madera, el hijo mayor, el que moriría y terminaría en la mesa de la morgue, sobresale. Brilla. Resplandece como resplandecen las piedras azules que cuelgan del collar que abraza el cuello del retrato de su madre.

Estas cómodas me las instaló mi hijo, me dice mientras señala unos gabinetes en la cocina. La casa es pequeña, de un piso. Tiene dos habitaciones, la de ella y la de su hijo menor, una cocina, el baño y la sala. Y esta planta, añade, me la trajo él un día. Es un ficus largo que ocupa buena parte de la pequeña sala. Me lo quiero imaginar, cómo sería. Cómo habría llegado por la puerta arrastrando una maceta pesada con un ficus de regalo para su madre. Me lo imagino alegre. Energético. Carismático.

Era muy guapo, me dice. Y aunque es lo que todas las madres dicen de sus hijos, le creo. Porque quiero creerle y porque veo el retrato ilustrado en la sala. Siento que desde la imagen capturada décadas atrás del adolescente que fue, él me ve desde su lugar en la pared. Desde su lugar en la historia. Y sí, es guapo.

También era enamoradizo, me cuenta la madre. Se enamoró de una *mushasha* que vio caminar en la calle con un bebé en brazos y se detuvo a ayudarla. Me pregunto si vio en ella la imagen de su propia madre. Si se reconoció a sí mismo en el bebé, envuelto como un bulto. Trece años se quedaron juntos, aunque sólo uno de los catorce hijos que ayudó a criar fue suyo. Ese mismo hijo que, años después, se enlistaría en la Marina estadounidense para viajar por el mundo, para estudiar una carrera y para regalarle años de su vida al país que le quitaría la vida a su padre.

Llevamos tres horas hablando y le digo que me tengo que ir. Se entristece. Y yo con ella. Te enseño su cuarto antes de irte, me dice. Y me recuerda a mi abuela, a cómo cuando tengo que dejarla se inventa mil maneras de hacer que me quede. Me recuerda a mí misma cuando era niña y pensaba angustiada en cómo llamar la atención de algún adulto que no quería que se fuera. En esos momentos en que, cuando somos niños o ancianos, tratamos infructuosamente de aplazar lo inevitable. Sí, vamos al cuarto, le digo.

Salimos a su jardín y me enseña su arbolito de limón, su planta de nopal. Su junípero. Es México, pero no es México. Es como una ilusión óptica. El borde del jardín tiene un caminito de adoquín. Me lo puso mi hijo, me dice. Ese hijo. Del único del que hablamos. Su hijo. Al final del caminito de adoquín hay un cobertizo azul, en la esquina del jardín. Arriba de la puerta tiene un moño negro. El cobertizo es el cuarto.

Él lo construyó, me dice la madre. Abre la puerta y me enseña un cuarto que hace las veces de bodega. Había una cama, me cuenta, y con las descripciones y su dedo señalando los espacios vacíos va dibujando para mí una imagen cálida. Un hogar chiquito. El cuarto tiene una alfombra, un aire acondicionado en la ventana, tenía una cama matrimonial y cuadros de muralistas mexicanos colgados en sus paredes chiquitas. Estaba orgulloso de ser mexicano, me dice. Por eso también tenía estatuillas de guerreros aztecas adornando su cuarto.

Se entristece al recordarlo. Me lo advirtió desde el inicio, con su primera palabra: No. Pero insistí. Insistí al quedarme en silencio, invadiendo su dolor, pero también convirtiéndome de repente en un receptáculo donde vaciarlo. Y me lo bebí. Consumí su dolor, sin lograr que ella lo soltara del todo, pero para que pudiera, al menos, compartirlo. Juntas saboreamos su amargura.

En el garaje está su Chevy Impala negro, majestuoso. Lo manejaba por las calles de California con una banderita de México en el extremo derecho de la defensa delantera, y una de Estados Unidos en el izquierdo. Adentro, en el asiento largo delantero, queda todavía su sarape con rayas de colores.

No sabe decirme qué pasó. No lo entiende del todo. Tal vez nunca lo entendió. Tal vez lo reprimió. Llegamos acá con papeles, me dice. Se acuerda de haberse regularizado con Migración porque el abogado que llevó sus casos le pidió que le pagara en

especie, con su cuerpo y no con un tipo de cambio. Era un ecuatoriano, me dice recordándolo con disgusto. No le pregunto si aceptó el precio.

El caso es que no sabe por qué, un día de marzo de 2017, su hijo menor la despertó a gritos para decirle que se despidiera del otro hijo, de El Hijo, al que se llevaba a rastras un grupo de agentes migratorios que habían venido a cazarlo hasta el cuartito dentro del cobertizo que se construyó en el jardín de la casa de su madre. Tenía dos *tickets*, me dice ella, refiriéndose a las multas administrativas que le pusieron al hijo por beber en la vía pública. Y eso nos satisface a las dos como explicación suficiente para el grado incomprensible de violencia.

Le pregunto de qué murió y actúa confundida. No sé qué tanto sabe. Recuerdo los detalles de la autopsia en el escritorio de mi oficina. Cirrosis. Tomaba medicinas. Pidió atención médica después de experimentar intensos dolores abdominales. Insistió cuando vomitó sangre. Cirrosis, dice la copia de la autopsia. Su madre no sabe si recibió medicinas. Creo que tomaba una pastilla, me dice.

Lo que la autopsia no dice es que, en el cuarto de su madre, ella tiene un rectángulo de cinta adhesiva que hace las veces de un marco. Adentro, en vez de una pintura, tiene un rosario colgado que le hizo su hijo con hilo rosa. Tiene también estrellitas pegadas a la pared, de ésas que brillan en la oscuridad. Cada estrella corresponde a un miembro de su familia, sus hijos, su difunto exesposo, sus nietos y los bisnietos.

Lo que la autopsia no dice es que junto a la estrellita fluorescente que lo representa a él en el cuadro hechizo de la pared de su madre, hay una cruz de tinta negra.

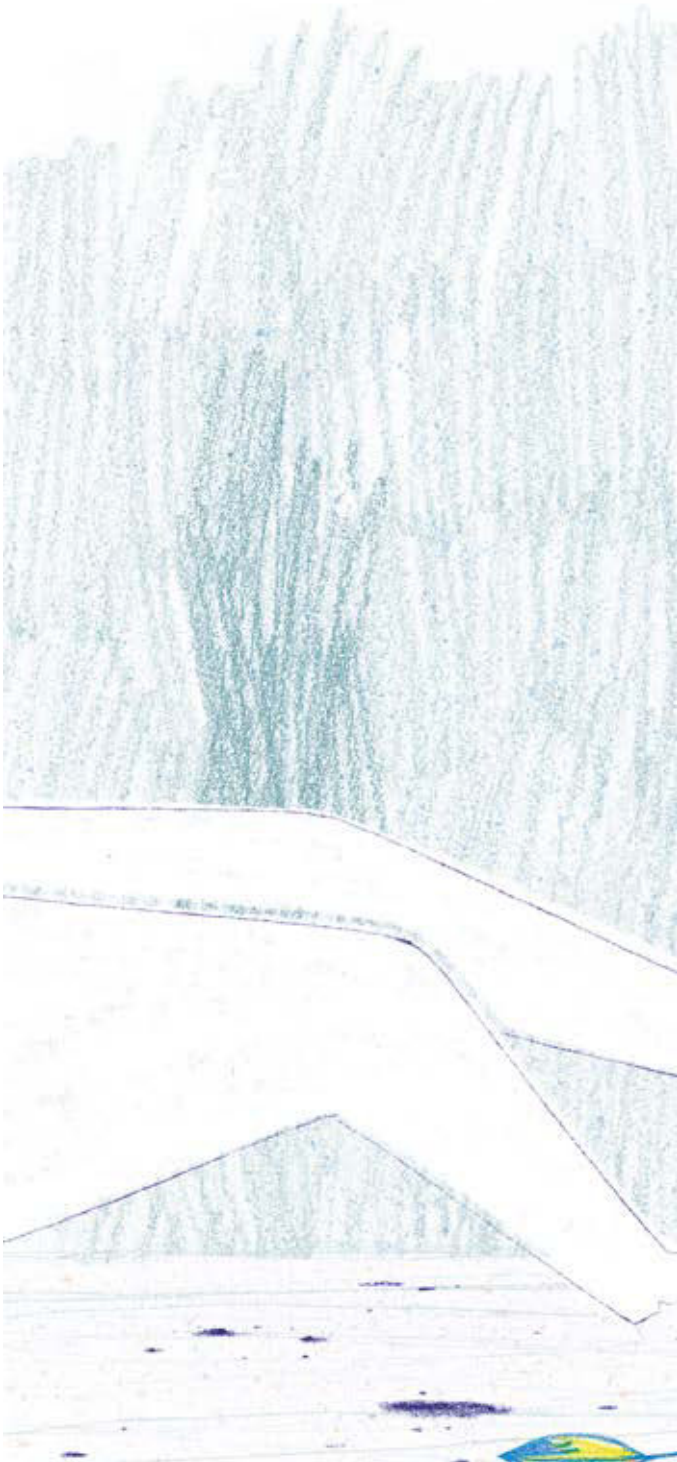
En la autopsia no hay información del dinero que guardaba ella en un calcetín bajo la cama para alimentar a su hijo, que entonces era apenas un bebé, cuando le pagaban por limpiar las albercas de los ricos. No hay ningún rastro de los años durante los cuales trabajó como voluntaria en la escuela de sus hijos para enseñarle español a las maestras gringas que eran supuestamente bilingües. No hay, en la autopsia, detalle alguno de lo que sufrió para cambiarse de casa porque en el este de Los Ángeles, donde vivían, las pandillas parecían —cada vez con más claridad— la única opción laboral para su hijo adolescente mientras ella era aún madre soltera trabajando tres turnos para mantenerlo.

No, la autopsia no dice nada. No explica ningún grado de complejidad. No contiene vestigios de humanidad. Dice que el interno sufría de cirrosis y que, cuando finalmente decidieron mandarlo al hospital por hemorragias gastrointestinales, había sido demasiado tarde. La autopsia no indica culpa. No menciona a la compañía que administra el centro de detención ni sus protocolos médicos. O la falta de los mismos.

¿De qué sirve contar su historia?, me dice la madre del muchachito enamoradizo que crecería para darle a los Estados Unidos un marino y sería arrastrado de su cama a los cincuenta y tres años de edad por agentes migratorios para terminar en una cárcel privada por beber cerveza en la banqueta. Mira cómo tratan a su propia gente, mira a los afroamericanos, cuánto han luchado. Y mira cómo los tratan, me dice con el ceño fruncido cuando estamos todavía afuera, antes de pasar todo ese tiempo hablando de su hijo, cuando todavía no me ha invitado a pasar. Si ni a ellos los escuchan, ¿qué esperanzas tenemos nosotros?, me pregunta a mí, se pregunta ella.

Y yo quiero decirle con todas mis fuerzas que importa. Que su historia, su viaje, su lucha, su empuje, y la de su hijo, importan. Que no debemos dejar que su hijo muera en vano. Que no podemos permitir que más hijos mueran como el suyo. Pienso en esto durante todas las horas que pasamos juntas, saboreando en la boca lo amargo del dolor que ahora compartimos. Siento el peso de la ausencia de su hijo, un peso tan grande que me encorvo. Me cansa. La cabeza me palpita. Quiero decirle, aun después de todas estas horas, que contar su historia importa. Que hace una diferencia. Pero no quiero mentirle. No puedo prometerle algo sobre lo cual no tengo certeza.

Me acuerdo de mi maletita escondida afuera junto al arbusto y me preocupo, inútil y estúpidamente, por mis pertenencias. Me despido. Lloramos. La abrazo. Me persigna. Salgo por mi maleta. **EP**



Alejandra Ibarra Chaoul ha cubierto migración y justicia para medios como *The New Yorker*, *Ríodoce*, *Worcester Magazine* y *Letras Libres*. Es autora del libro *El Chapo Guzmán. El juicio del siglo* (2019) y coautora de *No basta con encender una vela* (2015). Tras recibir un premio del Instituto Brown para la Innovación de Medios, creó y actualmente dirige Defensores de la Democracia.
www.ddld.mx
@luoach

Maricarmen Zapatero es una ilustradora egresada de la Escuela de Diseño del INBA y del Diplomado CASA Ilustración Narrativa de la UNAM. Ha colaborado en distintos proyectos de ilustración infantil y juvenil, así como en proyectos independientes y de autoedición. Actualmente radica en la Ciudad de México y se dedica a ilustrar libros y a escribir sus propias historias.
maricarmenzapatero.com
@maricarmenzapatero

odas las ilustraciones son de Maricarmen Zapatero y están hechas con lápices de colores y fueron retocadas digitalmente.

LA UTOPÍA REALIZADA

Paul Antoine Matos

Escribí esta crónica durante un viaje que hice a Estados Unidos en junio de 2019 como parte del Programa Edward R. Murrow para Periodistas, organizado por el Departamento de Estado, que tuvo como objetivo mostrar la situación actual de los medios de comunicación en ese país, tanto en plataformas tradicionales como en los nuevos espacios digitales. Este texto cuenta la visita que hice a varias ciudades de Ohio.

La *highway* entre el aeropuerto y la ciudad de Columbus es una pista de NASCAR. La vía hacia la capital de Ohio es veloz, y a la derecha aparece una camioneta pickup que me recuerda que nos adentramos al *Rust Belt*, el cinturón de óxido de Estados Unidos.

La pickup color vino tiene neumáticos 4x4, mucho más grandes que los normales, y hasta parece que podría competir en carreras de demolición contra autos monstruo. La ventanilla del conductor está abajo y su aspecto es el de lo que suele conocerse como un *redneck*: un hombre blanco, con barba de motociclista, con una camisa campesina de cuadros sin mangas que maneja creyendo que la carretera y, por ello, el mundo entero le pertenecen por ser blanco y estadounidense. El *redneck* rebasa por la derecha.

Los horizontes de las ciudades medianas gringas son repetitivos: urbes planas y, en medio, un cúmulo de edificios que intentan ser rascacielos, pero que no logran acariciar las nubes. Todas quisieron tener el mismo perfil que Nueva York o Chicago, pero se convirtieron en ciudades bien organizadas, con uno o dos millones de habitantes, en cuyo centro se establecieron los negocios dentro de edificios de veinte o treinta pisos que rompen con la planicie americana de los suburbios. Los centros de estas poblaciones se complementan con hoteles, oficinas y edificios históricos, y si son capitales de sus estados, con los capitolios donde debaten los legisladores. Al crecer hacia lo ancho comienzan a aparecer los suburbios del sueño americano tan perfecto de la década de 1950, con casas espaciosas y de varios cuartos para familias que se multiplicaron con la generación de los *baby boomers*.

Buckeye Bank Building se estableció en 1927, apenas dos años antes del Crac del 29 y la crisis económica que dañó a Estados Unidos al iniciar la década de 1930. Ahora es un edificio histórico convertido en el Residence Inn by Marriott.

El banco-hotel es sostenido por seis columnas grecorromanas. Sobre el antiguo banco se construyeron los doce pisos con las habitaciones del hotel. Al entrar, a la izquierda, hay un bar con un muro de cristal y madera, una amplia lista de licores y juegos de mesa. Y pensar que cuando se inauguró este lugar el alcohol estaba prohibido en todo Estados Unidos. Las paredes están adornadas con los planos del antiguo banco. Líneas blancas sobre fondo azul que forman bóvedas y salas de espera, radiografías del pasado. La puerta de una bóveda se mantuvo tras la conversión en hotel, pero ahora es un pesado portón de metal con dos engranes principales que custodia lingotes de oro hechos de recuerdos. La firmeza del sistema financiero de una ciudad sostenida por un gran trozo de metal no está exenta de las crisis económicas globales.

Columbus fue nombrada así en honor a Cristóbal Colón; incluso hay una estatua de él en algún lugar de la ciudad que no tengo ganas de conocer.

Sentada sobre la acera, una mujer blanca y rubia cuyo cabello no ha sido lavado en días fuma un porro de marihuana. Descansa sobre un tapete sucio y no parece tener hogar. Es la única *homeless* que veo en la ciudad.

El *Rust Belt* es el nombre con el que se denominó a la zona alrededor de los Grandes Lagos, en donde se establecieron las industrias del Estados Unidos del siglo XX, entre ellas la automotriz en Detroit. Columbus destacaba por la manufactura del acero que surtía a Michigan para la fabricación de vehículos; sin embargo, el libre comercio cambió la situación y ahora la mano de obra más barata está en el extranjero. Pero antes de eso se vivió la época que convirtió a Estados Unidos en una potencia mundial, cuando la fuerza de trabajo se encontraba en su gente, muchos de ellos inmigrantes europeos que huían de la guerra, del hambre y de la desesperación. Estados Unidos es una nación forjada con acero.

Soy incapaz de definir la vocación económica que hoy tiene Columbus con tan sólo estar en su centro

durante un par de días. Sé que la educación superior en Ohio es de las más elevadas en el país, pero, además del aspecto académico, no encuentro algo que la pueda marcar; la ciudad no parece ser como en aquellos años del *Rust Belt* en que tenía una industria importante.

Ohio es un gran centro político. Es uno de los estados conocidos como *swing states*, aquellos que varían con cada elección presidencial: de republicano a demócrata; de demócrata a republicano. Es determinante al momento de decidir el número de delegados que apoyarán al candidato en turno para volverse "el líder del mundo libre".

Los centros de las ciudades latinoamericanas cuentan historias. Con ir a una cantina, al parque principal —construidos a imitación de las plazas españolas, cuando el continente era un apéndice más grande que el reino ibérico— o a alguno de los portales de las casas de gobierno, se puede encontrar a algún anciano que se sienta a jugar cartas o dominó mientras platica sobre el pasado de la ciudad. Por donde se vea hay una historia y alguien dispuesto a contarla. Son cronistas sin título que rememoran las anécdotas que vivieron o que sus padres, abuelos o bisabuelos les contaron. Pero en Estados Unidos no hay esos espacios que construyen comunidad y en los que las historias se mantienen efervescentes. Los centros de las ciudades gringas no tienen a esas personas que reviven sus memorias y con ellas las de su hogar durante las pláticas vespertinas.

Columbus no tiene encanto; no le encuentro encanto. Sólo destaca, en lo alto de un edificio de la cuadra principal de la ciudad, un letrero del diario *The Columbus Dispatch* que dice, en una estilizada tipografía gótica, que es el mejor periódico de Ohio, con ciento cuarenta y siete años de servicio. Y el jardín del Capitolio estatal tiene varios banderines con los colores de Estados Unidos.

Detrás de la casa de gobierno está el Teatro de Ohio. Afuera de éste hay un hombre de barba blanca con una trompeta. Canta y toca "The Fields of Athenry", una balada que habla del destierro de un irlandés durante la Gran Hambruna del siglo XIX. El joven robaba comida para su familia, pero la Corona inglesa lo deportó a Australia. El músico termina de tocar y me ve, extranjero. Me pregunta de dónde soy. Le respondo y en su trompeta comienza a sonar el himno nacional mexicano.

La ciudad se comporta con pausas. No hay los ruidos del transporte público, ni del tráfico ni de construcciones. Su silencio sería inusual para una urbe latinoamericana que se llena del grito de los vendedores y del traqueteo de motores sin aceitar. Las ausencias tienen el mismo impacto que los murmullos.

El tiempo medido por los Estados Unidos se mueve de manera distinta. Se acostumbra que las cenas se sirvan a media tarde, cuando en México apenas estamos terminando la jornada laboral. A las ocho de la noche muchos restaurantes avisan que cerrarán en un par de horas y nos apuran a pedir un platillo. Entre tanta indecisión por nuestra parte y por la prisa previa al cierre terminamos cenando pizzas. Demasiado temprano para nuestro reloj latinoamericano. En el hotel alargamos la noche con cervezas de un 7-Eleven.

La tarde antes de viajar a Kentucky voy a comprar algo para cenar a una tienda de conveniencia. Es un lugar iluminado por luces de neón rojas, verdes, azules: ATM, OPEN, EXIT, LOTTERY. Hay un pasillo largo, pero angosto. En el mostrador, una señora saluda con total apatía. Detrás de mí entra al lugar un hombre blanco, con un tatuaje de una espada sobre la mejilla. También tiene aspecto de *redneck*, como el que vi en la carretera al llegar. Me pide un dólar para un Greyhound, es decir, un viaje en la línea de autobuses que recorre el país. No dice a dónde tiene que ir. Me hago tonto, como que no entiendo, y en lugar de quedarme en el establecimiento, salgo. Escucho que me dice algo, una grosería, "fuck you". Cuando él sale, yo regreso a la tienda.

Tal vez son mis prejuicios, tal vez no, pero desconfié de aquel hombre que se acercó a mí. Pensé que podría tratarse de un supremacista blanco, y yo estaba solo; cerca del hotel, sí, pero aun así solo frente a un hombre cuya actitud me hizo sospechar. Sentí un poco de miedo y mi reacción principal fue evitarlo, ignorar sus palabras.

Compro un sándwich de pavo congelado y regreso al hotel para cenarlo. Columbus es como ese sándwich: inerte carne blanca sin sabor.

***

Lebanon, Ohio. El corazón americano, un pueblo —moderno— de veinte mil habitantes. Un festival de música *country*. "This is America". Nos paramos a mitad del camino entre Columbus y Louisville para comer en ese evento que organiza la ciudad y conocer "the real Americana", como nos dijeron los miembros del Departamento de Estado en la introducción al programa de periodismo en el que participo.

Me siento mal. En el camino, mi estómago era una olla puesta a hervir que en cualquier momento alcanzaría su punto de ebullición. El sándwich de pavo congelado que había comprado la tarde anterior en Columbus no pasó por una correcta digestión y ahora padecía la versión gringa de "La venganza de Moctezuma". ¿Aquí sería el "Remember The Alamo" o "Su Alteza Serenísima's Revenge"?

Mis pensamientos sobre la separación de la mitad de México y su venta por Antonio López de Santa Anna a Estados Unidos sólo eran interrumpidos por mis constantes idas al baño del hotel. Siempre viajo con un paquete de medicinas para este tipo de situaciones y con ellas logro evitar que Santa Anna venda un territorio de mi intestino grueso a los gringos durante las dos horas en la carretera de Ohio.

Al bajar del autobús en Lebanon, cansado y sudando frío, más que ver el festival mi instinto me lleva a ubicar los baños más cercanos, alerta ante la posible guerra civil que pudiera gestarse en mi heroico colon.

Una vez que mi estómago se asienta, confío en ser capaz de recorrer las dos calles que ocupa el festival. Había pensado que sería mucho más grande, como un festival que llena parques y auditorios al aire libre, pero me encuentro esas dos calles simples con puestos de comida a los lados y el escenario al fondo, con una mujer blanca pero bronceada, de cabello rubio cubierto por un sombrero blanco, camiseta de cuadros, *jeans* y botas marrón que canta a Johnny Cash, "Ring of Fire". Una decena, si acaso, de personas ponemos atención a la música. Una pareja de ancianos comienza a bailar frente a la tarima.

El festival de música *country* es rojo, blanco y azul en el cinturón de óxido. En menos de un mes, fuegos artificiales estallarán en sus cielos celebrando su independencia.

En el *petting zoo* algunos niños, acompañados de

sus padres, acarician pavos y borregos. Las alpacas escupen y muerden, escucho decir a una de las jóvenes que cuida el corralito, así que hay que tener cuidado con ellas.

Los puestos venden hamburguesas en salsa *barbecue*, camotes fritos y pedazos de ternera. Una familia asiática, los únicos no-caucásicos —omitiendo al grupo de diecisiete latinoamericanos que recién llegamos—, ofrece pollo a la naranja.

Entro a una tienda de *memorabilia* en la que venden tarjetas de beisbol. Me fascina este descubrimiento, encontrarme con el Estados Unidos clásico que transmite la nostalgia de la rebeldía de la década de los cincuenta. Motocicletas, rocolas y guitarras son algunos de los objetos vendidos. Estas tiendas son la esencia del país de la generación *baby boomer* que se formó con las estrellas del beisbol y del rock and roll. Mickey Mantle está aquí, su valor es de ochenta y cinco dólares. El espíritu americano habita en tarjetas de beisbol y artículos coleccionables que se hacen más valiosos con el paso del tiempo.

Los viajes, se piensa, pueden ser las aventuras más excitantes que uno podría encontrarse en su vida. Aventarse en paracaídas, explorar una selva llena de peligrosos jaguares y templos antiguos por descubrir, o descender al inframundo en una caverna. Un viaje a un sitio como Lebanon es atípico; si no fuese por la invitación de parte del programa, nunca habría pisado este lugar y, probablemente, ninguna otra ciudad de ese tamaño en Estados Unidos. Si la mirase desde el cielo, Lebanon sería una ciudad tan perfecta como un tablero de ajedrez. Ni tan tablero de ajedrez, la parte central es un juego de gato, un 3x3 que rodea a la alcaldía y al parque bicentenario.

¿Springfield, Ohio? Lebanon bien podría ser Springfield, un lugar formado por los gringos tradicionales, los gringos promedio. Homeros y Marges con sus tres hijos, Bart, Lisa y Maggie, en el pueblito donde seguramente todos se conocen. Éste es su mundo, como si una burbuja rodease la ciudad. Fuera está la gente apresurada que vive en las grandes metrópolis o en el campo, que trabaja día y noche sin poder reposar, que tiene miles de preocupaciones por comer, por educarse, por chingarle para salir adelante. Todo un sistema económico mundial que labora para las decenas de familias Simpson que viven en éste y otros Springfields regados por Estados Unidos.

¿Qué es lo que puede pasar —me pregunto— en un lugar como éste? Me alejo del festival en busca de algún periódico local que me responda esta pregunta. En la alcaldía no hay diarios, ni tampoco en la única tienda de autoservicio de la zona que está junto a una gasolinera. No existe un periódico local, ni siquiera uno de cuatro páginas, que cuente lo que sucede todos los días en Lebanon. En cambio, encuentro una guía de la ciudad en la que aparecen festivales como éste que se repiten una vez por mes. La vida diaria de aquí debe rodearse del chisme cotidiano, el *gossip* que se cuentan los vecinos: “Did you hear what Katie did?”; “He had an affair?”; “She won’t be cheerleader”.

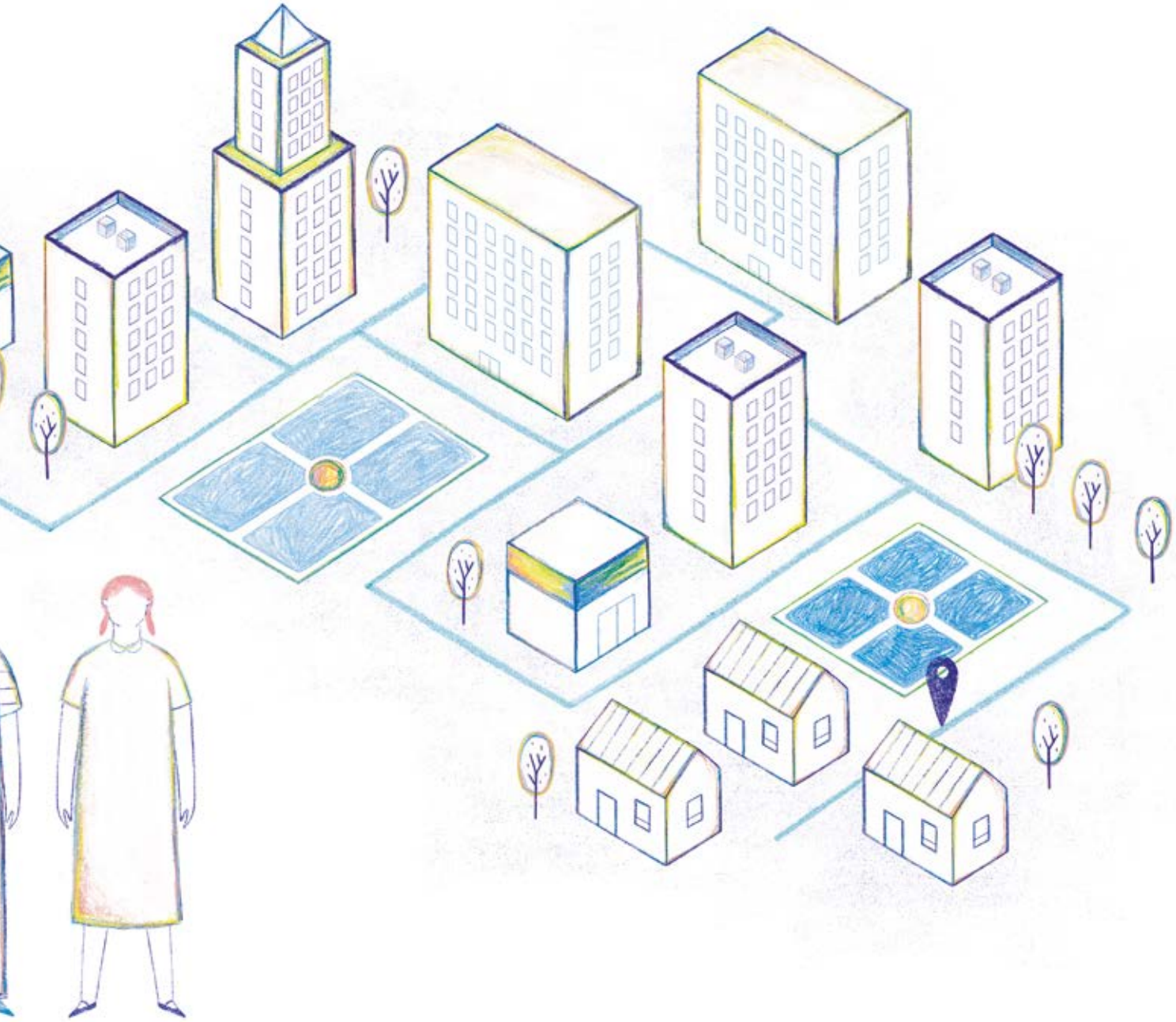
Pero ¿cómo saberlo? Para ello se tiene que pertenecer a esta tribu. Probablemente casi nadie pueda entrar a esta sociedad. Cuando veo a su gente comer sus hamburguesas y tomar sus cervezas en el *beer garden* es como si nosotros no formáramos parte, ni siquiera como momentáneos visitantes, de Lebanon.

Es la utopía realizada. El sueño del mundo ideal, de la perfección concretada. Cuando un sueño se vuelve realidad, es el momento en que uno se despierta. Los libaneses de Ohio, viviendo en un pueblo tan perfecto, tan encantador, no parece que sueñen con nada en sus vidas. El sueño americano no es el sueño del estadounidense que lleva más de tres generaciones en Lebanon. El sueño americano es el sueño del inmigrante: el latino, el europeo, el asiático. El extranjero sueña, es idealista, quiere conseguir esta utopía. Quiere lograr la belleza de la pequeña ciudad, perfecta en sus flores, en sus jardines, limpia, silenciosa, aromática, colorida, vacía. Lograr que su hogar sea sacado de una revista de decoración de interiores. Es algo que en América Latina no conseguiremos.

Vivir en Lebanon es encontrarse en la simulación de la vida perfecta. Una Matrix que recrea la punta de la pirámide de Maslow como el videojuego Los Sims.

Qué aburrido. **EP**

Paul Antoine Matos es un periodista yucateco que vive actualmente en la Ciudad de México. Ha trabajado en medios de la península de Yucatán y ha escrito crónicas sobre Chiapas, Oaxaca, Cuba y Estados Unidos.



¿NADIE ES INOCENTE EN NEZAYORK?

(FRAGMENTO)

Magali Tercero

A punto de bajarnos del taxi, mi amiga y vecina Luz María me informa sobre algo grave. Asesinaron al hijo de Felipe de Jesús Larios, nuestro periodiquero de toda la vida. El asesino está libre y a Felipe le dio diabetes por la pena.

—¡Por eso está tan flaco! ¿Crees que se deje entrevistar?

—Yo creo que sí. Pregúntale.

Estamos en la colonia Condesa, en plena Ciudad de México, y la noticia cae como balde de agua fría. Una violencia atroz ha invadido la vida del señor Larios. Ahora cobran sentido varios detalles observados durante el último año. ¿Por qué no me habrá dicho nada? Seguramente fue el dolor. Avanzo unos pasos y decido abordarlo.

—Hola, señorita, ¿cómo está?

—Hola, Felipe. ¿Tiene mi periódico del fin de semana? —pido con cierto nerviosismo.

—Se me terminaron todos —explica al tiempo que entrega un diario a otro cliente.

Hablo sin pensar: —Me acaban de contar que mataron a su hijo Efrén hace un año. Lo siento muchísimo. No supe.

—Sí, caray —responde en voz muy baja. Su expresión cambia súbita, infinitamente. Tiene apenas cuarenta y siete años.

—¿Podemos hablar? Puedo publicar algo para hacer ruido.

Se lo pido en voz muy baja. No quiero que escuchen los otros clientes, pero, sobre todo, estoy segura de que se va a negar.

—Claro que sí. El periodista Humberto Musacchio, ya ve que es vecino, habló conmigo, pero no sirvió porque sólo fue él. El que mató a mi hijo anda suelto, publicando en Facebook que los que se metan con él van a morir igual que mi Efrén.

Habla cada vez más rápido, como en *off*. Observo su rostro delgadísimo; siempre fue gordito y gozaba enormemente de las comilonas que su exesposa hacía alrededor del puesto para hijos, vecinos y amigos del barrio. Observo también su cuerpo esbelto y, en especial, cómo entrecierra los ojos al buscar, casi automáticamente, una credencial en el bolsillo de su chamarra: es la última credencial del Instituto Federal Electoral (IFE) —ahora INE (Instituto Nacional Electoral)— tramitada por su hijo asesinado.

—Usted lo conocía. ¿Se acuerda?

Miro la foto: el rostro joven, los ojos oscuros, la boca bien delineada con buen encaje sobre la mandíbula casi triangular, la piel tersa y aceitunada. Claro que lo conocí. Me dice su papá que murió tres días antes de cumplir veinte años. Lo vi correr y patear pelotas en el futbolito de la esquina, hacer berrinches, reír y bromear con sus hermanos desde muy pequeñito. Vivo en esta calle hace más de veinte años. El puesto de Larios es el más interesante porque siempre hay gran variedad de revistas. En la foto, la carita de Efrén es la misma de siempre. *Forever young*. ¿Cómo que murió asesinado si, ya púber, era él quien me entregaba las publicaciones en 2006? Sus padres no lo verán nunca más. Y me entero de su muerte un año después, carajo. Habría publicado algo inmediatamente.

Mi atención se divide. O miro las expresiones de mi interlocutor o escucho sus palabras. Su párpado derecho se contrae y se expande con cierta rapidez. Sus labios se estrechan o se ensanchan y producen un sonido confuso. “Sólo tenía veinte años”. Cuánta tristeza. Felipe insiste en que necesita mucho apoyo porque en el Ministerio Público lo trataron mal:

—Parecía yo el delincuente, ¿usted cree? Me decían que dejara de molestar o algo me iba a pasar.

Permanezco callada. Intento sacar el celular de su estuche pero una súbita torpeza me lo impide. ¿Lo grabaré ahora? Mi estimado interlocutor. Cómo no le voy a tener cariño a Felipe si lo he visto a diario durante veinte años, si me ha fiado alguna vez, si ha conseguido las publicaciones pedidas, si he visto crecer a sus hijos a la vera de esta banqueta por donde siempre pasa gente, si lo he visto defenderse de los abusos de la Delegación, como cuando en 2007 quisieron quitarle su puesto de periódicos, su fuente de trabajo, porque se negaba a comprar un mueble más lujoso para realizar las ventas. Felipe está a punto de llorar.

Dios mío: ¿cuándo se jodió México?

Pero la muerte de Efrén, el hijo de Felipe, ¿se debe a la miseria?

Reconstrucción de los hechos

Varias semanas después vuelvo a hablar con Felipe de Jesús Larios.

—Aquí está el nombre del senador al que me envió a ver el periodista Humberto Musacchio —señala Felipe.

—¿Cuándo sucedió esto tan lamentable?

—Fue el 29 de septiembre para amanecer el 30. Se llamaba Efrén Larios Almonacil. Él estaba en la colonia Campestre Guadalupana, que está pegada a la colonia San Felipe de Jesús, por donde se ubica el mercado grandote de la Gustavo A. Madero. Esta colonia casi colinda con la Avenida Central. Son varias versiones las que andan por ahí. Mi hijo estaba en un carro con tres muchachos y dos muchachas. Sus nombres, no me sé los apellidos, eran Eric, Eduardo Olvera López, alias el Lalito, Vicente, Jocelyn y América. ¡Tengo fotos de todos ellos! Era sábado para amanecer domingo cuando habló mi nuera después de las 12 de la noche: "¡Balacearon a Efrén!". Me dijo que fuera rápido a la Cruz Roja de Nezahualcóyotl.

—¿Alcanzó a hablar con él?

—No, él ya no alcanzó a hablar. Me fui rápido y vi a mi hijo mayor afuera de la Cruz Roja, y me dijo que su mamá estaba adentro. Cuando yo entré, ella ya venía saliendo. Un doctor me pidió que entrara yo a reconocer el cuerpo. Lo reconocí, me salí y me empezaron a decir lo que había pasado. Una de mis concuñas me contó que ella lo había visto, que estaba tirado en la esquina de donde ella vive. Eso se me hace raro. Primero dijeron que los habían correteado y balaceado. Después, que se habían peleado y que el tal Eric se arrancó y una persona ubicada afuera del carro tiró un balazo y le tocó a mi hijo. Pasado el tiempo fui a recoger el cadáver, le di cristiana sepultura y ya con el paso de los días levanté el acta. Yo quería que se investigara y se hiciera justicia. El comandante Juan Granjeos no me trató bien. Cuando yo llegaba, el señor se ponía molesto, ofendido. Nunca nos trató como se debería tratar a un ciudadano que tiene un problema. Parecía que fuéramos los culpables. Yo llevé a un licenciado que le tuvo que decir que él era mi abogado, y entonces el comandante le bajó, pero incluso al licenciado lo quiso espantar. Y así continuamente pasaban cosas. En una ocasión me dijeron que habían agarrado a una de las muchachas, a Jocelyn, y que la tenían detenida en La Perla, allá en Neza. Cuando el licenciado y yo nos fuimos rápido en un taxi, de aquí de la Condesa hasta Neza, tardamos más de dos horas en llegar. Para ese entonces ya habían soltado a Jocelyn. El licenciado se molestó y preguntó por qué la habían dejado ir sin que él la interrogara. Nos dijeron que ella había llegado por su propia voluntad, pero anteriormente un agente, Carlos, aunque no recuerdo sus apellidos, había informado que ella iba en dirección a la escuela cuando la detuvieron y la bajaron de la combi. Pero ellos insistían en que Jocelyn había llegado por su propia voluntad a declarar y que por eso la habían dejado ir. Yo vivía casi en la desesperación por tener que ir al Ministerio, todo era dar vueltas y vueltas. El comandante me decía que cuando encontraran a las personas involucradas, yo tendría que hablar con ellas. Me dijo que mandara a mi hijo grande a que se pusiera cerca de las casas donde vivían los asesinos para que, cuando éstos salieran, él avisara a la policía para que fueran por ellos. Ni modo que les dijera: "Espérate porque vienen por ti".

En este momento la risa de Larios tiene un sonido ácido. Lo dejo continuar.

—Luego como que se aclararon las cosas. Aquí hay una persona que mató a mi hijo: El Pecas. Mi nuera vio en su Facebook unas amenazas: decían que lo mismo que le pasó a Efrén les iba a pasar a los que le debieran. El Pecas y su papá se dedican a vender celulares y otras cosas, todas de piratería. Mi hijo Pepe, de veinte años, sugirió que yo fuera a hablar con los judiciales para que detuvieran al Pecas, pero los judiciales siempre me dijeron que no pueden privar de su libertad a la gente. Las primas de Efrén y mi nuera saben dónde vive El Pecas, ahí en la Campestre Guadalupana. Siempre anda armado. Son las primas las que viven en la Campestre. Por su parte, Eric se dedica a vender con otros, por allá en la carretera, ese tipo de celulares de imitación. Hacen como que se les descompuso el coche: "Se nos paró el carro pero traemos un buen celular y te lo vendemos", dicen a quienes se bajan a ayudarlos. Y muchas veces la gente cae. Los celulares parece que los consiguen fácilmente, porque el papá del tal Pecas se los lleva por montones a su casa. Según ellos hasta compran lotes de teléfonos. Con los antecedentes que tienen es como para que la policía ya les hubiera puesto un hasta aquí, pero no hacen nada. La licenciada Adriana Ayala Rivera, agente del Ministerio Público, había dado la orden de presentación, lo que los agentes nunca hicieron. Yo les reclamaba: "¿Por qué si a mi hijo lo privaron de la vida, a ellos no los pueden presentar?". Era una presentación, no una aprehensión. Me dijeron que si teníamos a alguien que los señalara, entonces sí podían hacerlo. Todos saben quién fue; muchas personas me han dicho que fue El Pecas quien mató a Efrén. Pero la gente que vio todo lo que pasó tiene miedo y no quiere ir a declarar. Ahora yo me digo: en la esquina donde lo tiraron vive Eric de un lado, en otra casa vive Vicente y, enfrente, Lalito; América vive igual a un lado y Jocelyn como a dos cuadras de ahí. Todos son vecinos de las mismas calles y no han hecho nada hasta la fecha. No quieren. En una ocasión, una de mis concuñas llevó a los agentes a las casas de estas personas. Me acuerdo de que había varios carros de policía. Nos paramos en una explanada y desde ahí el comandante mandó a unos agentes con mi concuña y mi sobrina para que ellas señalaran los domicilios de cada persona. Eso fue todo lo que ellos hicieron, pues era yo quien tenía que ir a investigar. Incluso cuando fue Rocío Cosío, la secretaria del senador Luis Hernández, le dijeron lo mismo que a mí. Ella se molestó mucho y les preguntó por qué tenía que ir yo a investigar. El comandante dijo que porque eran muy pocos elementos los que tenían, y yo, de verdad, con el dolor tan grande que he tenido, me desanimé. ¿Qué tengo que hacer? ¿Al rato quién va a seguir? ¿Y cómo le digo a este tal Pecas, de veintidós o veintitrés años, que ya involucró también a Eric, a Vicente, a Lalito, a Jocelyn y a América, porque ese día andaban en el carro con Efrén? Dicen que llegó El Pecas y empezó a discutir con Efrén. Para mi ver, y como el balazo lo traía mi hijo en la parte de atrás de la cabeza y le salió casi por el ojo, El Pecas sacó la pistola y le dio por la espalda. Yo digo que Efrén se dio la vuelta y el otro disparó. Cuando le hicieron la autopsia no tenía la adrenalina alta, sólo traía las uñas raspadas. No sé si fue cuando lo subieron al carro para tirarlo en la esquina. Incluso dicen que El Pecas disparó al coche para fingir que los habían balaceado. Escondieron el carro y desaparecieron todos ellos por unos días, nada más. Luego volvieron a la colonia. El que no ha aparecido es Eric, al que le echaban toda la culpa. Yo sólo los conozco por las fotos que tomaron los primos de Efrén.

Las autoridades ponen pretextos, aceptan que los anónimos que nos han mandado con información del asesinato los destantean. Muchos son precisamente para eso. Incluso cuando yo llevé el primer anónimo, uno de los agentes me gritó muy molesto. Yo quería explotar, abalanzarme contra ellos. No sé si era lo que pretendían lograr.

El licenciado siempre me decía: "Felipe, no te salgas de tus casillas". Yo les decía, más que nada, que se pusieran en mi lugar. Un caso como el de mi hijo es nada para ellos. Yo veía que a mucha gente le hacían lo mismo. No nos atendían. Cuando esto lo platiqué con Humberto Musacchio, él me contestó: "Felipe, vamos a echarles un periodicazo porque algo anda mal".

***

El 30 de septiembre se cumplió un año del asesinato. La mamá de Efrén está destrozada. La relación de Felipe con ella terminó mucho tiempo antes de la muerte del hijo. De hecho, Larios tiene otros hijos pequeños con una mujer mucho más joven.

—Yo no lo puedo creer. Siento que estoy viviendo una pesadilla —dice Felipe—. Él muchas veces estaba aquí en el puesto de periódicos con nosotros. Siento que va a llegar a trabajar aquí conmigo y va a estar cuidando los carros, atendiendo a la gente como siempre. Ora cada quien sabe lo que tiene en su casa. Podría pensar que tal vez Efrén era flojo, pero vicioso no era, no lo fue jamás. Malo no era tampoco.

Fíjese que aquel sábado que le pasó eso a Efrén, él ya había empezado a visitar a sus tíos de la Campestre Guadalupana, la colonia donde vivíamos antes. Fue cuando entró a trabajar con este tal Pecas vendiendo teléfonos. Yo le decía: "Efrén, eso no está bien. Ustedes venden imitaciones, no algo que es real, es piratería como los discos". Incluso le pegué para que entendiera. Ese sábado me dijeron que por la mañana los detuvieron en la Delegación La Bola. Fue y lo sacó el papá del tal Pecas. Yo con todo eso me imagino que El Pecas le estaba cobrando y por eso lo mató cuando se pelearon. Tal vez Efrén le debía lo que el papá pagó en la mañana para dejarlo salir de los separos. Yo imagino al tal Pecas diciendo: "Le tienes que pagar a mi papá, Efrén". Y mi hijo: "No, pues yo no le debo nada", y ahí fue cuando el otro le dio por la espalda.

Los amigos de la Campestre Guadalupana

—Al Pecas y a su papá, por lo mismo que andaban en esos pasos, los corretearon y los balacearon, y los dejaron con algunas heridas —relata Felipe—. Dicen que el suegro del Pecas es o fue judicial de La Perla, entonces yo creo que, a lo mejor, este señor tuvo algo que ver, que se vendieron los policías, que les dieron dinero para que nos fabricaran los hechos a su modo. Siento que dijeron: "Háganlo caer en la desesperación, denle vueltas y vueltas". Siento que así fue. Y siempre que voy y hablo con ellos me dicen: "En cuanto encuentren a los involucrados le van a hablar".

En la Campestre Guadalupana mis hijos vivieron con su mamá unos diez años. Nunca tuvieron problemas cuando eran unos niños. Luego nos fuimos a vivir a Tulpetlac, en Ecatepec, porque yo ya estaba separado de su mamá. Pero Efrén iba continuamente a la Campestre. Ahí había nacido, ahí había hecho los amigos. A pesar de que nos fuimos a Tulpetlac, él frecuentaba a sus amigos de la Guadalupana. No hacía nada, no quería estudiar, era por lo que luego yo le pegaba: "Efrén, tú no trabajas, tú no estudias". Sí me llegaba a dar coraje, y pues le pegaba un trancazo. Llegaba aquí al puesto y se ponía a trabajar. Luego dejaba de venir, uno o dos días, y era cuando yo me molestaba.

El señor Óscar, el dueño de los tacos del Tizoncito de aquí enfrente, en Campeche y Tamaulipas, fue el que me puso al licenciado que trabaja con él. Me ayudó en todo, tiene un expediente donde guardó todo. Incluso tiene aquel anónimo que me mandaron. El señor Óscar tendrá unos cincuenta y seis años. Su mamá fue la primera dueña de los tacos; acaba de morir. Él estimaba mucho a Efrén. Me decía: "Felipe, lo que sea. Tú por dinero no pares. Necesites lo que necesites, tú avísame. Esto no se va a quedar así".

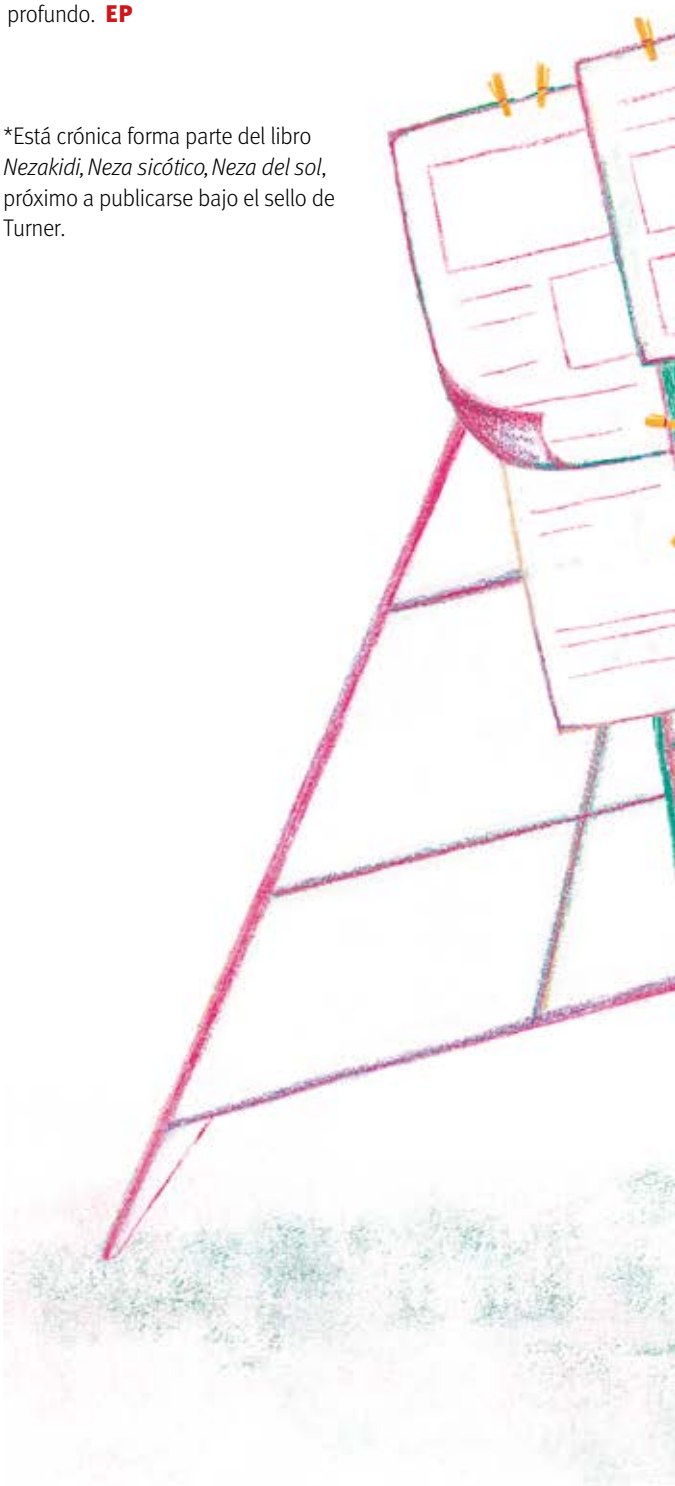
Pero volviendo al Pecas, como él daba trabajo a todos, les aventó la pelota. "Si hablan les va a pasar lo mismo", puso en su Facebook. Como no hay consecuencias, ha de decir: "¡Ahora el que sigue!" Pienso que, puesto que se atrevió a meterle el balazo por la espalda a mi hijo, no es la primera vez que mata. Creo que las autoridades lo están tapando porque su suegro es un judicial. Eso me hace pensar todo esto. De mis hijos sólo está en casa Pepe. El Efrén todavía no se casaba.

Cuando platico con mi nuera me pregunta qué he arreglado. A raíz del susto, de la impresión, me dio diabetes. Estoy viendo al médico. Mi hijo mayor se vio muy afectado. Hasta la fecha ve al psiquiatra. Al principio era puro llorar y llorar. Tenía miedo y no quería ni salir de su casa. Al ver todo eso, también yo me deprimía.

—Ha sido un año muy duro.

—Bastante —termina Felipe su relato con un suspiro profundo. **EP**

*Está crónica forma parte del libro *Nezakidi, Neza sicótico, Neza del sol*, próximo a publicarse bajo el sello de Turner.



Magali Tercero es periodista especializada en crónica y periodismo narrativo. Es autora, entre otros libros, de *Cuando llegaron los bárbaros… Vida cotidiana y narcotráfico* y *Cien freeways: DF y alrededores*. Ha recibido premios como el Nacional de Periodismo Gonzo (Producciones El Salario del Miedo-UANL, 2019) y el Premio a la Excelencia Periodística en Crónica (SIP, 2007).

UNA PREMONICIÓN CON ACENTO CHILENO EN CUBA

César Martínez Valenzuela

Todo comenzó en Cuba casi un mes antes del estallido social en Chile. Francisco entró al balcón del hostal cuando yo ya tenía decidido irme a mi cuarto a vomitar y desfallecer: haber intentado fumarme de un sentón el primer puro de la caja que un mulato me vendió en la calle fue pésima idea. Mi estómago giraba sin cesar mientras mis ojos miraban a los cubanos, allá abajo, compartiendo el ron y perreando al ritmo del reguetón durante una calurosa noche dominical en el Boulevard de San Rafael, corazón de La Habana Vieja.

—Buenas. ¿Cómo *estai*?

Él era chileno. Ese modo de colocar una *i* al final de cada verbo conjugado en presente no dejaba lugar a dudas: *comprai*, *encontrai*, *carreteai*, *pololeai*. Más chileno que la piscola, me dije. Así que, pese a mi malestar físico, cambié mi decisión y me quedé un rato más en el balcón. La charla quizás ayudaría a superar el mareo provocado por un tabaco no apto para principiantes.

—Eres chileno, ¿cierto? Hace mucho estuve de intercambio en una universidad *cuica* de Viña del Mar. Me costó hacer amigos chilenos, pero al final, hasta el modo de hablar se me pegó, *po*.

—*Sipo*, jajaja.

Ambos habíamos dado con ese céntrico alojamiento gracias a la temporada baja. "Lo bueno, chico, va *maomeno* de diciembre a julio", había mencionado el cubano de la recepción al tiempo que me pasaba una cerveza fría a cambio de dos CUC (pesos cubanos convertibles). "Lo malo, chico, es que allá abajo *tó* el mundo va a querer sacarte la plata".

—Llevo acá desde el miércoles y, *pucha la weá*, que es molesto cruzarse con tanto *weón chanta* —dijo el chileno.

Francisco resultó ser un loco por el futbol sudamericano. En su teléfono me mostró sus fotos en el Estadio Maracaná de Río de Janeiro, en el Morumbí de São Paulo y en el Nacional de Santiago de Chile. Hubo una imagen que me gustó más: era del pequeño estadio del Club Atlético Huracán en el barrio bonaerense de Parque Patricios. Tenía una fachada sencilla cuya arquitectura parecía de obsoleto estadio inglés.

—Fui con mi primo. Cancha linda, pero para entrar al partido debimos hacernos socios de Huracán; así funciona la cuestión. Éste es mi carné —dijo mostrándome una tarjeta.

A diferencia de los equipos de futbol de México, en su mayoría propiedad de grandes empresas, los argentinos son clubes sociales donde el carné de miembro, más allá de boletos, da voz y voto. Mientras que en el futbol mexicano se establece una relación más comercial que deportiva, lo complejo del argentino es que fomenta una cultura política. Por eso sus estadios, patrimonio popular, propiedad de nadie y propiedad de todos, son reliquias de otra era.

—¿Sabes?, creo que fui el único mexicano que no se ardió el día del Chile 7-0 México. Vi jugar a Alexis y a Vidal cuando todavía eran chicos y siempre supe que iban a romperla.

Aunque el Tri contó con jugadores mediáticos como Guillermo Ochoa o Javier "Chicharito" Hernández, La Roja (así le dicen a la selección chilena) le pasó por encima con el veloz gambetero Alexis Sánchez y con el incansable mediocampista Arturo Vidal. Tras la derrota, la prensa mexicana exigió la picota para el entrenador sin mirar lo obvio: que si bien en México el futbolista se hace profesional a través de una red de representantes y moches, en Sudamérica debuta profesionalmente apremiado por la pobreza: el hambre de pan y la sed de triunfo.

—Mira, Francisco, Chicharito es bueno, pero es privilegiado al haber nacido en una familia de futbolistas. ¿Cuántos chicos en México no se quedan en el camino por no tener el dinero o los enchufes? Mira a Alexis, que viene de un pueblo a medio desierto casi en la frontera con Perú.

El balón ayudó a Alexis y a Vidal a salir de la periferia de la sociedad chilena. El primero nació y creció en Tocopilla, comunidad de mineros de cobre; y el segundo, en San Joaquín, comuna santiaguina donde el golpe de Estado dejó una estela de tortura y muerte.

Apurando los últimos tragos de cerveza le dije a Francisco que aquel México vs. Chile fue un partido entre clases sociales: entre los "chavos bien" de un colegio privado y los "chavos banda" de un barrio sin alumbrado público.

Así como Alexis regatea sobre el césped para un lado y sale hacia el otro, nuestra conversación giró 180° cuando, al día siguiente, fuimos andando hasta la Plaza de la Revolución. El chileno resultó ser un conocedor de su país y del balón, y ahora estaba en su lado de la cancha.

—Francisco, en México estamos enfrentados en torno al gobierno de la 4T, y me sorprende cómo ustedes en Chile nunca tienen broncas con la alternancia: un día está Bachelet, al siguiente está Piñera; un día vuelve Bachelet, al siguiente vuelve Piñera.

—*Nopo* —sonrió él, compadeciéndose de mi inocencia—. Chile parece estable hoy día porque hay una Constitución ilegítima desde su origen, que es la de 1980. Esa *weá* la redactaron cuatro *weones* entre cuatro paredes y le metieron varios candados: primero, el sistema electoral sobrerrepresenta al *statu quo*; segundo, se necesitan supermayorías para hacer reformas importantes, y tercero, cuando la derecha pierde en el Congreso aún puede recurrir al Tribunal Constitucional por encima de la Corte Suprema. Igual, cuando *tengai* tiempo, *googléalo* nomás. El ideólogo de la Constitución se llamaba Jaime Guzmán y fue un tipo muy *seco* porque aprendió de la dictadura de Francisco Franco en España haciendo leyes de hierro. Llegó a decir algo así como que "la Constitución debe ser nuestro sostén para que, incluso no siendo gobierno, la estructura quede intacta". En Chile no hubo una dictadura militar, ni los *milicos* ni los *pacos* redactaron la ley, sino que más bien hubo una dictadura cívico-militar —concluyó Francisco.

Siguiendo nuestro andar, de la Constitución guzmanista-pinochetista pasamos a temas que yo no habría de recordar sino hasta que, de vuelta en la Ciudad de México, ese Chile de mis años mozos desapareció para siempre cuando, el viernes 25 de octubre de 2019, más de un millón de manifestantes —Francisco entre ellos, lo supe después— salió a las calles para decir "basta": Chile despertó.

Pero esa tarde, yendo camino del memorial a José Martí, frente a las siluetas gigantes de Camilo Cienfuegos y el Che, frené el paso.

—Aguántame, deja saco una foto de esa placa —dije—. ¿Qué es lo que dice?

"Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica".

Sin saberlo, caminábamos por la Avenida Salvador Allende. **EP**

César Martínez Valenzuela es un periodista independiente con experiencia escribiendo sobre futbol. Es maestro en Relaciones Internacionales por la Universidad de Bristol y en Literatura Estadounidense por la Universidad de Exeter. Ha publicado en *Mexican Law Review* y en *Asian Journal of Latin American Studies*.
@cesar19_87

#CrisisCompartida

es un esfuerzo colectivo para formar un plan de contingencia entre varios proyectos del sector cultural y creativo para afrontar la crisis derivada de la pandemia de COVID-19. Este sector, al igual que muchísimos otros, se encuentra en una situación de tremenda precariedad. Por esa razón, nos resulta indispensable la búsqueda de estrategias, por mínimas que sean, de cooperación y apoyo mutuo.

Los proyectos que se suman a esta plataforma tienen una característica en común: están dirigidos a audiencias más pequeñas, con contenidos diversos y lejos de las dinámicas de los grandes capitales. Es decir, buscan poner sobre la mesa una cultura más cercana a lo común, lejos de las tendencias globales de producción cultural.

El objetivo de #CrisisCompartida es crear una red solidaria de información acerca de las medidas que cada proyecto está trabajando para hacer frente al escenario complejo de los últimos días. En la página web, encontrarás un directorio que está linkeado a las páginas de cada proyecto, donde estarán compartiendo tiendas en línea, cursos virtuales y diversas estrategias de sobrevivencia.

WWW.CRISISCOMPARTIDA.COM

CRISIS COMPARTIDA

NIMLA
CAFEZLERÍA
RICOS JUGOS
CAN CAN PRESS
EL QUINQUÉ
GALLO ROSA
ELEMENTUM
TEA RECS
IMPRONTA
PERDIDO
HTF
PARAISO
ESTE PAIS
CASA LUNAR
EMPATHY
BELA RECORDS
HAGO LIBROS
TABAQUERÍA LIBROS
GIRALUNA
TRASPATIO
COLUMPIO
LA RIFA CHOCOLATERA
PINCHE CHICA CHIC
YOURSKETCHFUCK
GATO GORDO
TERREMOTO
TRANS-SEASONAL
LA TEMPESTAD
CASA TOMADA
ENCUADRE
ELEGANTE VAGANCIA
CASA SALT
BUENA VIBRA
CIUDAD LITERARIA
RADIO NOPAL

HACÍA UN CALORÓN EN TLAPEHUALA

Ilán Lieberman

Por ahí de 2002, cuando se hicieron accesibles las cámaras digitales compactas, compré una y comencé a llevarla a todas partes para registrar mis hallazgos callejeros. Este nuevo hábito me hizo poner más atención y agregó a mi andar el gusto no sólo de encontrar, sino de documentar y compartir. Éstos son algunos ejemplos de lo que ha capturado mi asombro en el deambular cotidiano:

Hacía un calorón en Tlapehuala, Guerrero, aunque nos dijeron que ya había pasado el calor fuerte de Tierra Caliente. Ese día estuvimos grabando sones y gustos calentanos, interpretados por músicos de varias generaciones y comunidades de la región, quienes se habían reunido en una casa aledaña, prestada por la familia Salmerón para ese fin. Era un sábado, día de mercado, y había muchos coches estacionados en la calle. Uno de ellos, de modelo antiguo, tenía un singular parabrisas —un poema—.

Una tarde lluviosa viajábamos por Tabasco de regreso de visitar Palenque en familia, y se nos ocurrió ir a Paraíso, donde mi suegro nos había recomendado comer. En el camino, mientras buscábamos el sitio arqueológico de Comalcalco, vi un letrero anunciando “Privada La Ilusión”.

Fui a la ciudad de Puebla a montar mi exposición “Soy de San Miguel del Progreso” en el Museo Amparo. Pasé varios días en el centro, paseando en mi tiempo libre por sus calles. Una mañana, al salir de la impresionante y áurea Capilla del Rosario, me crucé con un prodigioso encuentro entre naturaleza y urbe en una calle peatonal.

Invitaron a mi hija menor al cumpleaños de una amiga suya de la escuela. Mientras estacionaba el coche en la calle de Pachuca me fijé en un poste y, para mi sorpresa, no tenía sólo un letrero con el nombre de la vía, sino tres.

En Tepoztlán, Morelos, sobre una de las calles que suben al Barrio de Los Reyes se encuentra la oficina de Bienes Comunales, adonde fui a realizar un trámite a solicitud de mi cuñada. Mientras esperaba a que llegara el tesorero vi una hermosa coincidencia entre la forma de la tubería y un detalle de la arquitectura vernácula. **EP**

Ilán Lieberman es un artista multifacético cuyo trabajo se ha exhibido en destacados museos y galerías. Con su obra *Niño perdido* (2005-2009) ganó reconocimiento internacional. Próximamente se publicará su manual *Las posibilidades del dibujo a través del chamanismo*. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte y docente de la ENPEG “La Esmeralda”.

www.ilanlieberman.com
ilanlieberman

El vidrio estrellado de un coche con rayos extendiéndose como el sol a partir de una moneda, Tlapehuala, Guerrero, 2018.

Un letrero oxidado en Comalcalco, Tabasco, 2016.

Un poste con tres letreros anunciando la misma calle en la colonia San Jerónimo Aculco, Magdalena Contreras, Ciudad de México, 2017.

Un árbol que sometió a una banca típica de herrería en el centro de la ciudad de Puebla, 2016.

Una toma de agua haciendo juegos geométricos con la fachada de su casa en el Barrio de Los Reyes, Tepoztlán, Morelos, 2019.

Yonke, 2017, 46 x 38 cm
*Todas las piezas son linograbados.

ACERCAMIENTOS AL TRABAJO DE GRABADO *en linóleo*

Luis Verdejo

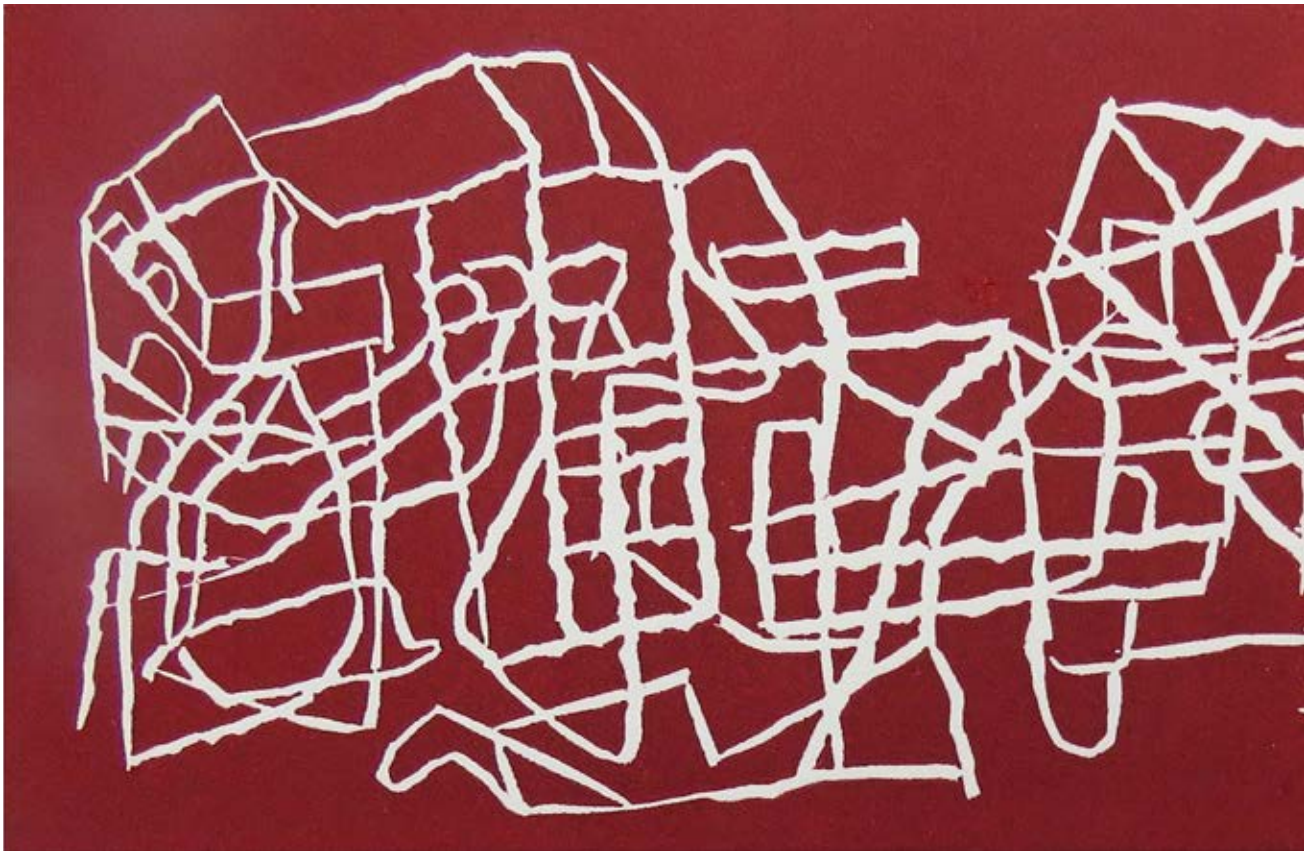
Para Maria João Worm y Diniz Conefrey, pues sin ellos quizá nunca habría comenzado a hacer grabado en linóleo.

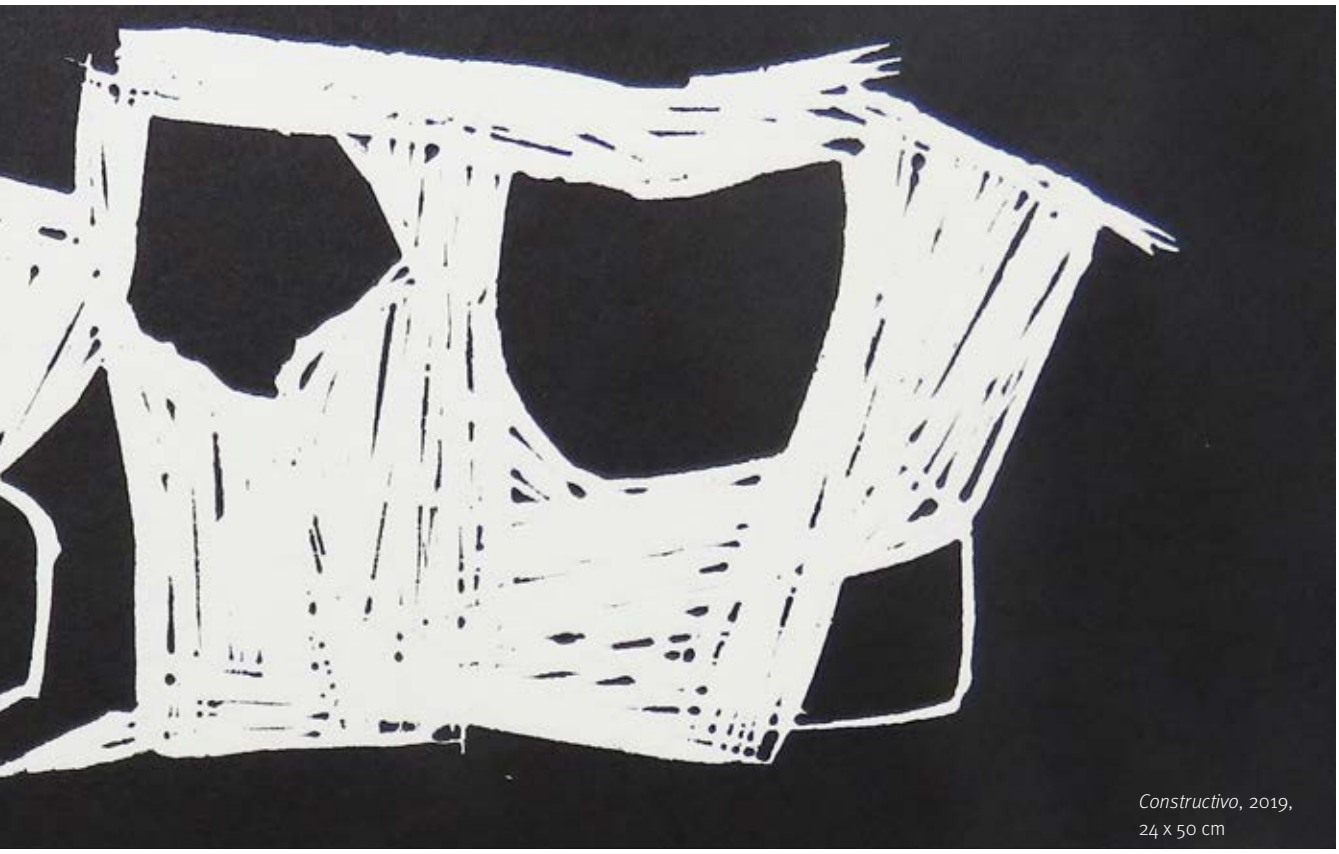
1. El grabar en linóleo es sustraer: una vez que quitas (haces una línea), no puedes borrar, es decir, no puedes regresar al estado original del linóleo. De tal suerte que hacer una línea en este material tiene que ver exactamente con un paso que se da en la vida y que se vuelve irremediable: aunque regreses al punto original del que partiste, ha quedado ya una huella del trayecto anterior. La vida, el grabado y el barro tienen memoria, dice el poeta y pintor Hugo Padeletti sobre el dibujo a tinta china.

2. La gubia se puede *manejar* de distintas maneras y, a veces, *no se deja, se resiste*. Dependiendo de la inclinación que se le dé, puede abrir un surco grande o uno más pequeño; dependiendo de la rapidez de los movimientos de la mano y la muñeca puede dar una línea estriada, continua, gruesa y delgada, o de pronto interrumpida, como una sierra, un serrucho o un zigzag, una línea voluta que deja fragmentos o rastros de huellas, puntos diseminados que se esfuman... (Paul Klee tiene un verdadero catálogo de nombres de líneas, entre ellos la "serrucho" y la "zigzag".)

3. ¿Qué se busca realizar en un grabado en linóleo? Sugiero posibles respuestas. Primero: hacer que el plano *viva* y *vibre*, como también quería Padeletti. ¿Cómo se logra *eso*? De muchas maneras y, en ocasiones, con menos consciencia. Una de ellas es creando *tensión* (asimetría, equilibrio a punto del desequilibrio, fuerza/sutileza/sugerencia) en el dibujo (como relación de líneas que crean formas o figuras sintéticas bidimensionales, objetivas o no objetivas) que se hace en un instante irrepetible en donde la concentración, la sensibilidad, el manejo y la creación de espacio se concretan. Por ejemplo: ¿dónde y por qué llega una forma a estar en cierto lugar y no en otro? Decía Matisse que una mancha de color no es nada hasta que se pone en una tela otra mancha de color. De igual modo, una línea o forma no es nada si no está en relación con otra. O incluso un vacío en un grabado no es nada si no está en relación con otro vacío o con otra forma.
Algo importante sobre lo anterior: hago, por rachas, grabado en linóleo, y no constantemente ni como un empleado que trabaja en ciertos horarios. Así como querían Brancusi, Gola y Padeletti, entre otros, se necesita entrar en un *estado* para ponerse a trabajar. Cuando se ha entrado en ese estado, parece que todo se hace por sí *solo*.
Por otra parte, ¿qué se *dice* en un grabado en linóleo? Se dicen muchas cosas *visualmente*; pero en realidad no es que se digan, sino que más bien se hacen. Entre los linograbados que he realizado en los últimos años están el paisaje desértico del Valle de Guadalupe, en Baja California; la arquitectura de Tizapán: las casas, puertas, ventanas y sillas que he visto; el cansancio de las personas que se observa cotidianamente; la verdulería enfrente de mi casa y el verdulero cortando pacientemente las verduras; los alumnos de primaria y secundaria que pasan gritando bajo mi ventana; la música de Tom Zé y las cumbias que escuchan mis vecinos; las imágenes de las revueltas en Chile, las pintas y grafitis en México... Todo eso es lo que hago —o más o menos—, pero como sugerencia, como ritmo, no como literatura, ya que no construyo anécdotas. **EP**

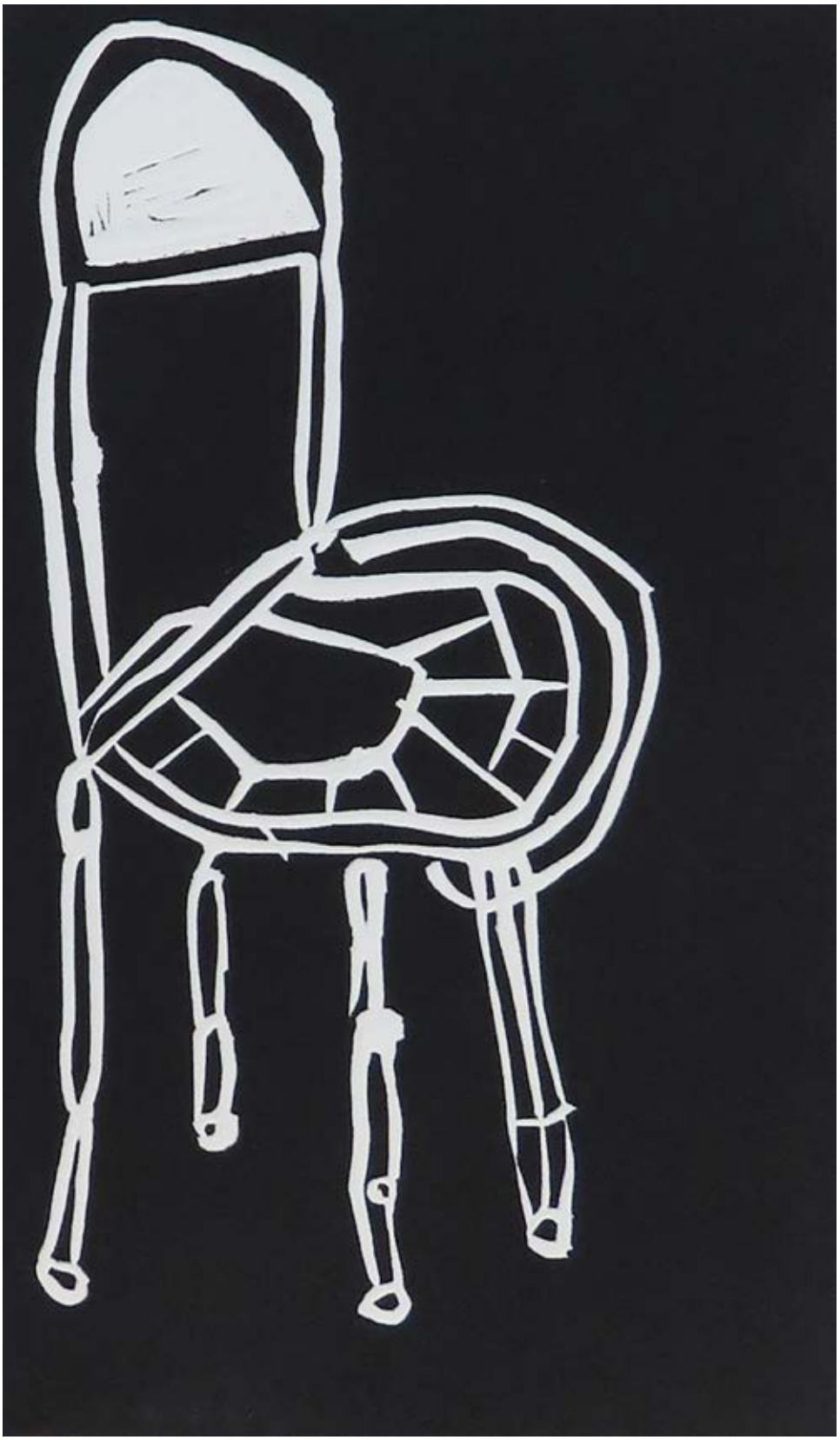
Luis Verdejo es un artista cuya obra se ha presentado en exposiciones individuales y colectivas en México y en el extranjero, así como en bienales de pintura y escultura. Ha hecho ilustraciones para *Textofilia*, *El pez náufrago* y *Letra en Ruta*, entre otros. Es autor de libros como *Poemas de la musa negra* (2016) y *El rumor de lo real. Conversaciones con Hugo Gola* (2018). Actualmente trabaja en el Taller Tizapán de Javier del Cueto.
luisverdejo.carbonmade.com





Constructivo, 2019,
24 x 50 cm

Paisaje chileno, 2019,
24 x 50 cm



Silla 2, 2016, 40 x 30 cm

Caminantes insolados, 2017, 26 x 29 cm

La Rumorosa, 2019, 26 x 29 cm

Acumulación de rocas intrusivas en Tecate, Baja California, 2017, 26 x 29 cm

En el desierto de Baja California 1, 2017, 26 x 29 cm

CON LA U DE LA UNDERWOOD... / MARIO BELLATIN

Ataúdes adaptados

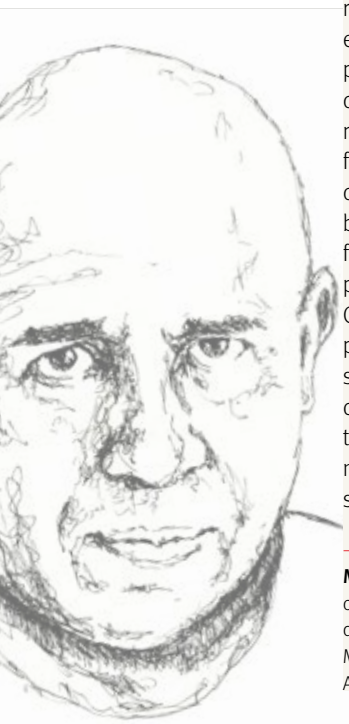
Ciudad de México, 30 de abril 2017

Parece ser cierto. Una verdad irrefutable que nadie está dispuesto a oír Palabra Sagrada alguna. Ni siquiera recordar hechos recientes. A las guerras, los genocidios, asesinatos, desapariciones forzadas, carteles colocados en los muros de cualquier ciudad. Pestes. Debacles. Fenómenos naturales. Matanzas durante la celebración de fiestas patronales. En aquella ocasión, como advertí, como escuché mientras trataba de revivir con té al perico macareño, mañana en la que me informaban que los hijos de los festejantes habían sido también inmolados junto a sus padres. Yo no deseaba que el escritor con el que me había citado notara que, mientras escuchaba los horrores de la tarde anterior, estaba tratando por todos los medios de darle algo de vida al perico macareño debajo de la mesa. Parecía responder al tratamiento del té. Ya daba señales de vida. No era el mismo pájaro inerte que había hallado esa mañana. Kawabata había tenido razón cuando uno de sus personajes daba la receta de lo que debía hacerse para salvar a los pájaros moribundos. Lástima que la cura sólo tuvo dos días más de duración. Si bien es cierto que el perico macareño regresó ese día al cuarto casi repuesto del todo, el clima adverso de la ciudad proseguía y acabó matándolo dos días después. Sobrevivió cerca de cuarenta y ocho horas a las víctimas de la matanza que tenía tan alterado al venerable escritor que me había dado cita esa mañana. Un encuentro que había sido pactado antes de que se supiera de matanza alguna. Estaba seguro de que el escritor hubiera preferido no encontrarse conmigo esa mañana, pero se trataba de una época en la que las formas de comunicación rápida eran inexistentes —recuerdo los orígenes de los años noventa—. No contábamos siquiera, ninguno de los dos, con un teléfono fijo donde recibir recado alguno. La reunión había sido pactada algunas semanas antes de manera presencial. Creo que fue poco después de las exequias de su esposa masacrada por los ataques aéreos a los que fue sometida la isla donde se encontraban los acusados de subversión. Los subversivos que jamás se arrepintieron, quienes mientras eran bombardeados, exterminados, como si de una peste se tratara, los apestados sociales con los que nos cruzamos de manera cotidiana, pero esa vez recluidos en una isla de confinamiento, continuaban gritando que habían tenido razón al cometer sus crímenes. Un delito que iba a ser capaz de saldar los cientos de delitos cometidos en la Historia. Seguían justificando el asesinato de decenas, centenas, miles de campesinos que tuvieron que pagar con la masacre de sus cuerpos la inamovible consigna que los llevaba a actuar con la conocida estrategia del campo a la ciudad. La única víctima tangible, el único muerto que hube de enterrar por mis propios medios, el único apestado, tanto por el horrendo clima como por estar infestado de incontables piojos propios de las aves, fue el perico macareño. Ave que nunca debió haber sido retirada, hurtada, desaparecida, asesinada, muerta, torturada en vida y muerte, de la selva ecuatorial de donde era originaria.

23 de junio 2029

"Salga de inmediato de esta oficina, del gabinete del doctor, de este gran investigador, sabio, que tiene tanto trabajo como para perder el tiempo en un inmigrante que no es víctima del mal". Fueron las palabras de la asistente del científico Olaf Zumfelde, de la Universidad de Münster. "Si supiera la cantidad de desvergonzados, de personas que han perdido algún miembro del cuerpo por un accidente cualquiera que pretenden hacerse pasar por víctimas del mal en busca de una retribución económica", prosiguió. "Es lo único que parece importarles. No el aspecto deformado que presentan. Esos cuerpos encorvados, inflados como los de un pingüino. Mostrando unas aletitas en lugar de brazos. O desplazándose como enanos de la corte con una suerte de muñones que los sostienen sobre las rodillas. Únicamente les interesa el dinero". Bueno, les interesaba, pues Olaf Zumfelde fue el primero en descubrir algo que la opinión pública desconoce hasta el día de hoy. Que el mal no únicamente produjo esa clase de niños monstruo cuyas fotografías en su momento dieron la vuelta al mundo, sino que, como en otros síndromes, el mongolismo, por ejemplo, la expectativa de vida fue muy corta. A lo máximo la mayoría alcanzó los veinte años de edad. Por eso aquellos con derecho a una indemnización, como se sentenció públicamente en los años sesenta, en el juicio que se entabló contra los laboratorios Grünewald, debían estar ya casi todos muertos. Enterrados en los ataúdes adaptados seguramente de manera especial para cada una de las malformaciones presentadas. **EP**

Textos transcritos de una Underwood portátil de 1915.



Mario Bellatin estudió Teología y Cine. Tiene más de cuarenta libros publicados que han sido traducidos a quince idiomas. Ha obtenido los premios Xavier Villaurrutia, Mazatlán, Barbara Gittings Literature Award, Antonin Artaud, José María Arguedas y José Donoso.

SINAPSIS / DANIELA TARAZONA

Superhéroes

Cuando era niña tenía mucho miedo a Darth Vader y recuerdo que, en mis padecimientos catarrales, una vez lo aluciné. Es decir: mientras mi cuerpo tenía una temperatura anormal, yo pensaba en la amenaza de Darth Vader e incluso llegaba a verlo entre sueños. Creo que el miedo que me producía su imagen tenía que ver con el pavor de no saber quién estaba detrás de esa armadura negra. Además, me inquietaba su respiración, las inhalaciones ruidosas, las exhalaciones de alguien que lleva puesta una máscara horrible. Darth Vader era para mí el mal oculto bajo la máscara. Él representaba la propia enfermedad.

Algunos de nosotros hemos podido resguardarnos durante dos meses en nuestras casas, a la espera de la curva que crece, del tsunami invisible de una enfermedad sin vacuna. Nuestro reino es la segunda vida en las pantallas, nuestra real Second Life que resulta el hospital virtual —con distintas habitaciones prístinas y decoradas al gusto— de los que conservamos la salud. Enloquecidos por cumplir con quién sabe qué o quién, hemos dado lugar a que las pantallas nos representen también en casos de emergencia, aunque guardemos la compostura ante ellas. La aparición de nuestra imagen a cuadro es la simulación de nuestro estado antiviral, aunque el mundo parezca infectado.

Entre las múltiples imágenes que recorren las redes, hoy vi un hombre vestido de Batman dando pasos por una calle solitaria, con un paquete de papel de baño en la mano. Los vecinos le aplaudían desde los balcones. Ahora no sé qué es más sorprendente: pensar que la maldad de Darth Vader puede dar fiebre o creer que la solución ante una amenaza puede asumirse con un disfraz de superhéroe que lleva papel higiénico a su casa.

La representación de nosotros mismos es la que, en verdad, se encuentra en las calles. Si alguien quiere ver la realidad, es preciso salir de casa a buscarla. Los ojos que dejan ver los tapabocas enseñan que el mundo se ha convertido en un sitio difícil de habitar. Sin embargo, el verdadero antiséptico, el gel antibacterial, escurre sobre nuestras pantallas para convertirnos en una persona que no somos. No es novedad, aunque ahora es más evidente. Millones de reuniones de toda índole tienen lugar a través de plataformas virtuales, pero, que nunca se olvide: nadie está reunido, en realidad.

Cuando pasó el tiempo, por fortuna, dejé de delirar con la imagen de Darth Vader y atravesé otros umbrales con menos miedo. No obstante, ahora me trastorna la fragilidad del orden mundial, la volatilidad de lo que parecía contar con alguna solidez. Nada es lo que era antes de la pandemia.

Los médicos son los verdaderos superhéroes de esta historia contemporánea. A diferencia de los personajes de ficción en películas, los médicos llevan una bata blanca, un tapabocas especial y guantes de altísima resistencia. Sólo después de eso y de lavarse con fruición las manos —como hemos estado haciendo todos en estos meses— hunden el bisturí en la carne. Los médicos están disfrazados de nosotros mismos o nosotros estamos vestidos como ellos ahora. Iremos de blanco, para representar la higiene, hacia un destino imposible de adivinar. Y yo me pregunto, con toda seriedad y perdiendo la cabeza: ¿cuál será el médico que aprovecha esta cirugía de las almas en el planeta? Me lo imagino con la estampa de un Lex Luthor que promueve y escupe a los cuatro vientos que la distancia social nos va a salvar, como si, en efecto, no fuéramos a morir cada uno de nosotros tarde o temprano.

No somos una fuerza de contagio. El presidente tampoco. Pero ¿cuál será el panorama posconfinamiento y preapocalíptico dejado por la pandemia? Sólo lo sabremos —dicen los que conocen de medicina— hasta mediados del verano o incluso después, cuando, gracias a Superman, que tiene la facultad de regresar el tiempo, hayamos sobrevivido o muerto. **EP**

Daniela Tarazona es autora de las novelas *El animal sobre la piedra* (Almadía, 2008; Entropía, 2011) y *El beso de la liebre* (Alfaguara, 2012). @dtarazonav

Retratos de los columnistas: Annemarie Bas

A PUNTO DE NO SER, PERO FUE / ERNESTO ANAYA OTTONE

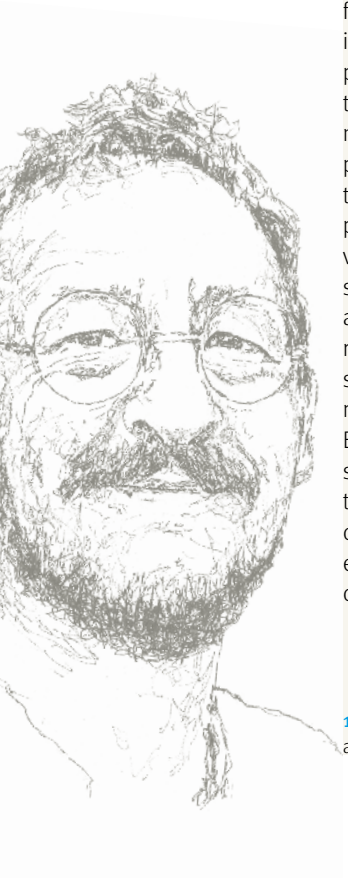
La humanidad y *El Decamerón*

1

A mediados del siglo XIV, Génova tenía un potente enclave comercial en el mar Negro. Era el puerto de Caffa (actual Feodosia) en la península de Crimea: uno de los territorios más antiguos de Europa (dos mil quinientos años). Dominarlo no fue fácil, hubo que mantener a raya a mongoles, tártaros y, en particular, a Venecia, su eterna rival. Desde Caffa, los genoveses comerciaban con Rusia, aprovechando los ríos Volga y Don, y con el lejano Oriente por medio de un hormiguero de caravanas que iban y venían sin cesar. El mundo ya se globalizaba, y no dejaría de hacerlo nunca más.

Caffa era el mayor mercado de esclavos de la época, lo que hacía más antipáticos a los altivos genoveses. En 1346 fueron asediados por los tártaros. En pleno sitio, la peste negra despuntó entre las filas tártaras que, sin misericordia alguna, catapultaron a sus muertos dentro de la ciudad.[1] Meses más tarde, en el nordeste de Sicilia, en el puerto de Mesina, unos pocos barcos genoveses arribaron a duras penas cargados con los sobrevivientes y con la peste.

En Mesina se impuso la cuarentena, pero si no funciona bien una cuarentena en pleno siglo XXI, imaginemos en la Edad Media. La peste se propagó. Venía a lomo de rata, en las pulgas, que también se escondían en las telas. Carniceros, molineros, panaderos, fueron los primeros afectados porque sus lugares de trabajo eran el foco alimenticio de las ratas. Luego los comerciantes de telas porque eran el foco alimenticio de las pulgas que venían en las ratas: muertas las ratas, las pulgas se encaramaban en los humanos. En ese momento al rey de Hungría se le ocurrió declarar la guerra a Nápoles, desplazó su ejército por toda Italia, se apestó y tuvo que regresar a Budapest. Se terminaron contagiando su esposa y después toda Europa. Además de la reina húngara, murieron las soberanas de Navarra, Luxemburgo y Lancaster, también el rey de Castilla, Alfonso XI, mientras asediaba Gibraltar. Las cifras resultan espeluznantes: en cuatro años pereció la mitad de Europa, más de cuarenta millones de muertos; en Asia, sesenta millones; en África, veinticinco millones. La humanidad estuvo a punto de no ser, pero fue.



1. Los catapultados de Caffa se consideran la primera arma biológica de la historia.

2

Las bacterias son los organismos más abundantes del planeta, imprescindibles para el reciclaje de la materia orgánica; sin ellas desaparecería la vida en la Tierra. Las hay buenas y malas, y muy malas. La *Yersinia pestis*, madre de la peste bubónica, es de las peores. El nombre se debe al médico y bacteriólogo francosuizo Alexandre Yersin (1863-1943) que, en 1894, fue enviado por el gobierno francés a la colonia británica de Hong Kong junto al científico japonés Kitasato Shibasaburō para enfrentar una epidemia que había causado 80% de mortalidad en los afectados. Al examinar los cuerpos, los médicos advirtieron la presencia del típico bubón oscuro propio de la peste negra, también conocida como peste bubónica. Entonces Yersin recordó los cuadros de San Roque en las iglesias de París. San Roque fue un peregrino francés del siglo XIV que durante años recorrió Europa asistiendo a los contagiados de peste negra.[2] Las pinturas que se hicieron de él resultan grotescas: el santo siempre muestra una pierna desnuda con el espantoso bubón. Yersin lo reconoció y, tras una impresionante investigación, dio finalmente con la *Yersinia pestis*, con las pulgas que la inoculaban y con las ratas que la transportaban. Lo descubrió todo, cinco siglos después de que casi nos matara.

La peste negra, o bubónica, directamente responsable de más muertes humanas que cualquier otra enfermedad infecciosa —a excepción de la malaria, que se cuece aparte—,[3] duró de 1346 a 1894. Rebrotó varias veces, con episodios alarmantes: en 1582 exterminó a la mitad de Tenerife: 9 mil personas. En 1629 diezmó Italia: 280 mil muertos. En 1649 atacó a Sevilla: 60 mil decesos. En 1665 a Inglaterra: 100 mil fallecimientos. En 1679 apareció en Viena: murieron 76 mil. En 1720, en Marsella: 40 mil personas. En 1738 recorrió todo el este europeo: 50 mil muertes. En 1770 pasó por Rusia: 100 mil decesos. El origen de todo, China, otra vez.

2. No se sabe que en vida haya curado a nadie, el milagro realmente fue que Roque muriera de muerte natural.
3. Según datos de la Organización Mundial de la Salud, hasta 2008 morían cada año entre 700 mil y más de 2 millones de personas por causa de la malaria (75% son niños en zonas endémicas de África).

3

Desde el Paleolítico hasta la Edad del Hierro, desde la Antigüedad hasta la Edad Media, desde la Edad Moderna hasta la contemporánea, la humanidad ha estado a punto de no ser varias veces: glaciaciones, depredaciones, hambrunas, cataclismos y enfermedades al por mayor nos han tenido pendiendo de un hilo. Hemos resistido milenios en las peores condiciones. Pensemos que el jabón, tal como lo conocemos y usamos, recién apareció en el siglo XIX, y la penicilina en el XX. Sin embargo, pululamos. De los mil millones que éramos en 1800 pasamos a ser alrededor de 7 mil 600 millones en 2020.

Podemos sobrevivir cualquier cosa menos a nosotros mismos: la cantidad de muertos por culpa de las guerras a lo largo de la historia de la humanidad hace palidecer a las pandemias. Basta con sumar la expansión de los mongoles, las guerras napoleónicas y la Segunda Guerra Mundial para llegar a una cifra cercana a los 160 millones de cadáveres. Miles de años, miles de guerras. Y seguimos.

Hay dos cosas que puede que no sobrevivamos: el desastre ambiental que estamos provocando y la tecnología. Dicen los expertos que en treinta años más las condiciones serán nefastas, que las zonas cálidas serán infernales, que el mar subirá medio metro, que la producción alimentaria no será suficiente. Somos demasiados y hacemos demasiado daño (los nazis del reino animal).[4] En segundo lugar, el manejo de la tecnología o, mejor dicho, la tecnología que nos maneja. El piloto dejó de ser piloto, maneja computadoras, si falla la computadora, el avión se cae. Algún algoritmo descarriado (o terrorista) podría causar un desplome en el mercado de valores. Hoy, un error en cadena puede provocar un final irreversible, Chernóbil, por ejemplo. Nick Bostrom, director del Instituto del Futuro de la Humanidad de la Universidad de Oxford dice, preocupado, que "estamos al nivel de los niños en términos de responsabilidad moral, pero con la capacidad tecnológica de adultos". Nostradamus predijo el fin de la humanidad para el año 7074. Lo único cierto es que en 1534 la peste negra le arrebató a su primera esposa y a sus dos hijos, y él no lo vio venir. A ver qué dice la realidad.

4

Florencia, 1348. La ciudad es la más golpeada por la peste, sobrevive apenas una quinta parte de la población. Diez jóvenes escapan de ahí (siete muchachas, tres muchachos), dejan atrás los muertos tirados por las calles y se refugian en una villa en medio del campo. Es el comienzo de *El Decamerón*. Para no morir de aburrimiento, ellas y ellos relatan cuentos: diez (deca) cada uno, un total de cien historias. Van de lo cómico a lo trágico, en un compendio de todo lo que se puede llegar a vivir, rezuman erotismo. En medio de la orgía de muerte, Boccaccio escribió una orgía de vida.
Fue el primer *bestseller* de la historia, sin imprenta y con una humanidad analfabeta, aclamado por la burguesía, la clase emergente. *El Decamerón* inauguró un género literario inédito, la novela, que dominaría ampliamente el futuro. Esta obra es el primer paso, la protonovela. Se atisba la conciencia que habla, despunta el absurdo, la libertad y el desparpajo propio del género, capaz de mezclarlo todo con total impunidad, capaz de convertir cualquier cosa en obra de arte.

La novela es el género del sobreviviente y es por eso que su tema recurrente, medular, es el (o la) sobreviviente: es Alonso Quijano que revive la orden de la caballería, es Anna Karénina que deja atrás su mundo y se aferra al amor, es Marcel Proust que busca el tiempo que se le fue. ¿A qué obedecen todas estas historias sino a la necesidad de contemplar, observar, estudiar al ser humano roto, enajenado? Como diría Viktor Frankl (otro sobreviviente), en busca de sentido. Sin la peste negra nada de esto hubiera sucedido. El apocalipsis medieval acabó con todo lo sólido, estable y fijo que fue el mundo antiguo. Dio paso no a otro mundo, sino al mundo opuesto, donde nada es fijo, donde todo se mueve y todo cambia. Boccaccio y sus congéneres cruzaron una frontera irreversible, tal como nosotros la estamos cruzando ahora, la humanidad sobreviviente del siglo XXI, atrapada por el coronavirus.

5

Si hacemos a un lado *El Decamerón*, Boccaccio resulta un típico escritor de su época: de argumentos clásicos, prolífico en poemas alegóricos y fábulas, escribió sobre todo en latín. Hizo giras por Italia recitando y comentando la *Divina Comedia*, a la que veneraba.[5] Nadie en su época —él, en primer lugar— hubiera pensado jamás que ganaría la inmortalidad por algo tan frívolo como *El Decamerón*, que en verdad no tiene nada de frívolo: fue, de hecho, su tabla de salvación y la de una generación entera. Porque no es cosa fácil volver a sentir gusto por la vida cuando no queda vida. Pero fue un lapsus; en el fondo de su corazón amaba el mundo medieval como el que más, y le dolió verlo perdido. Al final de su vida se apartó de todo para dedicarse al estudio y la meditación, se hizo diácono y tuvo serias intenciones de quemar *El Decamerón*. Petrarca, que lo quería como a un hijo, le hizo prometer que no lo haría. Por suerte, Boccaccio murió un año después de Petrarca, pues seguramente no hubiera mantenido la promesa y hubiera empezado a recopilar ejemplares hasta quemarlos todos. *El Decamerón* estuvo a punto de no ser, pero fue. Lo último que Boccaccio leyó en su vida fue la *Divina Comedia* en una lectura pública. El ayuntamiento de Florencia se lo había pedido. No alcanzó a llegar al Paraíso, murió antes. **EP**

4. En Estados Unidos existe el Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria que invita a no reproducirse con el fin de dejar al planeta tranquilo. Fue fundado en 1991 en Portland, Oregón, por Les U. Knight, quien a los veinte años de edad se hizo la vasectomía.

5. El adjetivo "divina" se lo puso Boccaccio. El título era *Commedia* porque tenía un final feliz. Así las cosas en la Edad Media.

Ernesto Anaya Ottone, chileno naturalizado mexicano, es licenciado en Ciencias Jurídicas, guionista y dramaturgo. Autor de nueve obras de teatro, entre ellas *Las meninas* (Premio Nacional de Dramaturgia Oscar Liera 2006), *Maracanazo* y *Humboldt, México para los mexicanos*. Escribe y dirige la serie animada en red *Catolicadas*.

PANTALLA DIVIDIDA / LUIS RESÉNDIZ

Las metáforas de la plaga

En tiempos de crisis, al filósofo se le consulta como se consultaba al oráculo. Buena parte de las intervenciones de nuestros filósofos contemporáneos durante la crisis actual están reunidas en *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, un libro gratuito que fue antologado, editado y maquetado, según su propio compilador, durante la noche de un fin de semana.

El índice de *Sopa de Wuhan* arranca con Giorgio Agamben, que en su primer texto dedicado al Covid-19 se internó en el pensamiento conspiranoico. Agamben aseguró, el 26 de febrero, que la pandemia había sido creada por los medios y el *statu quo* político y económico para suprimir libertades: "[...] agotado el terrorismo como causa de las medidas excepcionales, la invención de una epidemia puede ofrecer el pretexto ideal para extenderlas más allá de todos los límites".

En otra dirección, Slavoj Žižek también encontró inusual al virus en su texto del 27 de febrero: "la epidemia de coronavirus es una especie de ataque de la 'Técnica del corazón explosivo de la palma de cinco puntos' [aparecida en *Kill Bill: Vol. 2*, de Quentin Tarantino] contra el sistema capitalista global", escribió el filósofo.

Para Franco "Bifo" Berardi, aunque menos optimista que Žižek, "el virus es la condición de un salto mental que ninguna prédica política habría podido producir. La igualdad ha vuelto al centro de la escena. Imaginémosla como el punto de partida para el tiempo que vendrá". Un mes después, la psicóloga boliviana María Galindo sugirió desobedecer las "absurdas" órdenes de distanciamiento social: "¿Qué pasa si pasamos del abastecimiento individual a la olla común contagiosa y festiva como tantas veces lo hemos hecho?", se preguntó.

No que uno deba leer literalmente a los pensadores, claro, pero resulta notable el rápido envejecimiento de estas observaciones. Tras unas semanas de pandemia, el estado de excepción resultó menos importante para el Estado que la economía, que agoniza si los ciudadanos no producimos y consumimos con relativa libertad. La sacudida de la economía no resultó ser una herida fatal al capitalismo, sino una confirmación de sus principios: el supuesto golpe mortal le llenó aún más los bolsillos a Jeff Bezos, dueño de Amazon. Y la cualidad inherentemente igualadora del Covid-19 pasó a segundo plano cuando resultó evidente que los más golpeados serían, como siempre, quienes menos tienen.

¿Qué pasa cuando algunos de los intelectuales más agudos del mundo no pueden avizorar las consecuencias de una pandemia, algo para lo que parecerían más preparados que casi nadie que no sea científico? Se pueden aventurar varias respuestas: una podría sugerir que los pensadores, de hecho, no tienen la responsabilidad y acaso ni siquiera las herramientas para leer de forma realista una pandemia[1] —y tendría razón—; otra podría recordarnos que algunos pensadores sí leyeron la crisis con precisión[2] —y también tendría razón—. Adicionalmente, yo añadiría la siguiente respuesta: este desfase es normal cuando los asuntos conceptuales se intentan trasladar a la realidad material, porque la realidad material no funciona bajo esos preceptos. El individuo es tan predecible como espontáneo, y es sencillo ver cómo a una lectura conceptual de la realidad se le pueden escapar esas minucias —y los filósofos mismos lo intuyen, aunque no quiten el dedo del renglón: tanto Žižek como Galindo reconocen que han sido ridiculizados por sus afirmaciones, pero eso no les compele a modificarlas—. Hay, sin embargo, un creador que, décadas antes de este desastre, logró predecir con cierta precisión algunos de sus rasgos, y al que quizá valga la pena regresar para comprender la actual crisis y sus implicaciones: George A. Romero, cuya filmografía zombi bien podría leerse como una antología de ensayos pandémicos.

* * *

En su blog *Observations on film art* el crítico y académico de cine, David Bordwell, afirmó recientemente que "los cineastas son psicólogos prácticos". Casi como una confirmación de esa tesis, la filmografía de Romero está repleta de agudas observaciones, casi predictivas, sobre el temperamento humano en tiempos de pandemia.

1. Bifo incluso se rehúsa voluntariamente a mirar con objetividad a la pandemia: "una hipótesis más realista", dice, "no sería realista, porque subestima la dimensión subjetiva del colapso y los efectos a largo plazo de la deflación psíquica sobre el estancamiento económico".
2. Alain Badiou, el 21 de marzo, ya hablaba de "Estas declaraciones perentorias, estos llamados patéticos [...] que claman por el evento fundador de una revolución increíble, que no vemos qué conexión tendría con el exterminio del virus". Judith Butler también mostró una envidiable claridad un par de días antes, el 19 de marzo: "el virus por sí solo no discrimina como los humanos seguramente lo hacemos, modelados como estamos por los poderes entrelazados del nacionalismo, el racismo, la xenofobia y el capitalismo".

En *Land of the Dead* (2005), por ejemplo, lejos de pensar que un derrumbe del sistema resulta en el ascenso de un nuevo orden mundial más justo y humano, Romero plantea una propuesta que se antoja verosímil: que ese derrumbe, más bien, provocaría un recrudecimiento de los peores instintos egoístas de aquellos que tienen más recursos. En la película, este recrudecimiento puede verse claramente en la metáfora del Fiddler's Green, un rascacielos en medio de un enclave de sobrevivientes en Pittsburgh.

En el Fiddler's Green habitan los residentes adinerados de la ciudad que, fuera de peligro en las alturas, acaparan recursos y llevan una vida casi tan lujosa como la que sostenían antes de que comenzara la larga noche de los muertos vivientes. La clase gobernante se mantiene cuarentenada, a salvo de la plaga que se esparce allá abajo, donde aquellos que tienen que trabajar para sobrevivir se arriesgan a contraer el virus zombi. La pandemia nos ha dado imágenes de celebridades multimillonarias recluidas en mansiones gigantescas o en condominios de lujo, tan contrastantes como el estilo de vida de los millonarios del Fiddler's Green y el de vagabundos, agricultores, vendedores de puestos ambulantes y tianguis, entre muchos otros que a diario han de habitar las calles de la ciudad obligados por la necesidad de sobrevivir. Romero supo ver mejor que algunos pensadores que el cataclismo no sería sucedido por una ola de igualdad, sino por una avalancha de interés propio.

* * *

Veintisiete años antes de *Land of the Dead*, Romero estrenó *Dawn of the Dead* (1978), su segunda película dedicada a la epidemia zombi.[3] El director presentaba un mundo donde la plaga de muertos vivientes había arrasado con buena parte de la civilización, y donde los supervivientes tenían que pertrecharse en sitios abandonados para no ser mordidos por los zombis.

Como suele pasar en la saga de Romero, la trama contiene al menos dos bandas de observación de la psique humana y su respuesta a la crisis: la primera derivada de la interacción de los personajes entre sí, una interacción que rara vez se muestra sencilla y donde las alianzas nunca duran mucho. La segunda es la que se desprende de la observación de la sociedad como conjunto, con conductas y actitudes colectivas. *En Dawn of the Dead*, una de las principales críticas implícitas a la sociedad afectada por la pandemia es su apego a los valores del consumismo: los zombis visitan el centro comercial donde los protagonistas se refugian. "Nos están buscando", dice Stephen, "saben que estamos aquí". "Están buscando el lugar", contesta Peter, "no saben por qué, sólo lo recuerdan. Recuerdan que quieren entrar aquí".

Este rasgo de los zombis —la incapacidad para distinguir entre su consumo y su personalidad— ha encontrado su manifestación en la pandemia del coronavirus. No fueron pocas las personas —desde líderes empresariales como Ricardo Salinas Pliego hasta presidentes como Donald Trump— que buscaron detener las órdenes de distanciamiento social o que, una vez puestas en marcha, intentaron apresurar su fin para volver a abrir negocios y reactivar la economía. Peor aún, esas propuestas fueron respaldadas por protestas en las calles y en los canales televisivos de Estados Unidos, donde manifestantes y conductores de noticiarios de derecha reclamaron su derecho a desobedecer las órdenes de aislamiento por el deseo de obtener un corte de pelo. Como Romero alcanzó a vislumbrar en la metáfora del individualismo consumista del centro comercial, ni siquiera una pandemia tiene la capacidad para desprendernos de un día para otro de los reflejos condicionados que el culto al consumo ha inoculado en nosotros.

* * *

No son, por supuesto, las únicas anotaciones agudas de la obra zombi de George A. Romero. *Night of the Living Dead* (1968) había criticado ya de forma sutil —y, dirían algunos, entre ellos el mismo Romero, un tanto involuntaria— las relaciones raciales en tiempos de epidemia, tan golpeadas en la época del coronavirus gracias a una serie de políticos racistas dispuestos a colocar la entera culpa de la pandemia en países asiáticos y no en sus propias respuestas —y gracias, también, al racismo popular que no ha tardado en encarnarse en memes, primero, y en manifestaciones abiertas de odio, después—. En la penúltima de sus películas de muertos vivientes, *Diary of the Dead* (2007), Romero se abocó a diseccionar el papel de los medios durante una crisis, a los que parece acusar de esparcir desinformación y saturar a una población que apenas puede procesar lo que está sucediendo.

Las películas de Romero fueron filmadas y estrenadas a lo largo de cinco décadas, durante las cuales el cineasta supo integrar el contexto propio de cada época a su narrativa y a su crítica social. El director observaba el mundo sin barreras conceptuales ni esperanzas desbocadas. En su cine es posible encontrar apuntes que pueden servirnos para comprender los instintos en juego durante un evento excepcional como una pandemia de coronavirus —o un apocalipsis zombi—, y esos apuntes parecen tener tanta relevancia como los que hace el más célebre de los pensadores. En "Defensa del ensayo", Anderson Imbert afirma: "descreo, por lo tanto, del prejuicio de que un ensayo no es tan digno como un tratado de filosofía". Yo añadiría sin mayor recato que ahí, a la misma altura que esos dos, podríamos poner unas cuantas películas de zombis. **EP**

3. Es una asunción generalizada que las películas de Romero, a pesar de compartir el epíteto "of the dead", así como un par de personajes en algunas entregas, no ocurren en una misma cronología ni en un mismo universo; son, más bien, elucubraciones acerca de lo que sucedería en diversos escenarios de suscitarse una epidemia.

Luis Reséndiz es crítico de cine y ensayista. Es autor de los libros *Insular* (Cuadrivio, 2016) y *Cinécdoque* (Debolsillo, 2019).
@lapetitemachine

TIPOS INMÓVILES / CLAUDIA CABRERA ESPINOSA

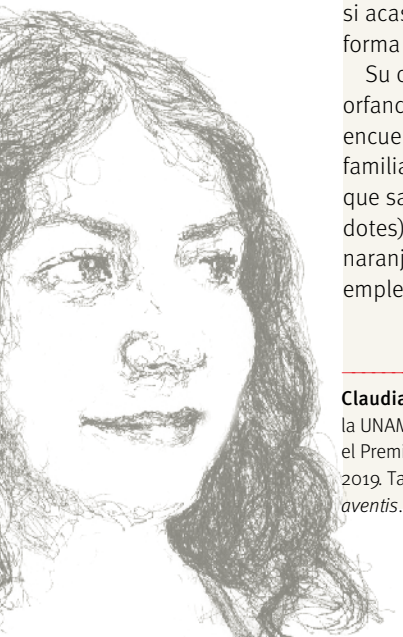
Los cuentos de Guadalupe Dueñas: una visión particular del mundo

La figura de Guadalupe Dueñas es desconcertante desde sus más elementales datos biográficos. Su fecha de nacimiento, generalmente situada en 1920, ha sido rectificada en épocas recientes, y aparece como "ca. 1910" en la edición de sus *Obras completas* del Fondo de Cultura Económica (2017), admirable trabajo a cargo de Patricia Rosas Lopátegui con una introducción de Beatriz Espejo, escritora e investigadora veracruzana que realizó una entrevista a Dueñas en 1966 para la revista *Kena*.

La infancia de Guadalupe, nacida en Guadalajara, Jalisco, y de ascendencia española y libanesa, fue pródiga en eventos extraños: Mariquita, una de sus catorce hermanos, murió a los pocos días de nacida, y su pequeño cuerpo acompañó a la familia dentro de un frasco durante mucho tiempo; su padre cazaba gatos que luego ellos comían —cocinados con una receta sabrosísima, escribe Espejo—, y desde muy joven estuvo interna en el Colegio Teresiano de Morelia, en donde la cercanía de las monjas y una religiosidad exacerbada la convencieron de que su vocación era la de ser santa.

Esta serie de vivencias y otras más —como la acumulación de zapatos en su casa por un negocio impróspero del padre o un tigre agazapado debajo de su cama— llevaron a Guadalupe a definir su literatura como realista, pues como ella afirmó: "En mis cuentos no existe la fantasía". Es decir, que sus relatos están basados en su propia circunstancia y, si acaso, en sueños que posteriormente cobraron forma de creaciones literarias.

Su obra se caracteriza por una sensación de orfandad y desamparo, la cual, irónicamente, encuentra su origen en la enormidad de su núcleo familiar. Dueñas vivió con sus tías y tíos (monjas que salían del convento por temporadas y sacerdotes), quienes la dejaban sola creciendo como un naranjo en medio del patio, palabras que la autora emplea en "La tía Carlota".



Claudia Cabrera Espinosa es doctora en Letras Españolas por la UNAM. Su libro de cuentos *Posibilidad de los mundos* obtuvo el Premio de Literatura Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco 2019. También es autora de *El cuaderno de Ana* y *Una historia de aventis*. @claudiacabrerae

Su primer libro de cuentos, *Tiene la noche un árbol* (1958), contiene veinticinco relatos, casi todos con una mujer como protagonista o narrados por una voz femenina y, en muchos casos, infantil. Pareciera el reclamo de una niña a quien todos han abandonado y que tiene mucho que decir. Refiriéndose a su hermana Mariquita, por ejemplo, escribe: "Decidimos enterrarla en el jardín. Señalamos su tumba con una aureola de mastuerzos y una pequeña cruz como si se tratara de un canario", líneas que revelan lo siniestro como parte de su cotidianidad.

El estallido de un sapo ante un grupo de niños, la presencia de un moribundo en la casa y los ojos de un Cristo llagado y negro son otras de las visiones que Dueñas guarda en su memoria y que ella convierte en historias no fantásticas, sino suyas, como si se tratara de la escritura de un diario alucinante poblado de entes y anécdotas imposibles.

Cuando la niña crece, se enfrenta a las vicisitudes de la vida adulta: la complejidad de enviar una carta por correo, el temor provocado por una araña, un intento por apuntarse a clases de literatura y el deseo de aprender a cantar para dedicarse al doblaje de las sirenas, pues hay algunas "que han envejecido, ya no pueden cantar; entonces, como no pueden alquilar a otras sirenas [...] pues pagan los servicios de quien se los presta". Todo ello con una prosa franca y una curiosa mezcla de ingenuidad, humor y malicia.

La soledad de la narradora se percibe en cuentos como "Conversación de Navidad" —un diálogo entre una mujer y su amante, un hombre casado—, o en "Topos uranus" —sobre una chica que se refugia en el aroma de las fragancias y los jabones que posee para protegerse de la maldad de sus compañeras y disimular su pobreza—. Sobre este aislamiento, la escritora confesó durante la entrevista realizada por Espejo: "Nunca pude lograr amistades verdaderas ni con hombres ni con mujeres ni con perros. Estoy absolutamente sola por dentro. Tan sola que toda mi necesidad afectiva se vuelve literaria".

Los perros y muchos otros animales son algunos de los pobladores de sus cuentos y dan título a varios de ellos: "El sapo", "La araña", "Los piojos", "Mi chimpancé", "Digo yo como vaca", "Canina fábula" y "Las ratas". La mayoría

son bichos, alimañas, criaturas poco agraciadas, y en el último de estos relatos se lee: "En los hocicos arrastran despojos de pelo, tiras de pellejo, residuos de tripas que vomitan empalagadas [...] Pasean por su imperio dueñas de la muerte; calvas y malignas se burlan de los hombres condenados a servir de pasto para su hambre eterna".

El caso de "Digo yo como vaca" es distinto al resto, pues se establece una metáfora del mamífero con el género femenino. En sus líneas se vislumbra en la narradora una afectación rumiante que extiende a sus congéneres: "Si hubiera nacido vaca estaría contenta. Tendría un alma apacible y unos ojos soñolientos [...] Con la mente hueca viviré sin culpa [...] Pero yo siempre estaría inmóvil, solemne, ídolo de la siesta infinita mientras mis mandíbulas rumiaran suavemente la eternidad de la tarde".

En los textos de Dueñas, entre anécdotas aparentemente inocuas e incluso infantiles se inserta, muchas veces con ironía o mediante símbolos, una postura ante el papel de la mujer en la sociedad de su época. Una postura algunas veces firme y transgresora, y otras veces más bien resignada y sufriente, pero siempre exhibiendo un descontento y un rechazo al estado de las cosas.

Otro de los temas ineludibles al leer con detenimiento la obra de la autora jalisciense es el social. A pesar de los vaivenes que haya podido tener su economía familiar, su acomodada posición resulta innegable. Su madre era prima de Miguel de la Madrid, expresidente de México, y las residencias de Guadalupe oscilaron entre la ciudad de Guadalajara, los colegios teresianos de Morelia, la casa de unos parientes en Los Ángeles y una vivienda en la Ciudad de México, frente al parque de los Viveros, en sus últimos años. El contraste entre esta mujer perteneciente a la élite cultural capitalina —junto con Emma Godoy, Dolores Castro, Juan José Arreola y Julio Torri, entre otros— y su entorno no pasa desapercibido en sus cuentos. Algunos de los más significativos al respecto son el ya aludido "Las ratas", "Roce social" y "La buena vecindad".

En el primero, la narradora escucha la historia de un hombre mientras éste le bolea los zapatos. Él discurre sobre su pasado como velador en el Panteón de Dolores y ella observa sus ojos desiguales, sus manos pequeñas que "recuerdan el vientre de las iguanas", su breve estatura. Percibe que "Despide vaho de orines de caballo y un persistente olor a niebla que inquieta a los propios árboles". Tras este breve examen, la protagonista afirma: "Pero esta cosa habla, y lo que dice es más desagradable aún que la cara que tiene que llevar por el mundo". El hombre describe a las ratas de los cementerios, que pelean hambrientas por defender su porción de carne. Cuando él termina su labor, ella le da una moneda y procura que los dedos de él no toquen su mano perfumada. Aunque un "pobre bolero" soltado al final del cuento denota un dejo de empatía hacia las clases bajas, el rechazo y la repugnancia que la protagonista demuestra hacia él son flagrantes. La reflexión final de la narradora es que su piel también será devorada por los roedores, la tragedia de la vida, pero sus observaciones acerca de su interlocutor son sobrecogedoras.

"Roce social", incluido en *No moriré del todo* (1976), comienza de la siguiente manera: "Veo frente a mí a los que abordan el autobús, los contemplo fascinada mientras conduzco mi propio automóvil, ajena a la soberbia de mi prosperidad". Más adelante, alude a sus "satisfacciones mezquinas por subir a tiempo, ahorrar una espera o alcanzar un buen sitio". Se refiere a "este mundo aparte", y se infiere la gran distancia que la separa de ellos, de esa masa que disfruta pequeñas victorias, y se incluye a sí misma, en ese aislamiento social, dentro del núcleo de los "ricos". Reflexiona sobre la pobreza mientras rumia su propia miseria personal y finalmente afronta directamente a la otredad: "El otro es únicamente el que obstruye la carrera de mi automóvil, quien lo ensucia, quien lo desea".

Cabe aquí preguntarnos por la intencionalidad del relato. En la época actual, ningún escritor osaría referirse a los menos privilegiados con estas palabras y el cuento sería tachado de políticamente incorrecto. Dentro de la obra de Guadalupe Dueñas, nacida, como ella lo expresó, en una familia "chiflada", encerrada en colegios de monjas y criada por unas tías religiosas y sumamente conservadoras, recluida en un hogar siniestro y con pocas posibilidades de abrirse camino como escritora (publicó su primer libro a los cuarenta y siete años), puede apreciarse cierta honestidad, no tan abundante en estos días, y quizás, hasta una envidia genuina de quienes disfrutan el tacto de una mano en el transporte público: "Las piernas se inclinan, se expanden, pretenden el roce alto del muslo. Los dedos llegan tibios y espantados, y parecen reposar y figurar una esfera". ¿Recuerda o imagina la autora? Las últimas líneas apuntan también en esta lastimera dirección: "Soy quien ve a los demás y desea, a veces, amarlos".

Finalmente, en "La buena vecindad" una mujer rubia y optimista observa desde su mansión a un grupo de menesterosos sin ropa —un desnudo con poca vitalidad, inexistente "más cerca de lo vegetal"— que acumula objetos brillantes. Piensa de inmediato que necesitan a alguien que los administre y nace en ella un deseo de servirles "de tesorera y madre". Se atreve a bajar a aquella Babel y a ayudarlos en su empresa, y ellos la aceptan, pero poco a poco van descubriendo sus verdaderas intenciones.

En la obra de Guadalupe Dueñas se combinan lo ominoso, lo subversivo y una irónica ternura. Algunos de los cuentos son aparentemente triviales e incluso frívolos, pero en ellos se vislumbra una soledad profunda en busca de un asidero y la dolorosa conciencia de una falta de pertenencia a un grupo. En su narrativa breve también hay muestras de arrepentimiento por amores no correspondidos oportunamente ("Una carta para Absalón") y otros que no lograron llegar a buen puerto ("Judit", "La señorita Aury"). El motivo del aislamiento de una mujer guapa e inteligente, que trata de comprender el mundo desde una perspectiva personal —llena de cuestionamientos y temores—, seguirá siendo un enigma, pero nos quedan sus relatos y ensayos para poder descifrarla y disfrutarla. **EP**

ATRACTORES EXTRAÑOS / LUIGI AMARA

La cámara aérea de Arau

¿Qué o quién nos mira desde las alturas? ¿A quién pertenece esa mirada que se diría sólo corresponde a los pájaros? Desde el punto de vista de un ave —un ave mecánica acechante, ávida de nuevos ángulos—, hay una lente que lleva registro de lo que pasa en el cielo pero, sobre todo, del panorama en picada desde las alturas, de todo aquello que, en cuanto seres pedestres, no alcanzamos a ver, tan anclados estamos a la superficie del planeta. A la manera de un Ícaro sin miedo de caer, que flota libremente regocijado de su vuelo, oprime una y otra vez el obturador como si buscara construir un mapa puntual del territorio, un detallado y vasto mosaico.

En la primera mitad del siglo XX, Walker Evans ideó un dispositivo para fotografiar la vida bullente en las estaciones y vagones del metro, sin la intrusión de la cámara. Su propósito no sólo era pasar inadvertido, sino que la máquina trabajara prácticamente sola, sin apenas su intervención, de modo que se lograra una suerte de "registro puro". Aunque las imágenes aéreas de Santiago Arau podrían hacer pensar en ese viejo anhelo, en una versión voladora de esa máquina que opera un poco al tanteo, muy lejos del ojo humano, ahora convertida en pájaro digital, dado el esmero compositivo y el dominio formal que alcanzan más bien se diría que estamos ante imágenes hiperconscientes de su representación, que se valen de la técnica y de la conquista de las alturas para revelar exactamente aquello que no podemos ver.

Uno de los ángulos favoritos de grandes fotógrafos del siglo XX fue desde la ventana de un edificio: Paul Strand, André Kertész o William Gedney adoptaron el papel de vigías desde las alturas, solitarios y expectantes como si se encontraran en el mástil de una embarcación inmóvil, desde donde podían capturar a sus anchas las velas desplegadas de las sábanas puestas a secar. Ese puesto de vigilancia, ese barandal para mirar el mundo en picada, les consentía situarse al resguardo del ajetreo de las calles, pero sin perder el menor detalle de lo que sucedía, inadvertidos y clarividentes gracias a su visión panorámica.

La distancia de esos encuadres, asombrosa y reveladora como fue en su momento, era sin embargo todavía del todo humana, por más que hubieran ascendido a la azotea de un rascacielos. Las tomas voladoras de Arau, en cambio, llevan un paso más allá el vértigo de mirar hacia abajo. Esa nueva altura, ese ángulo desacostumbrado, conlleva un desplazamiento en el foco de atención: no sólo se interesa en la naturaleza que sobrepasa al hombre, sino sobre todo destaca nuestra presencia a gran escala en el paisaje. La incidencia de labrar la tierra o de edificar carreteras quedan de manifiesto con cierta espectacularidad, pero también quedan inscritas en el territorio las lentas catástrofes que hemos desencadenado.

Desde las primeras exploraciones a mediados del siglo XIX, una de las tareas de la fotografía ha consistido en ampliar el horizonte de lo visible, escribir con luz para permitirnos *ver más*. Gracias a la inmovilidad de la imagen, a la astucia técnica de detener el instante, se reveló lo que no sabíamos que estaba allí —aquello que Walter Benjamin denominaba la liberación del "inconsciente óptico"—: todo lo que había escapado al alcance del ojo desnudo pero siempre había estado bajo nuestras narices.

A comienzos del siglo XIX, a bordo del globo aerostático de los hermanos Montgolfier, surgió la perspectiva del aeronauta. Una oveja y una gallina fueron pioneras de la conquista del aire, de esta manera inusitada de ver, cercana a lo cenital, en que se diría que todas las cosas del mundo adquieren su dimensión justa. Pero tendrían que pasar todavía varias décadas antes de que se inventaran los primeros dispositivos para capturar la luz, y todavía más para que fueran lo suficientemente ligeros como para ser llevados a las alturas.

La portabilidad de la cámara fue decisiva a fin de inspeccionar regiones a las que el ojo humano no podía acceder. La paulatina colonización del cielo, la revolución que comporta atisbar la Tierra desde las alturas, allí donde los drones se encuentran con las águilas, no sólo trae consigo un cambio de perspectiva, sino también una modificación radical de la escala. A través de una variedad desacostumbrada de belleza, revelando patrones y ordenamientos que no podríamos apreciar de otra forma,

Luigi Amara es poeta, ensayista y editor. Forma parte de Tumbona Ediciones. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino 1998, el Hispanoamericano de Poesía para Niños 2006 y el Internacional Manuel Acuña de Poesía en Lengua Española 2014. Su obra más reciente es *El quinto postulado/ Dobleces* (Sexto Piso, 2018). @leptoerizo

nos confrontamos como nunca con nuestra insignificancia. Reducidos a motas de polvo a orillas del mar, parecería que surge un vínculo entre los hombres y el plancton; las conflictivas ciudades convertidas en maquetas se diría que no están exentas de cierta racionalidad, mientras que los sembradíos se confunden con una forma de tejido y aun con una forma ancestral de escritura. *Ver más* consiste también en mirar *desde otro lado*.

Así como los primeros daguerrotipos, a causa del prolongado tiempo de exposición que requerían, dejaban de lado la animación de las calles y sus flujos humanos, las tomas a ojo de pájaro parecen eludir la complejidad que se vive a ras del suelo y destacar, en contraste, la pura geometría de las formas. Si los daguerrotipos eran refractarios al movimiento y construían una representación peculiar de París —entonces la capital del siglo— como si se tratara de un pueblo fantasma, en las tomas aéreas el movimiento se resuelve en ritmo y aun en el caos y la confusión se disciernen patrones, reflejos, concordancias.

La estremecedora mancha de concreto de la megalópolis del Valle de México, que crece como una pesadilla cuadriculada y gris, con pocos visos de esperanza, desbordándose sobre lo que fuera el campo y tendiéndose a las faldas de los volcanes, cuando es vista desde la máquina flotante de Arau se diría que presenta cierta lógica y que responde a algún plan no del todo reconocido. Los enloquecedores distribuidores viales, que mientras los recorremos al volante hacen las veces de laberintos a 100 km/h, se cargan desde las alturas de una inusitada cualidad plástica, de una belleza y armonía imprevistas, como si de alguna manera la fotografía aérea incorporara una depuración visual.

Los registros de la cámara, que suelen imponerse con la contundencia de una prueba, de una evidencia, también arrastran enmascaramientos o veladuras propias de la técnica, e incluso aquella estilizada línea roja que atraviesa el desierto con ondulaciones de serpiente puede distraernos de la política a la que responde: levantar muros fronterizos incluso en medio de la nada.

Tal vez por ello, y acaso por instinto, a la perspectiva predominantemente aérea Santiago contrapone cada tanto retratos y fotografías a escala humana. Alerta ante el riesgo de "perder piso" por tanta altura, se preocupa por lanzar cables a tierra que lo atan todavía al suelo y sus problemas, a los rostros y sus emociones.

A vuelo de pájaro, la reja imponente y hostil que se interna en el océano Pacífico en Playas de Tijuana a manera de frontera y valla de contención se antoja una línea risible, apenas una muesca en el paisaje, una barrera más bien de tipo simbólico que separa de los Estados Unidos.

Santiago Arau, como muchos que han caído presas de la manía de fotografiar, participa de la vieja ambición de construir un archivo visual del país, como la tuvieron Edward Weston o Garry Winogrand en los Estados Unidos, o Graciela Iturbide y Juan Rulfo en México. Para dar cuerpo a su visión, para abrirse un espacio propio en el cual desenvolverse a sus anchas —para postular, en una palabra, *su* México característico—, Arau decidió conquistar el aire. Y en esa vasta extensión tan poco explorada fue encontrando un lenguaje propio y una sintaxis personal.

Una de las obsesiones de Arau son los volcanes, escrutar en la entraña de esas imponentes moles. Familiarizado con las obras de José María Velasco y del Dr. Atl hasta incorporarlas con naturalidad a su mirada fotográfica, pero también con algo del espíritu naturalista y aventurero de Von Humboldt, Santiago es un auténtico cazador de cráteres, un apasionado de frecuentar estos colosos, y en sus tomas ha optado significativamente por eludir la perspectiva cenital, como si para aproximarse a su enigma sólo pudiera hacerlo de soslayo, rehuyendo a mirar directamente al corazón de su no siempre apagada efervescencia. En contraste con la mirada del alpinista, que observa la vastedad del paisaje y el océano de nubes desde la cima recién conquistada, Arau se remonta varios miles de metros para mirar de cerca a los volcanes, para tenerlos cara a cara.

Esta fascinación por los volcanes lo ha llevado a redescubrir aquellos que pasan inadvertidos en el seno de un asentamiento urbano o quedan disimulados como meras islas desiertas en medio del océano, y también a trazar un juego de paralelismos formales con ciertas construcciones arquitectónicas. Así, por ejemplo, el Estadio Olímpico Universitario o el Espacio Escultórico de la UNAM lucen de pronto como insospechados cráteres, volcanes artificiales erigidos por el hombre, recintos horadados en la tierra para favorecer otras variedades de fuego y magma.

Uno de los poderes de la fotografía es el de alterar o transformar lo fotografiado. A través de sus tomas áreas, Arau no sólo abre la puerta —el obturador— a un ángulo peculiar para observar el mundo, sino que tiene también la fuerza para trastocarlo y modificarlo, volviéndolo un lugar extraño pero también paradójicamente próximo y casi asible gracias al juego de escalas que introduce. Una de las claves de esta transformación quizá tenga que ver con que el ser humano con frecuencia ha desaparecido en sus encuadres, eclipsado en su pequeñez (pero quizá también deliberadamente eludido), por lo cual el tipo de paisaje que entrevemos en su obra es el de un mundo que se sueña a sí mismo sin nosotros, al margen de nuestra presencia deletérea, de nuestra injerencia como mancha y también como problema; un mundo de ensueño, un espejismo si se quiere, resuelto en un apacible juego de formas y colores, de límites y contrastes, que sin embargo tiene la capacidad de sacudirnos y replantearnos la pregunta por nuestro lugar en el mundo. **EP**

*Fragmento de la introducción del libro de reciente aparición: Santiago Arau, *Territorios*, Sexto Piso/Fundación BBVA, México, 2019.

BECARIOS DE LA FUNDACIÓN PARA LAS LETRAS MEXICANAS

La resurrección de una abeja / GABRIELA MUÑOZ

Uno suele ser propenso a olvidarse por completo de la vida.
Virginia Woolf, "La muerte de la polilla"

El tiempo estaba para sentarse afuera, en mesas de madera, sacar los cigarros, pedir cervezas. El vaivén, el estruendo y el tumulto. Cinco personas como mejor pudieron acomodarse en una mesa cuadrada, al lado de una jardinera. De ésta se asomó una abeja, como decepcionada de la dulzura natural de las flores, que decidió aventurarse fuera de su hábitat para venir al nuestro, como si oliera algo más atrayente aún, producto de la mezcla entre lo natural y lo fabricado.

Su instinto la guio hacia mi bebida, almibarada con pulpa de guayaba madura, y revoloteó alrededor. Yo seguía su camino con los ojos entre la plática. Notaba cómo se acercaba al borde recubierto de azúcar adherida con limón y a las fresas que yacían como guarnición encima de los hielos.

"Desde los campos llegaba tal vigor que era difícil mantener los ojos sobre el libro".[1]

El vigor de la placita y de las personas tomando sus cervezas, quizá después de una jornada que no les había traído mayor alegría que beber algo, por más pequeña que fuera la expectativa. Y ahí estaba yo también, parte del barullo del final del día, buscando el aligeramiento que brindan los amigos y el aire libre. Pero la conversación pasó a segundo plano para mí; los movimientos de la abeja habían atrapado mi atención y parecía poseída por algo que volaba en la periferia de la mesa.

¿Qué sentí yo por la abeja? ¿Había algo de compasión? ¿Molestia? ¿Celos? ¿Simple curiosidad? ¿Expectativa? Probablemente algo como: esperar que se comportara de una forma y ver cómo mis predicciones sí se cumplían a medida que la abeja se acercaba más.

Ya no podía llevarme maquinalmente el vaso a los labios, el retumbe del animalito alado me había paralizado de alguna manera. Pero no era miedo, al menos no uno reciente. Yo sabía que, si no hacía ningún movimiento brusco, la abeja no tendría por qué picarme. El zumbido cerca de la mano no decía nada por sí mismo, la parálisis no había surgido de él, sino de mí. Como un flashazo, tuve de vuelta una imagen de la primaria.

Recuerdo ahora cómo me encantaba tomar refresco de naranja. En mi escuela servían refrescos en vasos de plástico que dejaban en filas sobre la barra de la tiendita. Ahí, con los empujones de los niños, los líquidos de diferentes colores generaban charcos, y encima de ellos se formaban nubes de abejas. En una ocasión atravesé el patio con mi vasito de Fanta y, después de haber eludido balones y cuerpos, me encontré esquivando a una abeja que parecía tener especial fascinación por la bebida fosforescente. Olvidé todos los conocimientos sobre cómo pasar inadvertida y empecé a zangolotear la mano que cargaba el refresco, generando mis propios charquitos. La abeja debió sentirse amenazada y me picó en el monte de Venus de mi mano derecha, justo donde más se siente el hueso.

Desconozco si todos los niños saben esto, pero al menos en mi escuela era conocimiento común: si te pica una abeja, hay que sacarse el aguijón y colocar algo frío en el piquete. Salí corriendo a buscar a mi hermana, apenas un año y medio mayor. Ella me sacó el aguijón y me puso lodito en donde antes se encontraba ese vestigio último de la intención de la abeja, antes de que el resto de su cuerpo muriera en otra parte. Esta abeja no revivió. Hasta donde yo sé, al menos, su aguijón es una especie de órgano sin el que la vida ya no es posible. Las abejas mueren porque sólo mediante la defensa de la colonia pueden lograr que sus genes se transmitan. Así que necesitan repeler al atacante, aunque eso signifique su muerte.

"Esa mañana, las posibilidades para el placer parecían tan vastas y tan variadas que el formar parte de la vida sólo como una polilla, y no sólo eso, sino una polilla diurna, me pareció un destino difícil; su afán por disfrutar sus insuficientes oportunidades, patético".

¿Tienen los insectos afán de gozar? ¿Se les irá rápido el tiempo para percatarse siquiera de su corta permanencia en el mundo? Más bien, nos cuesta tanto salirnos de la experiencia humana que no podemos concebir el papel de otros seres vivos, porque su experiencia parece pequeña en comparación.

"Eso era todo lo que podía hacer, a pesar del tamaño de los campos, la amplitud del cielo, los humos provenientes de las casas lejanas y la voz romántica de un barco de vapor en el mar".

No estoy tan segura del alcance de los insectos alados. Tal vez ellos son capaces de entrar a lugares a los cuales nosotros jamás seríamos invitados, como el

1. Todas las citas son de "La muerte de la polilla", de Virginia Woolf. La traducción es mía.

f.l.m.

rosal de un palacio o la cocina del vecino. Quizá nosotros estamos más limitados en el sentido de que hemos hecho de nuestros pies el modo de trasladarnos menos usado, y nuestros brazos se mueven hacia delante y hacia atrás, pero no nos propulsan hacia ningún lado.

"Al verla, se me figuraba como si una fibra, muy delgada, pero a la vez pura, de la enorme energía del mundo había sido propulsada a su frágil y diminuto cuerpecito. A medida que cruzaba la ventana, yo imaginaba que un hilo de energía vital se hacía visible. Ella era poco más que, o sólo, vida".

¿Habrá, acaso, una cantidad determinada de energía en el mundo que compartimos todos sus habitantes? Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma. Nunca me he puesto a pensar realmente en esta frase. Me imagino ahora extendiendo la mano hacia mis compañeros en otros cubículos, y pienso en el calor que emiten como energía que en algún momento pasó por mí y continuó su camino indetenible para hacer funcionar a alguien más. Tal vez parte de la energía con la que ayer subí las escaleras de cuatro pisos hoy se transformó en el diálogo de una obra de teatro. O quizá no funciona así.

El destino de la abeja que se acercó a mi bebida no fue la muerte porque su intención no era la defensa, sino la exploración. Desde el borde azucarado asomó su cabecita hacia el jugo interior. Mi conocimiento de las abejas como seres sin las cuales todo nuestro ecosistema colapsaría me hizo tratarla con un respeto que casi rayaba en la reverencia. La dejé libre de olfatear y probar cuanto quisiera de ese coctel. Pero pienso —y digo *pienso* libremente, aunque no tenga idea de cómo funcionan los instintos de una abeja— que el olor la sobrepasó o exaltó, pues terminó cayendo en el licor. No reaccioné entonces, ni tuve el reflejo de querer salvarla; me limité a ver la escena final del ciclo de una vida que desconocía. No zangoloteé el vaso ni intenté hacer una especie de cuchara con mi mano. Al principio, sus movimientos eran defensivos, como si el líquido que la absorbía se tratara de una fuerza mayor (y quizá lo era) que buscaba jalarla hacia el fondo. Pronto su lucha cesó y se hundió, inmóvil. En el fondo del coctel amarillento, aplanada contra el vidrio del vaso, la abeja parecía haber sido vencida por el peso de la vida. La plática se volvió ruido de fondo y sólo atiné a ver a ese insecto sometido con sus patitas hacia arriba, así como dicen coloquialmente que quedan los muertos.

"Era como si alguien hubiera tomado una perla de vida pura, la hubiera recubierto delicadamente con plumas y la hubiera hecho zigzaguear entre nosotros para mostrarnos la esencia pura de la vida".

Pienso ahora en todos los seres vivos como una cuenta de cristal en esencia, recubierta luego por vellos, plumas, carne, piel. ¿Qué sería la vida si hubiéramos nacido en cualquier otra forma? Si sentimos una especie de compasión por los insectos, ¿habrá alguien que sienta compasión por nosotros?

"Pero a medida que estiré un lápiz para ayudarla a enderezarse, caí en la cuenta de que su fracaso y su torpeza eran sólo señales que auguraban la cercanía de la muerte. Bajé el lápiz de nuevo a su lugar".

El fracaso y la torpeza son sólo formas en las que nos enfrentamos a la muerte. Vi la definición de indefensión. La indefensión materializada en una abeja que no sabe nadar —lo que tampoco le habría servido de mucho— y que se ahoga, y su descenso es visible a través del vaso. El mundo más allá de la mesa, o tal vez sólo más allá de mí, parecía indiferente a esa perla que se hundía y cuya energía ya no residiría ahí.

"Uno sólo podía ver los esfuerzos extraordinarios de aquellas diminutas piernas en contra de una fatalidad próxima que hubiera podido, si así lo deseara, sumergir a una ciudad entera. No sólo a una ciudad, sino a masas de seres humanos. Nada, supe entonces, tiene oportunidad en un duelo contra la muerte".

Como queriendo acercar un inútil lápiz, busqué lo más cercano a su forma. Tomé el popote de plástico, lo coloqué debajo del cuerpecito de la abeja y lo llevé a la superficie, con cuidado de no aplastarlo. Al llegar al borde de azúcar, como quien supera a un ejército, lo precipité hacia afuera y sobre una servilleta con el mayor cuidado que pude. Ahí postrada, en el centro de la mesa, estaba la abeja. Ahora todos la veíamos. Algunos me decían "no la toques", aunque yo no tenía la intención de hacerlo. Después de un tiempo que ahora no recuerdo, empezamos a notar pequeños movimientos de sus patitas. La mesera vino a limpiar los recipientes vacíos y las servilletas sucias. Le dijimos "no te lleves esta servilleta, creemos que somos testigos de una resurrección", o al menos de la salida de algo que parecía una muerte ante nosotros, inexpertos de la apicultura. Luego, los pequeños movimientos parecieron más bien convulsiones de cuerpo entero, hasta que la abeja pudo girar un poco hacia su equilibrio natural y, eventualmente, voló.

"Así como la vida me había parecido tan extraña apenas hacía unos minutos, ahora la muerte era igualmente extraña. La polilla, después de haberse enderezado, ahora yacía compuesta, sin quejas, con decencia. Oh, sí, parecía decir, la muerte es más fuerte que yo".

La abeja ya no volvió a aparecer por la jardinera. Quizá, después de todo, los insectos tienen alguna especie de impulsos similares a los conocimientos que nosotros adquirimos con la experiencia que se convierte en memoria, en un perpetuo errar y anotar, y la abeja se dijo a sí misma que ya no debía regresar a ese lugar. Quizá, como la polilla, había conocido la muerte o algo cercano a ella, pero pudo salir del líquido mortífero sabor guayaba y volar lejos de ahí, guardando su aguijón —y su muerte— para una ocasión alejada de la curiosidad y más cercana a la amenaza. **EP**

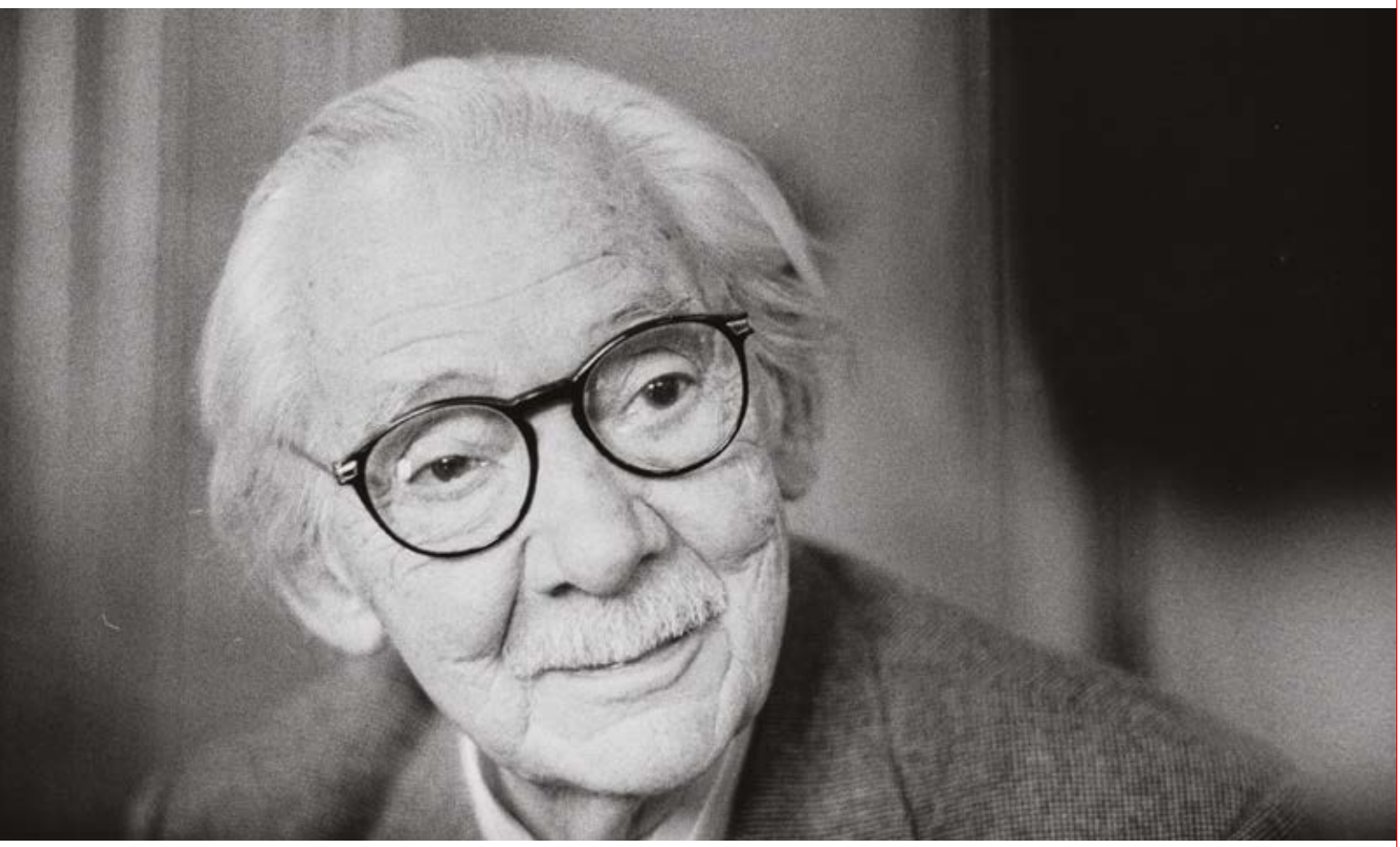
Gabriela Muñoz es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y ha participado en congresos internacionales como ponente y creadora. Durante tres años se desempeñó como periodista en *Milenio Jalisco*. Actualmente es becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de ensayo.

La • mirada • de • Cuéllar

Rogelio Cuéllar (Ciudad de México, 1950) es un fotógrafo activo desde 1969. En su larga trayectoria profesional destaca su trabajo como retratista de creadores literarios y plásticos. www.rogeliocuellar.mx

Conocí la fotografía de don Manuel en los años setenta y puedo decir que fui discípulo suyo sin que él lo supiera. Mi trabajo de retrato de creadores, de desnudo femenino y de paisaje está indudablemente marcado por su influencia. Durante las esporádicas veces que lo visité en su casa-estudio a partir de la década de los ochenta, me hablaba de música y de una de sus grandes pasiones: el grabado. Poco conversábamos de fotografía y, aunque me decía que le llevara algo de mi trabajo, la admiración que sentía por él me llenaba de un gran pudor y nunca le mostré nada. Era un hombre afable, generoso. La última vez que lo vi fue en Bellas Artes durante el festejo por su cumpleaños número cien. Falleció unos meses después.

Manuel Álvarez Bravo
(Ciudad de México, 1902-2002)
Uno de los más notables fotógrafos de México y de toda América Latina, Álvarez Bravo contribuyó de manera importante al desarrollo de la fotografía moderna. Compró su primera cámara en 1924. El fotógrafo Edward Weston fue determinante para afirmar su vocación. En 1930 incursionó en el cine con la película *¡Que viva México!*, de Sergei Eisenstein, y participó en rodajes de John Ford y Luis Buñuel. Él mismo fue, además, realizador de varios cortometrajes y de una película. En 1935 expuso junto con Henri Cartier-Bresson en el Palacio de Bellas Artes. Su pasión lo llevó a reunir una gran colección internacional de fotografías y grabados de diversos autores.



Manuel Álvarez Bravo en su casa-estudio "La Casa Azul", Coyoacán, Ciudad de México, 1997.

CREA LA UNAM PROTOTIPO DE HISOPO PARA PRUEBA DE DIAGNÓSTICO DE COVID-19

01 Los hisopos, producidos de manera sencilla con impresión 3D, representan una alternativa con posibilidad de fabricación en México

02 El diseño, realizado por el Instituto de Ciencias Aplicadas y Tecnología, utiliza tecnología 3D

UNAM La Universidad de la Nación

Este elemento indica Realidad Aumentada.

DISEÑO: MYRIAM NUÑEZ.DGCS.JUNIO.2020

Un espacio para la realización.

En FEMSA, nos esforzamos por ser un lugar y un camino donde nuestras más de 127,000 colaboradoras puedan desarrollar al máximo su potencial como personas y profesionales.

femsa.com

FEMSA